

Mataniños, matapadres

SUMMA DE DÍAS reconoce y celebra la trayectoria de autores nacidos o radicados en el Estado de México, a través de antologías personales cuya versión impresa se complementa con el testimonio de la voz viva, de tal modo que los lectores puedan acercarse, además, a los ritmos y registros vocales de cada uno de estos autores representativos de la actual literatura mexiquense.

Leer para lograr en grande

COLECCIÓN LETRAS
Summa de días

RICARDO CHÁVEZ CASTAÑEDA

Mataniños, matapadres

Prólogo

RAMÓN ALVARADO RUIZ

Foem
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Ana Lilia Herrera Anzaldo
Secretaria de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Ana Lilia Herrera Anzaldo,
Joaquín Castillo Torres, Eduardo Gasca Pliego,
Luis Alejandro Echegaray Suárez

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteche, Félix Suárez, Marco Aurelio
Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

Mataniños, matapadres

© Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2016

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México

© Ricardo Chávez Castañeda
© Foto de portada: María Teresa Dado

ISBN: 978-607-495-499-9

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/36/16

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

PRÓLOGO

“Necesita[mos] urgentemente una ahistoria, una contrahistoria, una no historia, antes de que sea demasiado tarde”.

Son pocos los libros de Ricardo Chávez que han precisado de palabras previas. Como dice él: “Una historia es un regalo”, y es justo lo que aquí tenemos: un regalo. Cuando recibimos uno, nuestra reacción es siempre de asombro y queremos de inmediato saber qué es: lo sopesamos, damos vuelta buscando por dónde abrir, no queremos estropear la sorpresa y creamos muchas imágenes en la cabeza pensando qué será. Abrirlo es una experiencia individual, única. Algo similar ocurre con un libro, con este libro, y no pretendo echar a perder la sorpresa festiva, simplemente quiero invitar a su lectura: alguna vez Ricardo mismo escribió: “¿No se trata de eso la literatura, de pedir confianza?”.

Después de cerrar el libro que ahora tú, lector, vas a abrir, me termino de convencer de algo: Ricardo tiene otra cualidad como escritor, “lo suyo [...] son las palabras, las historias. Contar y contar”. Es un contador de historias. Por eso, desde esta premisa, por años y años hemos errado al leerlo, cuando lo que tenemos que hacer es escucharlo. Esto no lo sabía, y me llegó de golpe y ramalazo al cerrar las páginas, aturdido, en-palabrado,

atiborrada la memoria de las imágenes sintiendo lo que Ferpás, la niña de *Las peregrinas del fuisoyseré*: “Tantas palabras aquí adentro, [...], pero ya no a gritos sino en silencio”.

Vamos por partes. Ricardo es un contador de historias porque su virtud ha sido “entronar la subjetividad”. No significa ello que sus obras hablen de sí mismo o, como algunos han querido reducirlo, a una literatura un tanto biográfica. Nada más erróneo. Es difícil decir quién es Ricardo fuera de sus historias. Las solapas de los libros han ido repitiendo una falseada identidad limitándola a los libros y sus premios, y así se ha repetido un Ricardo bajo esa pose de escritor. Pero es más complejo porque su personalidad se ha ido dispersando. Como dice el narrador: “ha pasado de ver a imaginar, de imaginar a convertirse en sus personajes”. Y por tanto no tenemos un Ricardo sino muchos Ricardos para quienes “lo suyo [...] son las palabras, las historias. Contar y contar”. Es un doble movimiento: “narra[mos] las verdades de la humanidad y, por eso, las verdades de uno mismo; de uno mismo y por eso de la humanidad”.

Él lleva años plasmando esas historias en los libros porque pretende “una síntesis, un breviario de la existencia humana”. Es arriesgado decir esto cuando él mismo habla de sus temas obsesivos, cuando su literatura parece ser simple de reducir al mundo adulto y al mundo de la infancia. Pero ¿cuánto encierran esos tópicos y cuánto puede desprenderse de ellos? Es una dicotomía dado que “ha narrado historias a los niños para que tales historias se difundan como epidemia entre los adultos”, y estos últimos aún no abren su coraza.

En *Las peregrinas del fuisoyseré* está más que claro:

- La cabeza de la infancia es como una mansión enorme amueblada por las ideas; la de los adultos es un laberinto, un museo que sólo guarda imágenes congeladas.

- La boca de la infancia es un manantial de palabras y la de los adultos sólo vocifera convocando lo que le hace falta.
- Los ojos de la infancia son festivos, chispeantes; los de los adultos escaleras rígidas que buscan conocer.
- Las manos infantiles siempre están abiertas, creando; la de los adultos, empuñadas, hacia abajo, clausurada toda caricia.
- El corazón de la infancia es un tambor que hace música de todo y el de los adultos son pisadas que se aproximan a lo que temen o aman.

Es desde esta dualidad que ha ido brotando su escritura bifronte. Entonces, ¿cómo entender la dispersión de sus palabras?, ¿por dónde asir sus historias multiplicadas en metáforas que se desdobl原因 y que cada vez que decimos comprenderlas mutan a otra forma, otra palabra, otro sentido? Ricardo tiene siempre una historia que contar, testigo de una humanidad que ha ido perdiendo sensibilidad y endureciéndosele la epidermis. Los libros de Ricardo son el resultado de muchas interrogantes. Lo que él escribe no son las historias del “hubo una vez”, “habrá una vez”, no. La humanidad ha deshecho los inicios felices por más que busque proteger a los infantes; los de Ricardo son “inicios narrativos siendo pisoteados por migraciones cíclicas de niños en cada ocasión que el mundo adulto les clausura las opciones”. Y por eso habla, cuenta, escribe, no deja nunca de crear historias, porque es lo que sabe hacer mejor: “Sólo he aprendido a contar historias... para ofrecerme compañía y para darme un simulacro de alma y acaso para ofrecerme un poco de ternura que me alivie de ser yo”.

Por eso, él sabe muy bien que “*Todos necesitamos de las historias. Se trata de una esencia humana. Envolvernos con cuentos, levantarnos inmensas arquitecturas de historias, vivir dentro de ellas. Son el alimento del cerebro humano: un coctel de sangre, oxígeno y narrativas*”. El narrador de este libro cuenta que los médicos hindús solían acompañar sus remedios con historias: “se prescribía un bebedizo y se prescribía un relato”. Sanar el cuerpo, sanar el alma. Es curioso descubrir que, por lo general, los personajes de Ricardo están vinculados con el lenguaje y buscan encontrar un sentido, obtener respuestas desde el bregaje de las palabras y la memoria.

Lo hacen el grupo de amigos en *Severiana*, quienes ante la apremiante necesidad de sobrevivir a una amenaza inminente hacen surgir de la hoja en blanco una isla que irán poblando con palabras y donde el juego del lenguaje se convierte en el recurso de sobrevivencia. En *El libro del silencio* hay dos historias paralelas: la historia de Jana y la del pueblo de los inuits o esquimales. En ambas se comparte el dolor y las cicatrices de un pasado doloroso. Ambos personajes, el individual y el colectivo, recurren al alud de palabras buscando el caos incierto, el bullicio en que se pierden para evitar cualquier explicación: “un mismo miedo pare distintas historias”. La respuesta, después de hurgar en las palabras y darse cuenta que no son suficientes, la encontrarán en el silencio. Contrario a lo que sucede en *La valla*, donde “es más valiente decir las cosas que callarlas”. Ahí se precisa la bravura de las palabras para denunciar el abuso, para salir del laberinto y empezar a construir de nuevo la confianza.

Para ello, Ricardo ha tenido que edificar construcciones adecuadas donde vierte estas historias que se bifurcan y se multiplican. Si bien lo que adquirimos es un objeto físico llamado libro, la arquitectura interna se rebela contra esa forma, por que

lo que escribe Ricardo: “Es una metáfora, pero lo que se consigue con la metáfora es otra cosa. Una laberíntica telaraña de puentes donde la inteligencia se extravía”. Y para ello construye formas nuevas: novelas diccionario como *El libro del silencio* o *Miedo, el mundo de al lado* en las que “cada palabra cuenta una historia completa pero también conduce a otras palabras del libro”; novelas mariposa como *El país de los muchos suelos* para aprender a volar; libros álbum donde la metáfora requiere de la imagen para hacerla comprender, para diseñarla, para reforzarla, para que hable como sucede en *El libro de la negación* o *Muerto de corazón*. Así, para nuevas palabras, nuevas arquitecturas que no dejan de sorprender y que hacen de la literatura no sólo una reescritura sino el gozo lúdico de poder escribir inclusive nuestra propia historia.

Y con este libro no podía ser la excepción. Aquí tenemos un festín: no es una, si no dos historias porque “las historias trágicas sobre la infancia se han dejado de narrar”. Ricardo con este libro va redondeando su poética del lenguaje, de las formas y de las historias. Se encamina a una literatura bifronte: el haz adulto con su envés infantil, el haz infantil con su envés adulto. No es una simple dicotomía, ni una partición maniquea. Es una simbiosis temática donde adultos e infantes se tienen que asociar para beneficio mutuo. Llevamos siglos de humanidad y seguimos girando la rueda de las desgracias, repitiendo los errores porque no hemos entendido cómo solucionar este problema dual. Ricardo explora, arriesga, imagina, elabora metáforas, elucubra, etcétera. Podríamos encararle que después de tres décadas no tenga una respuesta, pero no el hecho de abrir nuevos caminos y de intuir posibles atajos desde sus historias que tienen que leerse sabiendo el riesgo de las palabras una vez que nos internemos en ellas.

Sí, porque “Una maldición de la narrativa es la de ponernos frente a episodios que preferiríamos no haber visto”. La infancia la hemos edulcorado después de historias de horror que nos han legado: la de aquel dios nada padre amoroso que cercenó las posibilidades de los primogénitos para liberar a su pueblo; la del rey inseguro que aferrado a su trono aniquiló una generación. Ricardo hace eco al grito de denuncia proferido en *El libro de la negación*: “¿Y los niños de Grecia? ¿Y los niños de Roma? ¿Y los niños de la India? ¿Y los niños de la Edad Media? ¿Dónde estaba la historia cuando los niños eran asesinados?”. Dos mundos en guerra, nos guste o no, una frase dura cuando hoy en día por doquier se pregonan los derechos infantiles sin mucho resultado.

Ricardo, contrario a otros, ofrece la dolorosa realidad de “estos niños pervertidos, corrompidos a la fuerza, obligados a dejar de crecer, marcados para atraer y fascinar y seducir”. No podemos negar que es en la infancia donde radican muchas de las respuestas de nuestro deshumanizado mundo. Cuántas historias no hemos visto o leído de asesinos seriales, psicópatas que lo son porque su infancia estuvo marcada por la ausencia de cariño y la agresión del mundo adulto. ¿Cuánto no están dispuestos los padres a realizar cuando ven a sus hijos en peligro, capaces inclusive de cometer inimaginables tropelías?

Surge una martillante pregunta: ¿Cómo se devolvería la inocencia? Creo que por eso Ricardo toma ahora el riesgo de contar dos historias, porque sabe que son ambas caras de una moneda y que la respuesta no proviene de un solo lado. La primera es “un pueblo de adultos quedándose huérfano”. Grupos nutridos, compactos de niños que toman la determinación de abandonar las ciudades, de alejarse del mundo adulto y no volver la mirada atrás. ¿Por qué esa determinación?, ¿por qué *la niñada* abandona

el reducto de seguridad llamado hogar? Valientemente ellos emprenden la marcha, cobardemente los adultos se paralizan de miedo. ¿En dónde están los niños?, ¿qué hacen los adultos para detenerlos? Más aterrador aún porque “no hay flautistas, no hay predicadores, ¿entonces quién seduce?, ¿qué está relatando el caminar de estos niños?”.

Y es ahí donde da comienzo la segunda parte: “... ¿cuál es la causa de que los niños estén yéndose?”. En el afán del mundo adulto de mantener ilesos a los niños se les ha creado un entorno para mantenerlos fuera de peligro, “lejos de ideas que puedan cortarlos, herirlos, envenenarlos”. Sin saber que con ello se les está haciendo más daño. La orden es clara: mantener a los niños. Para ello hay que ilusionarlos, acorralarlos, cercar “*el pensamiento infantil para que viva en un mundo que se parezca al mundo sin sufrirlo aún*”. Ricardo hecha mano de un narrador testigo que le ayude a soportar las verdades que se van desprendiendo de cada imagen que construye, porque estamos haciendo más daño al seducir su atención y al domesticar su imaginación:

¿O es que habría que darle a los niños el fuego, el subsuelo, la química, el aguzado vidrio mental?... ¿Permitirles acceder a los pensamientos sólidos, filosos, lacerantes, puntiagudos, fogosos, abismales, para que se asfixien llevándose a la boca verdades demasiado gruesas, para que vacíen las cuencas de sus ojos con tales realidades y se machaquen la cabeza a golpes de razón... Es tal la opción?

Lo puedo decir porque lo he hecho propio después de la lectura: “ése es el verdadero mal. No el frío de la cima ni el hambre ni el eventual arribo de los lobos. Abandonarse a la interrogación. «¿Qué hicimos?»”. Y ante esta demoledora pregunta se

desquebrajan muchas seguridades, muchas posturas a final de cuentas falsas.

Esto sólo lo puede lograr un contador de historias. El escritor cuida su narración, conduce su cauce, prevé el desenlace, protege a sus personajes. El contador de historias, además, sabe que una vez echada a andar la maquinaria de las palabras pueden suceder muchas cosas. Por eso es posible tener entre manos un relato que desborda las páginas del libro, personajes sin rostro, sin nombre, para que cada quién se ponga en la piel que le corresponde, personajes que abandonan a su creador. No esperemos una narración ordenada, coherente y no significa ello carente de sentido. Todo lo contrario, las posibilidades narrativas se ven potenciadas desde estos riesgos en la forma de contar que Ricardo propone y donde la línea narrativa adquiere giros sorpresivos. Ahora, si bien se presenta como una “Una historia a oscuras y sin rumbo”, como suele suceder, hay espacio para la esperanza, una palabra que para el autor es fundamental, despojada también de un falso ilusionismo.

“Es hora de darle consistencia a la esperanza”.

“*Sin mentira, sin ilusión, sin fe, sin prédica, ¿qué les queda a las personas por decir?... Su historia...*”. Es hacia donde nos conduce: a contar nuestra historia para “*proteger a la niñez, sí, pero también contagiarnos de niñez, meternos niños en el cuerpo*”. Ricardo cumple su cometido con este libro. Nos comparte esas obsesiones que vislumbra en el silencio de la escritura para arrojarlas a ojos y oídos ávidos de historias, inconformes con un iluso mundo que ante la primera pregunta ve caer sus seguridades. Ricardo no sale ileso de estas páginas como tampoco nosotros, pero eso sí, tengamos la certeza final que sólo así prevaleceremos. Finalmente, “El regalo de toda historia está en revelarle a otra persona su propia y desoladora tragedia; y también las

esperanzas y los métodos a que otros han recurrido para salir de ella sin éxito. *Un regalo extraño, es cierto*".

¡ÁBRELO!

Pero no olvides "que toda historia
es un contrato

es un consenso
es una herencia".

RAMÓN ALVARADO RUIZ
San Luis Potosí, 2016

Mataniños, matapadres

ADVERTENCIA

Toda historia son dos historias: su cara y su contracara, su anverso y su reverso, su versión y su reversión, su dolor y su alivio.

Y, sin embargo, como con la luna, casi nunca hay posibilidad de ver el otro lado. Culpa de los escritores que, por indolencia, por ingenuidad, por una desmesurada confianza, creen que dar la mitad es suficiente.

Sucede entonces que una de las historias es sacrificada por la otra, como si fueran siameses que compartieran un mismo corazón.

Escribir la mitad de la historia, como solemos hacer los escritores, es cruel, homicida, pero sobre todo ingenuo: imposibilita reconocer si la novela resultante es el cadáver o la vida. Si late o no un corazón en nuestro libro.

En *Mataniños, matapadres* hay una historia íntegra: cara y contracara, anverso y reverso, versión y reversión, dolor y cura: “Ositiarh, mataniños” y “Revloved arohseay, matapadres”.

Dos historias en una hermanadas en el sincrónico latido de un sólo corazón esperando en sobrevivir sin sacrificios.

Ositiarh, mataniños

ANTES DEL FINAL

Había una vez...

Esto sucedió en un remoto lugar del mundo...

Hace mucho pero mucho tiempo, cuando vagaban por la entera superficie del mundo criaturas y cosas todavía sin nombre...

Todos estos son inicios conquistados por historias que tuvieron oportunidad de ser contadas millares de ocasiones, yendo de boca en boca y transitando por vocabularios que en un principio todavía tanteaban, todavía dudaban, hasta alcanzar palabras cada vez más cómodas, redondeadas, como perlas a fuerza de los roces de tantos labios impuestos en la tarea de repetirlas y de llevarlas así a las orejas de sus hijos y de los hijos de los hijos, desplazándose siempre de generación en generación, de viejas memorias a memorias vírgenes donde fueran, tales historias heredadas, corriéndose hacia los atajos anecdóticos y las abreviadas metáforas poéticas, ganando confianza en las rutas sencillas y en el añejamiento de sus sabidurías, para convertirse en las breves pero profundas historias que hoy conviven con nosotros o, mejor dicho, para convertirse en las historias como peldaños que nos han traído hasta estas alturas.

Érase que se era... Se cuenta que en aquellos lejanos reinos...
Todos éstos, pues, inicios de historias bendecidas por el tiempo.

La que relato hoy no es una historia así.

Esta crónica que nos incumbe a todos no tiene ni siquiera un buen principio. *Desaparecieron*. Triste palabra que no tendrá oportunidad para las decantaciones y los pulimentos garantizados por una inteligencia en coro y en perspectiva, porque esta historia no está dejando testigos. Es más, pronto no habrá quién la escuche.

Una semilla de historia que ya se deseca entre las piedras.

Sin ambages, una historia muerta y para muertos la que heredo.

Sucedec entonces que quienes desaparecieron del mundo fueron los niños.

Es una convención del arte narrativo relatar no lo común sino lo excepcional. No lo que suele ocurrir invariablemente, día con día, sino lo raro del mundo y las rarezas de la humanidad. Y por eso la frase mágica de la narrativa es “una vez”: “había una vez”, “hubo una vez”, “habrá una vez”. Las excepciones.

No obstante, no hay nada que esté sucediendo realmente por primera vez en el mundo. Todo ha sucedido ya. El problema es que, siendo tan inhumanamente largo el tiempo y tan efímera nuestra memoria, llamamos erróneamente a las ondulaciones de lo cíclico “una vez”. Apenas se cumple un ciclo con la renovada muerte de un hijo o con la tierra abriéndose reiteradamente a nuestros pies para tragarse el paisaje que se suponía eterno, las personas se arrancan el pelo y lloran, se golpean el pecho y se inconforman con la existencia, penan “por esto”. Dicen “que nunca había sucedido, que no tenía por qué haber ocurrido jamás”.

Desde esta perspectiva de lo cíclico habrá quien diga que —lo recordemos o no— los niños ya habían abandonado a sus padres muchas veces en la historia del mundo.

No estoy muy seguro yo.

Al parecer los niños abrieron los ojos una mañana, que entonces no fue una mañana cualquiera, con la certeza de que tenían que marcharse. La suya resultó ser una urgencia propia de animales acostumbrados a encontrar indicios de alarma en la forma de las nubes, en el olor del aire, en el súbito silencio de los pájaros. Algo que nadie les enseñó y que, sin embargo, se fue encendiendo en su corazón o en su alma o en su mente como un rumor sin palabras levantando ventisca al interior de sus cabezas. Y fue así como los niños de tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once y doce años abrieron todas las puertas de sus casas hasta llegar a la última, atravesaron el umbral y salieron a la calle.

Había que verlos. Niños caminando fuera de sus hogares, fuera de sus jardines, fuera de las reconvenciones y de los cuidados de sus padres, fuera de las órbitas del amor adulto para dejarse guiar únicamente por una mano que era la suya propia cogiendo a la otra y guiándola. Caminaron de este modo las niñas y los niños en un principio yendo por los caminos conocidos y por las conocidas palabras, dentro de una geografía rastreable y un universo semántico todavía conjurable con vocablos como “andar”, “vagabundeo”, “desobediencia pueril”, “inocente travesura” que no causaban pánico, pero que los niños iban dejando atrás.

Lo inverosímil —y supongo que toda historia de lo raro y la rareza despunta con un hecho increíble, sin tradición, y por

eso irreconocible— es que las madres y los padres estén dejándolos marchar así.

Aquella mujer que mira desde su ventana la marcha de los niños tiene en sus ojos una tristísima expresión resignada que me hace pensar enteramente en un país y en toda su tragedia. Flota en su mirada la entera nación de China y la última de sus cíclicas hambrunas, cuando las familias lo devoraron todo —ratas, raíces, las suelas de los zapatos— antes de pensar en los bebés que se les consumían entre los brazos. Este episodio atroz anida por entero en la opacidad triste de sus ojos: las madres chinas intercambiando criaturas para no tener que comerse a las suyas. Y, sin embargo, esta mujer pálida de la ventana, que pasa la mano por su rostro como si retirara un rebelde mechón de pelo, no recibe a cambio de su hijo de siete años ningún niño que pueda llevarse a la boca.

Calles más abajo, un padre grita patéticamente.

—¡Olvídate del postre!... ¡Olvídate de recibir monedas!... ¡Olvídate de pedirme un día de campo en las montañas!

Grita el padre cada una de las pérdidas que su hija va sumando paso tras paso. Él, sin camisa; la niña vistiendo una pijama amarilla como chillido de sol.

—¡Olvídate de nosotros! —no duda en agregar él la última amenaza.

La niña suma un paso más y entra entonces en el silencio de un mundo que no tiene ya nada que sustraerle.

En la víspera todo era normal y por eso no existía todavía ninguna historia nueva por contar. Caricias, arropamientos, bocas adultas entibiando los eternos cuentos de siempre para hacérselos llegar a las imaginaciones hambreadas de su descendencia.

La inofensiva pauta de ayer, sin embargo, produjo el hoy. Ayer, hoy, ayer, hoy, ayer, hoy. Me pregunto desde cuándo tuvo que ser distinta la pauta de “ayer” para que “hoy” no tuviera que haber hijos sin padres andando solos por las calles; ríos de niños dejándose arrastrar por las pendientes de los caminos que nadie hizo pensando en ellos... en que les servirían para marcharse.

¿Qué sucedió ayer a tal mar de niños para que hoy estén inundando así las salidas de todas las ciudades?

De ser otra nuestra época, una imagen semejante podría remitirnos a éxodos y destierros. Podríamos imaginarnos incluso pueblos de niños huérfanos creados por pestes antiguas o imaginar precoces guerreros enfilándose hacia la violencia de una batalla que se habría vuelto entonces indiferente a las edades de los soldados siempre y cuando supieran matar y morir.

Sin embargo, hoy en día todo se ha tornado blando, y por eso nuestra imaginación es incapaz de ver orfandades o guerras en la marcha de los niños. Cualquier multitud infantil es, a nuestros ojos, rito educativo o carnaval bajo control. Inmediatamente buscamos, en torno a tal multitud, murallas de colegio, jaulas de zoológico, parques de diversiones; siempre paredes literales o metafóricas hechas con ojos adultos, manos adultas y admoniciones adultas que nos expliquen a tanto niño junto. Imposible echar mano a la noción de “tragedia” para que nos interprete lo que vemos cuando hace mucho que las historias trágicas sobre la infancia se han dejado de narrar.

Hoy no existe cerco en torno a los niños. Hoy no hay en sus rostros adustos algo parecido a una sonrisa que nos apacigüe. Estos niños serios que vemos desbordándose en ramales más allá de

las fronteras de la ciudad nos piden otra imaginación que no tendremos tiempo de desarrollar.

Yo estoy ubicado en la esquina de esta sinuosa y estrecha callejuela, aquí, bajo el toldo de la panadería, donde los dueños han preferido dejar caer la cortina metálica. Desde aquí veo que viene una niña sin sonrisa en los labios pero también sin lágrimas en sus ojos grandes, y cruza a mi lado sin devolverme la mirada. Veo un niño de pelo negro que tiene tensa la boca y empuñadas las manos seguido quizá por su hermana, una chica larga y huesuda que se saca el vestido haciéndolo pasar por su cabeza. “No te quites la ropa”, pienso que diría alguna madre de hallarse aquí conmigo, y así sigo mirándolos. “No arrastres los pies”, “amárrate las agujetas”, “límpiame la nariz”, “escúchame, que soy tu madre”, “obedéceme, que soy tu padre”.

Lo que se desplaza a mi lado es una multitud de niños sin mirada adulta y sin reconvención adulta que los guíe, los controle, los encauce. Brotan de las diferentes bocacalles del pueblo y encuentran cauce en la desierta carretera por donde se van de aquí. Lo que dejan a sus espaldas es un pueblo de adultos quedándose huérfano.

Describir es la primera tarea que ha de ser cumplida antes de intentar cualquier definición. A ella me entrego al abandonar la esquina de la calle, y al avanzar a contracorriente de los niños que se dirigen hacia las afueras, describo que un niño pecoso viene hacia mí, pero me evita bajando la cabeza y saliéndose de un camino que entonces resulta ser “mi camino”. La escena se repite con otro y con otra. No disputan sus trayectorias ni disputan los objetivos de sus miradas. Sacan de mi andar sus pasos y, de mis ojos, sus ojos. Creo que si yo gritara ahora como

el padre aquel que enlistaba las pérdidas a la niña de la pijama color de sol, los chicos darían un rodeo y me dejarían en paz dentro de mi ruidoso diámetro de sustracciones. Avanzo sin que me sean disputadas, entonces, mis pertenencias: mi ruta, mi panorama, mi sonido. Se hacen a un costado y salen así de mí. Se quedan incluso al margen de las corrientes de mi pensamiento pues tampoco soy capaz de cerrar una idea para mantenerlos adentro.

He dicho “me dejarían en paz”. Para rectificar he tenido que detenerme y girar en redondo. “He sido dejado fuera”, pienso; lo leo en sus espaldas. Luego dudo: “¿afuera de qué?”. Rectifico de nuevo. He sido dejado, con todas mis pertenencias, dentro de lo mío. “Dejado adentro”.

Fallo en la primera tarea que es la faena más sencilla en el arduo proceso hacia la definición porque describo mal. He dicho “niña”, “niño”; luego he intentado cierta precisión adjetivando “largo y flaco” y “rizado” y “bajos de estatura”. Incluso “chiquillos” pretendió ser una diferencia para que no se mezclaran con “niños”, con “pequeños”, con “chicos”.

Reconozco que me muevo entre dos intenciones irreconciliables y por eso no consigo ni avanzar en lo uno ni progresar en lo otro.

La primera intención descriptiva va de lo concreto a lo abstracto y es camino corto: irme acercando a un principio de orden. Describo la seriedad y su silencio, las ropas ligeras, su suave manera de pisar el suelo, porque yo mismo no sé distinguir aún lo que importa de lo que no. Cuando reúna en constelaciones los rasgos de complexión, vestimenta y comportamientos habré llegado a un concepto de semejanza. Pronto

reconozco que todo este proceso es estéril. Un sólo dato que recién se me revela con los gritos proferidos por alguien a la distancia me ofrece un primer rasgo esencial: la voluntad de los niños por no mirar atrás.

—¡Regresa! —se deja oír un ruego a lo lejos.

Pero ninguno de los niños que pasan junto a mí se vuelve por sobre su hombro para ver quién clama con tal dolor.

De categoría en categoría, camino hacia el origen de los agudos gritos que no cesan de repetir “regresa, regresa”. Las categorías sobre las que me desplazo como una araña de nueve patas son: “niños”, “niñas”, “los menores de tres o cuatro años”, “los mayores no tienen más de doce”; “caminan en silencio”, “sin mirarse”, “sin sonrisa”, “sin volverse”, “sin quebrar sus soledades”.

Alcanzado este punto podría ensayar una definición fijando las esencias, aunque tanto listado negativo (“sin”, “sin”, “sin”) anticipa que sabré decir poco en la definición: lo que veo es una cruzada de niños, un ejército de niños, una estampida de niños, una niñada.

Surcando las corrientes humanas que me llegan al pecho, pienso precisamente que la razonable ruta racional del camino corto, sólo me llevó —palabras más, palabras menos— a otra palabra.

—“Niñada” —repito, pero nada cambia en este mar de niños, en su obstinado derramamiento que se me abre como milagro. Ninguna verdad que me explique lo que veo, así que la palabra sólo me ha ofrecido una tregua falsa.

Entonces opto por el camino largo. Lo hago en el mejor momento, cuando surge ante mis ojos y mis orejas la causa de los alaridos.

El camino largo, a diferencia del camino corto, no tiende hacia las superficies lingüísticas, sino que se hunde en una larga travesía, capas adentro del lenguaje. Dejar atrás las palabras que son cáscaras generalizadoras y que me permiten decir “vociferaciones”, “un par de hermanos”, “el menor” en el bordillo de “la calle” ante una de “las puertas abiertas” de la “casa”; y el “mayor” asido a uno de “sus brazos”, resistiéndose a dejarle “marchar”. El camino largo prefiere ir desentendiéndose de los conceptos —“hermanos”, “calle”, “puerta”, los “padres” parados en el vano principal de la casa sin intervenir—, involucionando hacia los ordenamientos y de allí hacia el inventario de rasgos hasta recaer en descripciones burdas que todavía enreden lo superfluo con lo esencial. El hermano menor tiene sueltas las cintas de los zapatos y se ha abotonado mal la camisa, por lo que le sobran ojales arriba y abajo, y también le sobran pliegues en los pantalones que parecen de su hermano o de su padre, y le sobran trozos asimétricos de una chamarra que tampoco debe de ser suya.

El hermano mayor le saca una cabeza de estatura, pero es quien llora y grita y tiene encendido el rostro. Se parecen entre ellos tanto como el pasado y el futuro.

—Regresa.

Pero el pequeño todavía no se ha ido. Está a un paso de salir de la acera, bajar a la calle, sumarse al oleaje de niños, confundirse con ellos, perderse. Un único paso para tantas consecuencias es lo que tiene al hermano mayor tan arrebatado.

—Regresa.

Grita y se vuelve hacia sus padres esperando un respaldo. Ella, la madre, está cruzada de brazos, y el padre tiene el mentón endurecido.

Lo extraño es que el mismo hermano menor oponga una resistencia tan poco espectacular ante los tirones de su hermano

mayor. Está el menor plantado en el bordillo, con las piernas abiertas, y se echa hacia atrás aprovechando así la fuerza de gravedad para conseguir una fuerza que no posee. El hermano mayor lo sostiene de este lado de la calle y de la familia y de las historias humanas que no se narran por ordinarias y monótonas. Le ayuda para que no se caiga de espaldas fuera de todo, pero dentro de lo no narrable.

—¡No vas a irte! —sigue gritando el mayor— ¡No vas a dejarnos solos!

El camino largo, que se desplaza de lo abstracto a lo concreto, desemboca inevitablemente en la narrativa. De tanto describir rasgos, uno termina describiendo acciones. Lo que a primer golpe de vista y a primer golpe de verbo parecía rutinario y común —“una contienda fraternal”—, empieza a tornarse en un acontecimiento merecedor de ser contado. La ruta irracional del camino largo es, pues, la narrativa, pero hay allí, aquí, en el fondo, una premisa falsa: pensar que relatar algo sirve de verdad para entenderlo.

Yo sacrifico el último reducto de objetividad y distancia por acercarme de más a los hermanos; me yergo con descaro sobre sus sombras tendidas en el suelo y noto el sudor de uno, el temblor del otro, la acidez olorosa del miedo aunque no sé de qué cuerpo se desprende. Luego me aboco al acto de prestidigitación de todo contador de historias. Elijo al mayor de los hermanos y me concentro en él hasta empezar a olvidarme de mí.

Es el último trecho a recorrer en el camino largo: entronar la subjetividad. Por ello me desdoblo. Paso de ver a imaginar, y de imaginarme siendo el adolescente, paso a convertirme realmente en él.

Soy él. Siento la tensión en mis dedos agarrotados, siento el ardor en la piel de mi rostro, siento la resequedad al interior de mi boca. Así entiendo que él también simula. Descubro, siendo él, que a él le costaría poco rodear con los brazos la cintura de su hermano menor, levantarlo en vilo y llevárnoslo entre pataleos a la habitación de la planta alta. Entiendo que eso no es lo que queremos. Siento la respiración caliente de mi hermano menor, su respiración que me toca la cara sin refrescarme, un velo que va y viene por mi piel, y que me cubre y me descubre de él. Con sus ojos en mis ojos a un palmo de distancia lo reconozco: su mirar oblicuo, la manera de colgarse dos hoyuelos en los vértices de la boca aunque no sonría. Podría yo seguirle sujetando del brazo durante horas, producirle dolor; lo he hecho antes, hacerlo que me tema, pero mi esperanza es que por voluntad propia me reconozca suyo, se reconozca mío.

Yo soy quien lo suelta entonces. No el hermano mayor sino yo.

El hermano mayor se sorprende entonces y no reacciona. El menor pierde el equilibrio y cae entre niños que están a punto de pisarlo. Después vuelvo a fundirme con el adolescente y juntos nos sentamos en el bordillo. Sé que mis padres continúan detrás, viéndolo alejarse también, pero no giro la cabeza para verlos como mi hermano menor no se vuelve. Ni me quejo como tampoco se queja él. Noto claramente el mandato eléctrico que surge de mi cerebro y me cruza la columna vertebral ordenándome que me ponga en pie, pero ni siquiera entonces entiendo si es un impulso por seguir a mi hermano o por darles la espalda a mis padres. Evito, sin embargo, cualquier movimiento; me desoigo en espera de que ambos impulsos —el del espíritu y el de la carne— pierdan fuerza y me dejen

en paz. Advierto entonces la gana idiota de quedarme aquí sentado para siempre.

¿A esto puede llamársele “empatía”, “simpatía”, “comprensión”?
¿De verdad la narrativa lleva hacia algún lugar valioso?

Lo que creo haber entendido es que la semejanza de los hermanos ha resultado ser superficial. Sus inocencias son distintas. La del menor es básicamente carne expuesta, viva y blanda como pulpa, sin protección, al aire. El sentimiento inocente surgido en el mayor, mientras retenía al pequeño, es la inocencia fraternal de la utopía adulta. De allí ha nacido su inocente promesa: voy a ser tu piel, mi hermano; voy a envolverte hasta que tu carne se vuelva más sólida, más gruesa, más dura.

—¿Adónde van? —se deja escuchar la voz mortificada de la madre a nuestras espaldas, cuando él y yo, el yo nos levanta, me lleva, adiós.

Ella ha preguntado en plural y haciéndose visera con la mano. Es obvia su inexperiencia con el gesto porque no es una manera ordinaria en que los padres miren a los hijos: a la distancia; adivinándolos en largas e ilusoriamente ordenadas hileras de otros como él; permitiéndoles que se alejen.

—¿Cuándo regresarán? —pregunta otra vez ella.

Yo he girado la cabeza para verla, pero no el hermano adolescente, así que contemplo solo el estallido del padre.

¡Cuando tengan hambre! ¡Cuando empiecen a sufrir!

Por volverme, he roto la sincronía con el adolescente. Me he quedado fuera de él (he sido dejado otra vez dentro de mí). Él —quien no se ha rendido a la curiosidad y mantiene la mirada al frente— escucha el portazo a sus espaldas y descubre entonces otro sentimiento que no es capaz de nombrar,

pero sí de meter en una imagen, en un deseo, en otra promesa que por el momento no puede cumplir: ser la piel de sus padres.

Quien narra se desdobla. Desdoblarse en personajes, cuya suma de acciones va tornándolos protagónicos, es una de las tareas de quien narra a fin de ofrecerse un supuesto entendimiento. En el fondo no hay sino curiosidad. Ser otro. ¿Qué se siente ser “otro”? ¿Qué nos pasará siendo otros sin que realmente nos pase nada?

Necesitaría ahora ser el hermano menor con el fin de ponerme a mis espaldas la casa que ha sido mi única casa, dejándome arrastrar para llegar al final de la calle, para llegar al festoneo de cada una de mis trayectorias usuales —el colegio, los hogares de mi gente, el parquecillo, la heladería—, para llegar al límite de lo que ha sido mi mundo, y así entender por qué me estoy yendo.

Me imagino a mí mismo dentro de esa dichosa piel infantil todavía sin una sola dureza, acomodándome en este cerebro blanco y obeso, en este par de ojos inmaculados, en esta veintena de dedos como sin huesos, con la única intención de preguntarme ¿Qué veo? Mejor aún, ¿qué vio abrirse este hermano menor ante su mirada cuando completó el paso que lo llevó más allá del mundo que conocía? ¿Qué tipo de inhospitalidad, de vacío, de helada, se le extendió en el horizonte y que, sin embargo, fue preferible a la familiaridad que iba dejando a su espalda? Me pregunto si vaciló, si tuvo dudas. ¿Dudas con respecto a qué certezas?, me interrogo, porque por más que lo intento, no soy capaz de adentrarme en su cuerpo y narrarme en primera persona, narrarme en comprensión y no en suposición, narrar desde la verdad y desde una verosimilitud que ni

siquiera lo parece: ¿los hijos abandonando a sus madres, sobre todo a sus madres?

¿No es una pregorrativa de los narradores ocupar a sus creaciones, habitarlas, violarlas cuando lo queramos, ponérmolas como un guante, visitar su interior como vamos al retrete cada vez que lo necesitamos?

—No son míos.

Lo confieso y me confieso.

—Los niños son niños y no personajes. Y no me siguen, sino que se persiguen entre sí como una parvada o como un cardumen.

—¿Y quién fue el primero? —llego yo al fin a la interrogante que importa, dejando ir al niño y permaneciendo otra vez abandonado a mí— ¿Quién fue el primero en alcanzar la calle, en abrir la marcha de lo que aún no era marcha, en escuchar las solitarias pisadas de sus pies sin atreverse a comprobar, mirando por sobre su hombro, si cundía el ejemplo?

¿Es por eso que ningún niño se vuelve mientras se desplaza? ¿Por el temor a descubrirse solo?

Cuando entro en el hogar del hermano menor y del hermano mayor, la madre asoma la cabeza por la puerta de la cocina.

—Tendrán hambre al regreso —murmura, resbalando las manos húmedas sobre el delantal.

El padre se encuentra sentado en un sillón, apropiadamente ubicado ante la ventana que da a la calle.

Ignorado e ignorando, subo las escaleras.

Horas después el padre prosigue en su rol de centinela frente a la luz naranja y oblicua del atardecer que se cuela por el

ventanal e inunda la sala; horas después se ha anaranjado también el olor a masa horneada que se derrama por las escaleras hacia la planta superior.

Miro al padre de los chicos a través de las balaustres del descanso de la escalera y recuerdo el cuento aquel del genio encerrado en la botella. Los primeros cien años, el genio prometió riqueza a quienquiera que lo rescatara. Pasado el siglo, modificó su promesa, pero nadie lo puso en libertad. Y así transcurrieron cuatrocientos años. “*Le concederé tres deseos infinitos*”, dijo al fin y esperó durante cien, trescientos, mil años a su salvador. Entonces estalló.

—De ahora en adelante mataré a quienquiera que abra la botella.

Así está sentado su padre, con milenios a cuestas.

La madre fue quien gritó.

—¡Han vuelto!

El padre, dormido en el sillón, tarda en reaccionar, así que yo soy más rápido y flanqueo a la madre al llegar ella a la entrada de la casa.

En cada pórtico, en cada ventana de los hogares aledaños, hay personas que han adivinado también el regreso de los niños.

Al principio aquello a lo que llaman “retorno” es un puro rumor dentro de la oscuridad. Una alfombra de pasos, un tejido de suaves pisadas que los perros comienzan a rasgar a ladridos.

Las siluetas se aclaran bajo el primer cono de luz del alumbrado público, y van apareciendo y desapareciendo de poste en poste, de iluminación en iluminación, calle tras calle al interior del pueblo, los niños.

Las miradas de los habitantes van de racimos de rostros en racimos de rostros intentando reconocer sus propias

fisonomías en los niños. Contemplan con ojos agradecidos las madres y con iracundos ojos los padres a esa multitud que cruza el pueblo.

Buscan lo suyo: caras que los defiendan contra el viento y la marea de tantos niños ajenos.

Sin embargo, ya no hay hijos: ni siquiera las amistades de los hijos, los primos de los hijos, los compañeros de los hijos, los vecinos de los hijos. Lo que ven los padres desde puertas y ventanas es un tropel de niños desconocidos que evitan devolverles la mirada.

Por primera vez surge el plural de boca de uno de los habitantes. “¿Y los nuestros?”.

—No son los nuestros —murmuran después en alarmado coro.

Y la multitud de chicos que no son sus chicos acelera su fuga a lo largo de una ciudad que no es su ciudad.

¿Hacia dónde mirar entonces?, parecen preguntarse los perplejos gestos adultos, ¿hacia dónde dirigir los gritos para nombrar y llamar a los hijos idos? Son miradas y llamadas sin dirección como flechas vacilantes, cuyo vuelo a duras penas atraviesa la calle para horadar a las madres que lloran allí enfrente, del otro lado de la calle, sobre todo a las desconsoladas madres, madres que sin hijos permanecen verosímiles, pero ya no verdaderas.

Poco a poco desciende la temperatura y se recrudece la oscuridad por las continuas clausuras de puertas y ventanas en el pueblo. Permanezco en la calle contemplando el alargamiento de la marcha. Cada vez hay más huecos entre los niños que caminan. Se han ido distendiendo las ordenadas hileras ilusorias. No sólo las criaturas de menores edades han ido a parar naturalmente a la retaguardia. Naturalmente, también, han ido

quedando atrás un par de chiquillos que cojean y esos otros que parecen enfermos. Creo distinguir una improbable silla de ruedas desplazándose por la otra acera y un desfile de cuerpos sin hábito al sufrimiento que parecen arrasados por la incompreensión mientras se arrastran por el suelo.

Si alguno de los padres hubiera permanecido ante una puerta o frente a una de las ventanas del pueblo, me habría visto caminando de círculo en círculo de luz hasta salir del último diámetro luminoso de la ciudad.

Luego oscuridad, silencio y nada.

Como no hubo testigos, supongo que horas después surgió en la ciudad el runrún de que se los llevaron.

—Se los llevaron.

—Los arrastraron contra su voluntad.

Y así dio comienzo esta interpretación que los adultos sí reconocen como posible en esta época —no la peste, no una guerra hecha de niños.

Los rumores incuban un mal ambiente. Los hombres y las mujeres de este siguiente pueblo, por ejemplo, se han apostado en un camino maltratado y angosto en las afueras para impedir que suceda lo que, se dice, ha acontecido en ciudades a la redonda.

—Se los llevan.

—Se los roban.

Pero luego alguien le da palabras a la locura.

—Los niños se roban a los niños.

Si las mujeres y los hombres hoscos de esta comunidad supieran ser suspicaces, advertirían que, a sus espaldas, sus hijos están abriendo urgentemente cada puerta y han empezado a salir de

sus casas y a recorrer urgentemente cada calle que los acerca al límite opuesto del pueblo, y saliendo ya del pueblo, caminan como si de verdad pudieran encontrar algo más que pueblos en el mundo.

¿Se los ha dicho alguien?

—Por más que caminen no habrán de encontrar sino poblaciones humanas.

Parece que no.

Bastaría con que alguien les dijera: “el mundo se ha convertido en un mundo humano”.

Aquí entonces —a diferencia de la ciudad donde para mí empezó esta historia y que yo también he tenido que dejar atrás para que la historia no me deje atrás a mí— las mujeres y los hombres sí han hecho algo, sí han intentado resistirse, y por eso esperan atravesados en el camino angosto y rústico, como lo han hecho en épocas antiguas otros pobladores por razones no menos absurdas. Hubo seres humanos que en el pasado intentaron desviar con sus propios cuerpos el curso de una corriente de lava para proteger a sus villas; otras multitudes de personas pretendieron cerrar el paso a la creciente de los ríos, hubo masas que se atrevieron a interponerse en el camino de una estampida, miles de despavoridos habitantes que se dedicaron a detener el avance de la peste baleando a cualquier forastero que apareciera en sus parajes.

Nadie, sin embargo, se dedicó en el pasado a poner un límite, fijar una desviación, romper el curso, sacar de cauce a los niños.

¿Cómo se encara a una multitud de niños que, según se dice, viene por lo suyo, por los suyos?

Aquí, a diferencia de tantas madres y tantos padres pasivos de pueblos a la redonda, los adultos están dispuestos a la defensa.

La pregunta es ¿qué habrían hecho si sus hijos hubieran optado por esta salida del pueblo y no por aquélla, a espaldas de todo? ¿Qué harían los padres con una marcha aproximándoseles por las espaldas, niños como espejos que reproducen sus fisonomías, niños con sus mismos apellidos y su misma sangre, niños hijos suyos, hijos míos?

Dispuestos a la defensa las madres y los padres, sí, ¿pero qué defenderían? ¿A quién defenderían? ¿De qué defenderían cuando nadie se los está robando?

La niñada está ocurriendo en muchos sitios, aunque no al mismo tiempo.

En algunos lugares, como en este pueblo sitiado por su propia gente, la marcha recién despunta cuando en comunidades a la redonda se cumple un día ya sin niños. *Ya sin niños*. Inverosímil atreverse a pensar siquiera en la posibilidad de un acuerdo de tamañas dimensiones en la infancia y en la niñez humanas. ¿Cómo habrían podido convenirlo? ¿Con qué palabras, con qué medios? ¿Coincidencia tras coincidencia a lo largo de los caminos?

Si fuera así, eso supondría que las hileras de chicos de este pueblo que escapan a espaldas de sus madres y de sus padres, y que están yéndose por áridas sendas, flanqueados por la última frontera de su mundo que son un pozo y un roble, contemplados ellos por otros rebaños (de ovejas, de cabras), se crean únicos. Eso supondría que todos los pueblos de niños abandonando a sus padres se crean únicos.

Todo acto humano es siempre tradición.

Ni siquiera me refiero a las anécdotas humanas, que también nos persiguen desde el principio de los tiempos, sino a los meros eslabones, las partículas mínimas de cada posible comportamiento, los núcleos básicos que son los actos.

Lo que estoy tratando de decir es que si una historia no hubiera ocurrido aún en el mundo —asunto de por sí inverosímil—, los actos que la componen (o la compondrán) sí habrían aparecido y reaparecido ya infinidad de ocasiones en otra historia. Por ejemplo, en la sencilla acción de palear la tierra y abrir hoyos en el suelo caben todas las agriculturas y todos los cementerios del mundo, todos los pozos y todos los tesoros, todos los infiernos y todas las resurrecciones.

Piénsese en moldes entonces. Poner un pie después de otro es la horma de todas las conquistas de la historia pero también de todas las huidas. Ajustar tal molde a los niños de hoy y dirigirla hacia la “conquista”, nos ofrece apenas un referente en la pobre dinastía de guerreras marchas infantiles de la historia del mundo: la cruzada de los niños.

Podría ser ésta su ascendencia, su tradición.

Si fuera inevitable relacionar aquella vieja marcha infantil con la actual, entonces sería obligado fundirla también con su mito: el flautista de Hamelin. Intentar embonar estas tres niñadas consigue, al menos, la afortunada producción de interrogantes. Si el flautista abre la marcha en el cuento popular, si dos niños aparentemente iluminados encabezan, en las crónicas históricas, aquella última cruzada del mundo cristiano por recuperar Jerusalén, la interrogante es ¿quién o quiénes guían esta nueva marcha? ¿De dónde obtienen el ejemplo los niños que ya se alejan de su pueblo? ¿Quién les ha heredado hasta esta época la tradición de poner un pie después de otro?

Reintentar una definición podría ser útil. Ubico, en el trasfondo semántico de la niñada actual, el mencionado mito del flautista y el mencionado suceso histórico de la última cruzada, y pongo así en relieve lo que permanece: niños y un infatigable caminar. He aquí la esencia. Pero el traslapamiento también me subraya lo que ha mutado con el tiempo: en ocho siglos se ha prescindido de predicadores y de flautas que embrujen. No hay ni música ni plegarias ni líderes que precedan.

Las escasas multitudes de niños caminantes en la historia y en la mitología humanas dejan esta marcha, en comparación, como una niñada decapitada, igual que una langosta sin cabeza. Los niños de hoy ocupan entonces una posición antípoda a la tradición y entonces caen fuera de la definición. Su lugar mental es, pues, la coordenada de la antidefinición.

Quizá por ello la nueva valla de adultos que encuentro atrincherada alrededor de la siguiente villa —pobladores dispuestos a la violencia ahora que el ejemplo se ha derramado entre las madres y los padres de todos lados— no ve acercarse al “enemigo” por ninguna senda. Habría sido fácil distinguir lava, río, fuego, bestias, peste. Miran y yo miro con ellos al norte. Miro y ellos miran conmigo al sur. Miramos éstica y oécticamente y nada. No hay tradición, no hay precedentes, no hay conceptos. La niñada actual —quisiera decirles— está convertida en una historia en sentido contrario a todos los puntos cardinales narrativos que conocemos.

Lo digo —“en sentido contrario”— y, sin embargo, la mitad de los pobladores continúa haciendo guardia mientras la otra mitad toma un descanso.

Ciegos aunque vean.

—En sentido contrario.

Sordos aunque escuchen.

—Del otro lado, del otro lado de todo.

No me escuchan ni los dormidos ni los despiertos porque el eslabonamiento de los actos —núcleos básicos de comportamiento— que, aunque por separado parecen familiares (“niños”, “marcha”), en realidad han formado una secuencia inédita, relatan algo que nunca antes han escuchado.

—Caminan en sentido contrario a todas las marchas infantiles de la historia —digo y luego lo repito—. En sentido contrario.

Si se tratara ciertamente de una antidefinición, de una contra-historia —me siento bajo la fronda de un árbol para desarrollar esta idea—, si fuera de verdad una contienda de narrativas, un duelo entre una secuenciación tradicional de actos, y esta desordenada y arbitraria recurrencia a los mismos actos, pero sumados de un modo absurdo; si fuera, pues, un conflicto entre lógicas narrativas, ¿qué está relatando el caminar de estos niños que en algunos lugares cumple ya un día de haber dado comienzo y cuyos integrantes no cesan de sufrir, deshidratados unos, algunos mordidos por perros, desgranándose otros por tontos accidentes y muchos rezagándose y condenándose a un extravío cuando la vanguardia se les pierda a la distancia?

No he visto, debo decirlo, ninguna mano infantil ocupada en desmenuzar mendrugos para dejar una senda de migajas ni tampoco he visto piedrecillas de colores sobre el asfalto a fin de evitar que parvadas de cuervos hambrientos se roben a picotazos el camino de regreso. No hay, pues, ninguna mano infantil sembrando promesas de retorno.

Eso es a lo que yo llamo ir en contra de nuestras historias.

—Una contrahistoria —le digo a una mujer que llega junto a mí, pero ella únicamente dice: —“tu turno”— y cuando me levanto, ella toma mi sitio en la sombra del árbol.

Desde la secuencialidad tradicional, esta nueva marcha de los niños es un puro movimiento de pies que no suman, que no acortan, que no se encausan, que no ansían. Una narrativa incongruente si en la historia las marchas de niños han buscado llegar a un sitio mental o a un sitio real: una frontera, un país de nunca jamás, un hogar.

Una narrativa incongruente con la historia humana si las distintas escapadas de los niños de hoy se han lanzado en direcciones radicalmente distintas, ajenas a una causa y a un norte comunes, trazando erráticas trayectorias fuera de cualquier rumbo sostenido y de cualquier destino claro y de cualquier polo magnético de una ambición, de una meta, de una fuga. Los niños están caminando lejos de cualquier anécdota narrable, extra-viéndose de todas nuestras palabras.

Hago guardia, aunque no pertenezco a la villa, porque así me resulta más fácil imaginar una afortunada valla de hombres y mujeres que realmente tuviera la fortuna de ver venir niños a la distancia. Imaginemos. Los niños colmando la acerada autopista que desemboca en esta villa. A los adultos les desconcertaría que, antes de llegar ante ellos, la marcha variara de dirección. Con un giro a la izquierda y a la derecha, al mismo tiempo, se partiría en dos la multitud de niños y ambos flancos se convertirían de golpe en larguísima vanguardia, derramándose los niños fuera de la carretera y adentrándose en el campo. Les llamaría la atención el hecho de que los chiquillos que encabezaban la marcha,

no se precipitaran para ubicarse con rapidez al frente de ninguna de ambas niñadas, a fin de retomar un liderazgo inexistente. Peor aun, se desesperarían por ser testigos de la disgregación cuando la masa de los niños fuera dividiéndose y subdividiéndose por la campiña en decenas de direcciones y grupúsculos. Los hombres y las mujeres, listos para la defensa en torno a la villa imaginada, terminarían desquiciados, en fin, por tanta movilidad fuera de nuestras pautas. Impotentes ante la explosión de niños que se alejan en trescientas sesenta direcciones.

Llevémoslo hasta sus últimas consecuencias. Tenemos tiempo. He pedido un segundo turno, así que la mujer ha vuelto a la sombra del árbol y al sueño. Imaginemos entonces que frente a la extraña secuencia de pasos de la niñada, pasos que mudan de ritmo, ruta y pauta, y salen así de todos nuestros pronósticos y de todas nuestras adivinaciones, imaginemos, pues, ante esta marcha enloquecida, una increíble valla de adultos estrechándolos por todos los flancos y encerrándolos dentro de trescientos sesenta grados de una decidida voluntad por recuperar a sus hijos.

Amplio y airoso el diámetro del cerco o asfixiantemente estrecho, lo que describiríamos entonces es que los niños del encierro comenzarían a caminar en círculo.

¿Por qué? ¿Cuál es su contrahistoria? ¿Cuál es la narrativa con la que desafían a nuestras narrativas?: no detenerse. Ésa es la ahistoria que nos están relatando y que están pidiéndonos ver aunque no la entendamos: no detenerse por ningún motivo una vez que han empezado a poner un pie después de otro.

Yo tampoco me detengo más. Pongo fin a esta espera inútil y, sin despertar a la mujer, me alejo dejando desdentada la valla de aguerridas madres y de aguerridos padres.

—¿Adónde vas? —me grita alguien.

—Traidor —vocifera alguien más.

Me voy porque la niñada dividida en decenas de decenas de decenas de marchas —centenares de niñadas entonces— debe estar relatando, además, otras contrahistorias si de pronto han empezado a desaparecer. Sí, a desaparecer.

Me lo han dicho otras personas que vagan como yo. Mujeres llorosas y jalándose el pelo desesperadamente. Hombres de mirada perdida. Que por aquí no se ven más niños, me han confesado, ninguno. Ni en las vías asfaltadas de este lado del mundo ni en los senderos más o menos disimulados de los campos ni a la vera de los ríos ni en los barrancos ni a orillas del mar ni en las montañas ni en las minas ni en los pueblos fantasma... Y me marchó dejándolos con la palabra en la boca y la locura en los ojos.

Al parecer lo único cierto es que los niños en marcha han abandonado todos los caminos donde ahora voy confundidome con los cientos de padres y los cientos de madres que derivan. Hay quienes vienen con perros y en autos, aunque la mayoría camine como sus hijos, moviéndose a gritos y bajo solajeras inclementes, desbordándose hacia donde tire el imperioso llamado de la sangre, desplazándose sobre caminos sin rastro y entonces yendo tras de sus propias sombras que se arrastran por el pavimento; la rastrera avanzada de pánico de estas mujeres cada vez menos madres y de estos hombres progresivamente sustraídos de su paternidad, porque al parecer los suyos se han salido de todos los caminos humanos.

Hablo con algunos hombres que dicen haberse topado con el último de los ramales de la niñada. Me cuentan que

prefirieron mirar desde lejos a la achaparrada multitud, pero no me confiesa que sintieron miedo.

¿Quién acepta un temor así?

Un padre, en solitario, me habla de la cuantiosa marcha y de aquel incesante caminar que yo conozco. Lo que no me dice es que el número o el movimiento los disuadieron de completar cualquiera de las ideas que se formaba en su cabeza. Lo que me confiesan es que, a ras de suelo, confirmaron que quienes atravesaban el horizonte no eran sino inofensivos e indefensos niños ajenos. No los nuestros pero eran niños. Cantidades ingentes de niños. Sólo eso. Niños. Y el hombre que me lo cuenta echa a llorar, y ambos sabemos que, entre los muchos motivos de su llanto, llora también por la vergüenza de su cobardía.

—No eran de los nuestros —intenta justificarse, aunque él sabe ahora que el pronombre se ha multiplicado en sus dimensiones y, por ello, en sus implicaciones.

Uno de los regalos que recibe toda historia longeva es el don de ampliarse en significado. Si esta historia dispusiera del tiempo suficiente, encontraría quien generosamente legara una cruda analogía a fin de ensayar explicaciones al miedo de este hombre; este hombre al cual ahora dejo atrás, yo un tanto apiadado y un tanto resentido porque él y los demás padres dejaron ir a los últimos niños del mundo. Una analogía, por ejemplo, con las langostas, para intentar comprender el miedo que ellos no confesaron.

El vuelo de la langosta es una calamidad de dimensiones bíblicas, pero las langostas, en aislado, son tan inofensivas como el trinar de los pájaros y las nubes en el cielo. En estos habitantes pacíficos de bosquesillos, pastizales y jardines, un buen día, sin

embargo, se activa su espíritu gregario y se unen. Un mero cerrar de filas y estos insectos, cuya delicada dimensión revienta fácil bajo las suelas de los zapatos, resucita quizá el más viejo terror humano. De un segundo a otro, enjambres de miles de millones de langostas se lanzan al aire y sustituyen el cielo azul por un rumoroso cielo negro. A veintenas de kilómetros a la redonda se deja oír el ruido sordo que opaca los demás sonidos del mundo. Como una tormenta, empujan las langostas una extraña oscuridad que se cierne sobre la tierra. Allí en donde este cielo invertido, desplazándose a través de larguísimas distancias, atine a desplomarse, no quedará nada verde ni comible ni apenas algo con vida arrastrándose sobre la superficie. Capas y capas de insectos cubrirán el suelo y cada uno de los árboles y cada desgraciado techo de cada desgraciada casa humana; una marea ondulante (hasta donde den los ojos y el asco) bajo la cual brotará un ruido ensordecedor como el de cientos de miles de aserraderos juntos (hasta donde den los oídos y la credibilidad) producido por sus doce minúsculos dientes. Cuando el suelo falso levante el vuelo al cielo y recomience desde allí arriba su sombreado movedizo del mundo, nada quedará en la tierra recién abandonada por la langosta sino territorios aniquilados, silenciosos valles vueltos de revés, abiertos en canal, vaciados hasta las entrañas.

Es lo que sintieron los testigos aquellos. El terror de ver a los niños planeando sobre sus cabezas, el terror ante la posibilidad de que detuvieran el vuelo.

Después del último ramal de la niñada, ya nadie se ha topado con una marcha más. Los niños han desaparecido, pues, del mundo.

Sin oportunidad de hacer otra cosa que coger fotografías, abandonan sus casas para lanzarse a un pueblo vecino y de allí al siguiente y al siguiente del siguiente para encontrar a otras mujeres y a otros hombres como ellos —también éstas y éstos con retratos y asfixiándose en una reiterada interrogación “¿Le han visto? Es mi hija, es mi hijo”—; las madres y los padres del mundo se resisten a destiempo a aceptarse desmadrados y despadrados.

Mala época para esta historia real, basada en hechos reales, real como el real sol que nadie ha necesitado tocar jamás porque ninguno de estos hombres y ninguna de estas mujeres va a detener su desesperada búsqueda por prestarle ayuda con una tonta asociación de niños y langostas: la plaga de los niños.

Usar las manos o usar la boca es la disyuntiva ahora. Actuar o continuar hablando. Ninguno de ellos, ninguna de ellas tiene, en verdad, la opción. Si hubiese alguien que encarne hoy el libre albedrío soy yo. Quizá debería apiadarme, ocupar mis manos cogiendo una fotografía (la craquelada lámina que muestra a una niña adornada con una sonrisa) y precipitarme por los caminos gritando: “¡hija mía, hija mía!” para dejar de relatar esta historia. Sacrificar una historia por la empresa más noble de intentar cambiarla.

Y, sin embargo, no todos somos padres.

—¿La han visto? —pregunto yo mostrando el retrato de una niña que no es mi hija.

También tendría que decir que los padres lejos de sus hijos, se desalman. Los estoy viendo y sé que en la hosquedad de sus miradas y en la manera de empuñar las manos están deseando que un niño cualquiera se les atravesase en su penosa búsqueda. Esta niña mía, por ejemplo.

Adivino que, de aparecer ella, sabrán olvidarse de que mi falsa hija es realmente hija de otros padres como ellos. Tendrán la fuerza desalmada y la desalmada voluntad para señalarla con dedo y alarido.

—¡Y todavía te atreves a volver por nuestras criaturas más pequeñas que no saben andar!

El problema con las metáforas es que no se extinguen una vez hecho su trabajo. Su labor es crear una imagen pertinente para facilitar la labor de los pensamientos, pero luego... sucede con las metáforas como con las mentiras: dicha una mentira sólo brotarán de la boca más y más falsedades para sostener a la primera. En esencia, la metáfora es una mentira. Queriendo ayudar a la inteligencia en su tarea de explicarse el mundo, no ha conseguido sino descomponer la verdad buscada en un archipiélago de imágenes. Una verdad desintegrada en sus cualidades y en sus propiedades. Me explico. Convertida la verdad en archipiélago se requiere de un puente para unir un primer islote del archipiélago con un segundo y desde allí se necesita un puente y otro y otro más para ir trenzando los demás rasgos de la verdad. Los puentes son las metáforas. La tercera metáfora, anudándose con la segunda y con la primera, va tejiendo una red para que los pensamientos transiten hacia la que parece ser siempre la revelación última. Metáfora tras metáfora a fin de tejer las islas del archipiélago, devolverle su íntegra completitud, restituirle su cualidad de tierra firme para que uno se desplace por la verdad sin necesidad de bajar la mirada con el triste propósito de saber dónde se pisa. En la verdad uno jamás debería ver dónde pisa. En la verdad uno sólo debe ocupar sus ojos en contemplar la verdad y en lo que se ve desde la verdad.

Sin embargo, lo que se consigue con la metáfora es otra cosa. Una laberíntica telaraña de puentes donde la inteligencia

se extravía y se olvida que buscaba algo más que fuegos piro-técnicos en donde ejercer algo más que el pasmoso asombro de rendirse a los espejismos. ¿Cuándo se ha visto que una rosa sea otra cosa que una rosa; cuándo se ha visto que los niños sean insectos y que una multitud de hijos sea un enjambre? ¿Cuándo se ha visto que los adultos teman a su descendencia, que una generación naturalmente en dirección a la salida de la vida sufra la demencial revelación de que sus hijos se les adelantan? Ésa es la metáfora, una mentira en esencia.

Contra las cíclicas plagas de langostas, el ser humano ha emprendido combates físicos con lanzallamas, combates químicos con baños de insecticida, combates biológicos con la propagación de hongos y parásitos. Y, sin embargo, en su desesperación, ha sabido inventar también fórmulas poco eficaces pero visualmente tortuosas.

Abierta una zanja, los hombres han levantado tablones a lo largo de una sola de sus orillas para que los insectos choquen allí, resbalen atontados por la tabla y caigan al agujero. Entonces los hombres cubren con tierra la zanja a fin de enterrarlas vivas. He aquí un ejemplo de una espectacular tentativa condenada al fracaso.

A estos otros combates emprendidos por la humanidad —carentes del aura científica con que se intenta neutralizar los exterminios biológicos, físicos, químicos— podría denominárseles “cruels”. Combates no con fuego, no con insecticida, no con hongos sino con crueldad.

Las metáforas autorizan. En la enloquecida búsqueda por una comprensión imposible, las metáforas van arrastrando a la inteligencia hasta hacerle perder también la cabeza. La inteligencia

perdiendo la cabeza. He aquí una buena definición de la palabra “metáfora”.

Por cierto, es la única manera de matar a una langosta: cortándole la cabeza.

Cuando el eslabonamiento de metáforas empuja a un irreversible punto donde se logra imaginar lo inimaginable —donde el imaginar lo que no debía ser imaginado sucede—, ya es demasiado tarde para que una inteligencia descabezada levante la voz.

Más que autorizar visiones, rectifico, las metáforas las crean. Ligar a los niños con las plagas ha provocado esto que veo ahora. Lo inimaginable.

Lo que veo es una metáfora que se ha instalado en el mundo. Como un nido. Como un monumento. Como una ciudad todavía a la vera de los caminos asociativos usuales, esperando que la habitemos.

Desquiciado por esta imagen nueva que me atraviesa la mirada y de la que soy único testigo, estoy yo mismo entrampándome (por la mera enunciación de las analogías del nido, del monumento, de la ciudad, se han erigido instantáneamente en mi cerebro y en mi lenguaje los laberintos consecuentes en donde habré de perderme cuando ponga en marcha mi imaginación a través de cualquiera de estas petrificadas rutas de la imaginación: una macabra escena que habitaré si ciudad o empollaré si nido o veneraré si monumento, hasta las últimas consecuencias de mi fantasía).

“¿Dentro de qué metáfora he puesto yo el caminar y la desaparición de los niños?”, me pregunto todavía sin pertinencia alguna, sólo para retardar la puesta en palabras de lo que

estoy viendo ahora mismo por haber caído en la tentación de sumarme a la búsqueda de los niños.

Una maldición de la narrativa es la de ponernos frente a episodios que preferiríamos no haber visto.

He aquí lo que intenta rehuir mi pregunta retórica. La imagen a la que me ha traído esta historia. Fui yendo cada vez más a la derecha de la autopista principal hasta salirme de ella. Las flores, las gruesas raíces asomadas serpentivamente del suelo, los insectos cruzando confiados, a pesar de mí, fueron la escritura que yo vine leyendo para saber que aquello había sido alguna vez un camino humano pero que con el tiempo echó costra y, como cicatriz, poco a poco fue recobrándose de nuestro paso humano y se curó de nosotros. Un camino descamiándose para retornar a su esencia agreste. Así llegué a este páramo.

Desde aquí lo único que me separa de la autopista y de los perros rastreadores y de los padres, pero sobre todo de las madres que aúllan el nombre de sus hijos, es apenas una cortina de árboles, árboles entre la esperanza y el terror. El terror, el terror blanco donde estoy parado.

Yo llegué sosteniendo aún la craquelada fotografía que muestra a una niña adornada con una sonrisa, pero la fotografía salió de mis dedos y fue a caer en una de las zanjas todavía abiertas, en una de las tumbas todavía a la espera. Lo que vi entonces y sigo mirando ahora detalladamente es un terreno de arena blanda y removida, recuadros de tierra revuelta con cal, donde se hallan, igual que las langostas que no supieron eludir los largos tablones y cayeron a la zanja, los niños. Emergen partes de sus brazos, de sus piernas, de sus cabezas, como las raíces al aire de un suelo vuelto de revés.

Pierdo la orientación. Cuando quiero salir de aquí, sólo logro meter mis ojos y mis pies en más y más cuerpos, racimos de cadáveres con sus cabezas blanqueadas, sus brazos blanqueados, sus ojos blanqueados, contra los que voy tropezando.

Vomito mientras escucho a la distancia los ladridos de los perros, los gritos de las mujeres. Echo a correr subiendo y bajando por leves hondonadas de tierra que flanquean las zanjas todavía abiertas.

Hubo una espantosa coincidencia que no puede ser verdad, ni siquiera verosímil. Perdí la fotografía de la niña, pero la encontré a ella. Brotaba del suelo, maltratada por la seriedad de la muerte, ya sin el adorno de una sonrisa.

Huyendo del horror blanco de su máscara de cal, entiendo que el duelo de narrativas ha llevado al mundo a un sitio sin retorno. Su culpa, enteramente suya.

Es este duelo de narrativas el que ha traído aquí a algunas madres y a algunos padres y los ha empujado al acto imperdonable del que soy único testigo.

Es atroz, abominable, bestial el sitio al que me ha traído la maldición de la narrativa —¡entérate de lo que no querías haber sabido nunca!— y, sin embargo, lo reconozco. Y si lo reconozco, entonces sé que ha sucedido antes, muchas veces en la historia humana. Una tradición. Estoy parado sobre la antiquísima tradición que son los niños muertos.

El duelo de narrativas: se van por su voluntad o se van contra su voluntad.

Y es esta última la que autoriza la antiquísima ley del talión, la que echa a andar la oxidada maquinaria de la venganza que, sin embargo, funciona, que, sin embargo, se mueve siempre.

Corro sobre muertos.

“Ya no hay niños”, me repito esta idea para que mi cabeza logre asimilarla y para no pensar en que un suelo de cadáveres niños me sirve de suelo. “No hay niños en el mundo”, “no hay niños en el mundo”, pero no consigo creerlo, ni consigo olvidarlo.

Los mataron para que no se fueran. Los mataron para retenerlos. Los mataron para vengarse por querer abandonarnos.

En la autopista los perros están perdidos yendo y viniendo sobre un rastro invisible que parece cortarse de golpe. Los padres tampoco saben hacia dónde encausar los pasos y las preguntas. Sus mismos amorosos pensamientos vagan extraviados.

Yo mismo dejé atrás la cordura. En vez de pensar en el genocidio, sigo adherido a la metáfora: la desorientación de perros, padres e ideas son un mismo indicio de que los niños se han quedado afuera de las narrativas y afuera de cualquier estela mítica o histórica trazada en el pasado.

Sin embargo, uno de los puentes metafóricos que se levantó entre los islotes del archipiélago de la verdad me saca de las palabras y me devuelve al mundo: los niños se han salido también de todas las rutas geográficas que han sido itinerarios de éxodo, ambición o contienda de los seres humanos en el mundo; se han quedado afuera de todas las huellas sobre huellas que han dejado generaciones y generaciones de padres e hijos, incluso fuera de los subsuelos de muertos sobre estratos de muertos que llamamos cementerios. ¿Por qué no están los niños en ningún mapa humano, en ninguno de los legados de la humanidad?

A fuerza de delirio, a fuerza de torpeza, abatido por lo que he visto, me abro paso por entre madres y padres que o son

cínicos asesinos o tristes víctimas necesitados de toda la piedad del mundo y camino hacia donde los perros.

Ellos, los perros, se hallan en un punto aparentemente similar a cualquier otro punto de la carretera, pero están detenidos como ante una orilla. Algunos ladran, otros lloriquean y reculan y gruñen. Me dirijo hacia allí porque el horror blanco que dejé a la derecha, tras el vallado de árboles, no puede ser el destino de la niñada entera. Quiero convencerme. Me convengo paso tras paso diciéndome que para cumplir un destino de tales magnitudes habría sido necesaria más superficie en el mundo de la que conocemos, para abrirla y rellenarla como una bolsa vacía, y luego encubrir la barbarie empolvando enteramente todas las facés de la tierra y toda la memoria humana con luminosas capas de cal. Alunadas la tierra y la mente para que fuera posible un mismo final en todos los niños de la especie nuestra.

Yo no lo creo. Me digo que no puede ser.

—No puede ser... No puede ser —y así camino hacia los babeantes hocicos de los perros, hacia la espinosa fetidez de su terror, hacia sus uñas punteando telegráficos mensajes en el pavimento, y, por alguna razón, mi cabeza me trae el recuerdo de la niña de la piyama amarilla que se fue alejando de su padre a pesar de las amenazas.

Me veo a mí mismo caminando junto a la niña vestida de sol sabiendo que también a mí me están enlistando todas las pérdidas que sumo por irme acercando, paso a paso, a la línea invisible que no cruzan los perros.

Cuando llego al fin a la orilla —no puedo evitarlo—, cierro los ojos.

“Traidor”, sería un grito pertinente.

Nadie grita, sin embargo.

Doy así el paso que fue el último paso de todos los niños de todos los pueblos. El paso que cruzó una línea invisible después del cual se encontraron afuera de todo. El paso después del cual desaparecieron todos los niños que no son los niños muertos y blancos.

Los pasos son una manera de moverse por el mundo. Las preguntas son otra manera de moverse por el mundo. A las preguntas logradas por el lenguaje humano —preposiciones más pronombres interrogativos, por ejemplo— corresponden iguales rutas de desplazamiento. Enumerar cuántas preguntas podemos hacernos sería como definir la amplitud potencial de nuestro destino. El abanico de los andares y de las desembocaduras posibles que se le abren a nuestra existencia.

Allá, a mis espaldas, las madres y los padres desesperados no habrán sabido ver nada más. Yo di un paso delante de la patética cobardía de perros. Para ellas, el mismo cielo permaneció indiferente sobre sus cabezas; para ellos, el mismo pavimento sin rastro permaneció indiferente bajo sus pies. Nada sucedió ante sus ojos.

Para mí, lo confieso, tampoco hubo una mudanza visible en el mundo inmovible que no se deja afectar por los avatares humanos. Pasé de su indiferencia a su indiferencia.

Lo que varió fue mi pregunta. Había venido preguntándome desde el principio de esta historia ¿adónde van a ir los niños? Ahora, trasplantado de preposición y de tiempo verbal, me he preguntado —y por eso no escucho ya ni el rabioso perrear de los acobardados perros ni el lamentosos hinar de los desconsolados padres— ¿en dónde están los niños? ¿En dónde están ahora que ya no van hacia sitio alguno? ¿Adónde han

llegado? ¿Arribaron al destino que buscaban o fue un lugar cualquiera el que les salió al paso y los encontró?

La metáfora llevada a sus últimas consecuencias: a veces los enjambres de langostas erran el camino y se precipitan hacia el océano. Vuelan y vuelan hasta que, agotadas, caen al agua como otoñales hojas marchitas. Una bella mar otoñal inundando el océano.

He seguido caminando por pueblos y caminos humanos, y en donde hay humanos persisten rumores asentados como pueblos y en desplazamiento como caminos, y lo que dicen esos rumores que me hacen compañía es que aquellos que por no saber caminar no se fueron ahora están muriendo: los bebés.

Una desgracia después de otra como maldición divina.

La penúltima maldición, según el rumor pavoroso que duele directamente en cada coordenada de ese nosotros que explotó como metástasis: una esterilidad nueva y rabiosa se extiende por las mujeres y por los hombres, por quienes fueron ya madres y padres, y por quienes habrían podido serlo de ser otro el mundo, de ser el mundo el de hace unos días donde no había nada por contar.

El tiro de gracia es un último rumor: restan pocas mujeres embarazadas entre nosotros. Si los rumores aciertan, sólo es cuestión de esperar hasta que el último de nuestros vivos muera. Entonces una bella mar otoñal inundará también la tierra.

Nunca en el mundo habíamos tenido la punta final de la historia humana al alcance de la vista. Un último superviviente, yo, por ejemplo, para contener sin ayuda y por cuanto se pueda la triste llegada del sanseacabó.

Antes de la llegada del final, camino efímeramente por un mundo que comienza a echar costra y a cicatrizar de la huella nuestra.

Y todo por un agujero que se ha abierto entre los padres y los hijos, entre los padres y los hijos de los padres, entre los hijos de todos los tiempos y sus nuevos hijos. *Una zanja*. Y, dentro de la zanja, una historia inédita, auténticamente primera, auténticamente original, esperando las paladas de tierra que la enterrarán viva.

“Sin niños”, repito con cada uno de mis pasos, “sin nosotros”.

Lo digo como a golpe de zapapico en una superficie congelada o empedrada. Como si quisiera abrir yo un hueco para refugiarme.

Las que vuelan a pedazos son mis resistencias, mis esperanzas, mi capacidad de creer. Repítanlo conmigo: “sin niños”, “sin nosotros”, “sin niños”, “sin nosotros”. Caminemos así hasta la eternidad ahora que la eternidad está a la vuelta de la esquina.

No es adrede. Pierdo el paso antes del final de los tiempos y de las narrativas, y caemos. Caen ustedes conmigo, y esta historia cae con nosotros. Escuchamos a ras de suelo el nuevo silencio que se extiende sobre la faz del mundo. El silencio de los niños idos. De nuestros niños, y de los niños de nuestros niños, y de los niños de los niños de nuestros niños, y de los niños de los niños de los niños de nuestros niños, y así. Una dinastía de silencios heredándose el silencio, y pasando mudamente sobre nosotros ahora que estamos caídos.

EN EL FINAL

...
...
...
...
...

DESPUÉS DEL FINAL

Dentro del enmarcado mutismo del fin del mundo se deja oír de pronto el trinar de los pájaros, y un par de nubes atraviesan de orilla a orilla este cielo vacío.

Entonces resurgen los niños.

Lo creo en un primer instante. ¡Que reaparecen, que retornan, que reasumen su lugar en el espacio humano! Me dejo invadir por el prefijo. ¡Están de regreso! ¡Recapacitaron, rectificaron, han girado en redondo, vienen refluyendo, qué más da, reflatando de quién sabe qué cavernas del subsuelo, resucitando! Estoy ebrio de golpe.

—¡Los hemos recobrado! —grito, y luego murmuro con un suspiro— Se han reconciliado con nosotros... ¡¡Bienvenidos!!

El eco de mi sonora bienvenida se extiende por el mundo y yo me avergüenzo por la precipitación de mi esperanza. No los vi, pero los sentí. Fue una intuición tan fuerte como verdadera. Sentí niños aun entre nosotros, así que cierro los ojos y camino guiado no por la razón sino por el sentimiento. Ascendo por la fe hasta que la fe me abandona y así descubro que he alcanzado

una cima para ver el mundo sin niños y la cima resulta ser una, y desde esta cima, ya sin fe, los veo volver.

Miento.

Ese es el problema con la imprecisión del lenguaje.

Ya sin fe, los veo salir.

Parecen niñas y niños quienes escapan de los interiores de las casas todavía desanudándose correas, mordazas, cadenas. Se les asemejan en estatura a los niños idos; les son equiparables en ciertas redondeces, sonrosados también por trechos, e imagino blanduras semejantes bajo sus ropas. Y, sin embargo, los chicos y las chicas pálidos que buscan la fuente del grito cuya resonancia todavía se extiende por el mundo en ecos para darles la bienvenida —mi grito sin mí (que es lo que anhelamos en el fondo quienes narramos historias)— no van a crecer más. No van a crecer más estas niñas y estos niños.

No lo sé. Ya no estoy en el territorio de la razón. Lo intuyo, lo presiento. Algo en las niñas y en los niños se ha endurecido. No hay una inclinación al asombro en sus ojos recién salidos de un deducible largo encierro; son ojos que creen haberlo visto todo, miradas opacas, obturadas.

Desaparecida toda la niñez del mundo y de pronto aparecen estos niños eternizados en la pérdida de la inocencia.

—¡Bienvenidos! —se repite el eco de mi grito, y, los varones que calzan zapatos acharolados y las chicas que están aderezadas con collares y faldas cortas desaparecen rápidamente tras bardas y depósitos de basura.

“Son”, pienso, “están”. Y me avergüenza que ver niños en el mundo —sea como sea, sean como sean— no me provoque euforia sino un despunte de cobardía ante la posibilidad de que detengan el vuelo. *¿Qué vuelo?*

Cuando llego a los depósitos de basura tras los que desaparecieron, sé que se han ido. No hay nadie más en la ciudad. Las construcciones continúan erguidas sólo para mí; las ventanas se abren a mi entera curiosidad; las calles se extienden sólidamente persistentes a fin de que yo las pise. Es como si los jardines, las fuentes y todas estas edificaciones luminosas junto a las que ando estuvieran disputando por mí. Es ésta, lo entiendo ahora, una minúscula ciudad hecha para tentar adultos... ¿Qué hacían los niños viviendo en una comunidad dedicada a la tentación adulta?... Apenas lo pregunto cuando he recibido la respuesta. La comprensión cayéndome encima a pesar de mí. Lo reconozco por todas las historias semejantes que le preceden y la hacen tradición, dinastía, genealogía de todos los niños que un día dejaron de crecer por el deseo de los adultos. No es una maldición divina, me dicta la sinrazón, sino una maldición humana la que han sufrido ellos.

Corro hacia la salida de la ciudad de nunca jamás y cuando les doy alcance en la autopista veo que son un centenar de niños, y que a diferencia de las otras niñadas, éstos se han tomado las manos para ayudarse a no detener su paso.

Yo los sigo a la distancia y, desde esa distancia, veo sus espaldas y, otra vez en el dominio de la razón, pienso en su vulnerabilidad dorsal y entiendo que esa es mi perspectiva de los niños: una vulnerabilidad sin ojos como todas las espaldas humanas.

Avanzan los niños y las niñas elegantemente ataviados, pero recogiendo como pordioseros lo bebible y lo comible que hallan tirado a la vera del camino; lo recogen al paso y le hincan el diente o se lo embocan, y cuando casi un minuto después cruzo yo por esos mismos trechos, me voy encontrando con recipientes ya sin líquido, con huesos, con cáscaras olorosas

y algunas envolturas, huellas del hambre inagotable. ¿Cuánto tiempo han estado encerrados en esa ciudad? ¿Cuánto tiempo enclaustrados en habitaciones cuyas puertas sólo se abren para que alguien entre y nunca para que ellos salgan?

“Puertas con una sola dirección”, ése ha sido su mundo hasta ahora.

En la autopista hay carros abandonados aquí y allá, y es la segunda vez que topamos con el cadáver de un perro de raza.

Por las reacciones de los niños allá adelante sé que para ellos los automóviles no son una asociación con “padres”, ni los perros, una asociación con “mascotas”, así que ni los unos ni los otros les producen ningún rastro de simpatía.

¿Es esto un epílogo? ¿Niños rezagados que representan el fin del mundo? ¿O estamos más allá del final? ¿Más allá del límite de las historias?

FIN

Lo escribo con la sangre del perro muerto.

Pero seguimos adelante.

Vamos encontrando en la carretera —los niños antes que yo; yo después de los niños— una ruta hecha de zapatos pequeños como montones de ratas muertas. Al cruzar una bifurcación, comienza la ropa, mucha ropa, cubre por entero el pavimento y acolchona nuestro caminar y nos silencia. Yo no logro sacarme de la cabeza la imagen de una piyama amarilla que voy buscando aquí y allá.

¿Lo que veo y sobre lo que camino es signo de una renuncia o es signo de un destierro? ¿Niños desnudándose del mundo

o niños desnudados por el mundo? ¿Eran ellos los que estaban transformándose o era la ropa la que se convertía en otra cosa?

Ahora que el pavimento reaparece con su gris pulcritud imagino que millares de cuerpos enteramente desnudos debieron de caminar por aquí aunque no hay ningún rastro de su paso. ¿Qué deja tras de sí un cuerpo desnudo? ¿Qué otra materialidad que no sea su interior o pedazos razonables de su exterior que no les interrumpan su caminar?

Imagino a los niños desnudos con su piel poco frotada por la rispidez del mundo y con sus huesos poco trabajados para distinguirse a la distancia en uno u otro sexo. Los pienso como un súbito oleaje andrógino, semejante al de las hormigas o similar al enjambre de langostas, en perenne movimiento.

Otra vez la analogía. Dije que cuando la plaga de langosta levanta el vuelo, nada queda en la tierra sino aniquilación, silenciosos valles vueltos de revés, abiertos de canal, vaciados hasta las entrañas. Es falso. Siempre, en el fondo de los restos arenosos, permanecen incubándose los millones de huevos invisibles que harán renacer en un par de meses la maldecida plaga. Me pasmo, me quedo estupefacto ante mi imaginación por la perturbadora imagen de millares de larvas humanas —rechonchas, blandengues, pululando en un suelo crónicamente devastado— que ha conseguido crear mi mente.

Allá adelante, fuera de mi pasmo, caminan los niños por una ruta tramada con las sombras de los árboles y con la sinuosa ribera del riachuelo donde ellos beben sin detenerse. Yo los imito para entenderlos. Beber sin detenerse. Curvo la mano, me inclino aprovechando el impulso del paso; mi mano se hunde en el agua, pero con el pendular del brazo y con la siguiente zancada

que me ayuda a erguirme, la mayor parte del líquido desaparece por entre mis dedos.

Una chica lista se despoja de la blusa y cogiéndola por una punta la hace surcar sobre la superficie de la corriente; es una niña ceñida con un sostén que su cuerpo no tendría que necesitar aún.

Yo sigo su ejemplo usando mi camisa como red y me pongo a pescar agua. ¿Por qué no detenerse ni siquiera para beber?

Son niños, nada más que niños.

Me lo recuerda la gruesa rama de este árbol bajo la que ellos han ido pasando sin inclinarse, sin notarla siquiera. Yo tengo que doblarme para que la rama del árbol no me dañe. Y pienso que lo que ellos buscan debe de tener una entrada así.

Según yo, un niño no debe caminar tanto... un niño no puede caminar tanto.

Ellos han caminado durante demasiado tiempo y yo empiezo a desconocer a la infancia humana que creía conocer.

Los oigo cruzar palabras allá adelante pero sus conversaciones, como una estela, se van desdibujando; cuando llego yo a las palabras, ya no son palabras. Un murmullo incomprensible es lo que atravieso. Algunos van con los brazos echados al hombro. Hay un tarareo cuya procedencia no logro precisar. Varias veces creo oír risas pero sé que vienen del interior de mi cabeza porque estos niños tampoco ríen.

Sucede que no sé acomodarme aún a la idea de la solemnidad infantil. Llevo días viendo marchas de niños solemnes y soy incapaz de respetarlas aún.

Extraño la risa infantil. Esa es la verdad. La extraño con la razón y con el sentimiento.

Pasan las horas y yo he venido guardando hasta ahora una distancia cuidadosa que empiezo a reconocer estúpida. Los

niños no se vuelven. No es un decir. Esta vez el lenguaje es preciso. Nunca ladean la cabeza para mirar por sobre su hombro lo que ya vieron de frente, ni se giran sobre sus talones para plantar su huella donde ya pisaron. Hace un momento, la presencia lejana de un par de adultos no les hizo cambiar el rumbo. Menos aún entonces estallaron como las otras niñadas en trescientas sesenta direcciones. De la mano, hombro con hombro, se apretaron unos con otros y nada más. No ha habido, pues, reculamientos ni desandares en su marcha que es la ruta donde yo estoy. “A sus espaldas” es un punto cardinal que al parecer les está prohibido.

Es extraño que por causa de las súbitas y lejanas visiones de espantapájaros a lo lejos, la marcha se haya sesgado algunos grados hacia la izquierda o hacia la derecha, y con esas mínimas desviaciones los niños hayan ido perdiendo las copas de los árboles y las riberas del río. Han sacrificado agua y sombras por ponerse fuera del alcance de un muñeco con forma humana. Cien niños que temen a la anatomía humana. Temiéndola no en su realidad sino en su representación.

Reconociendo entonces estúpidas mis precauciones y sufriendo una tentación de centinela, de ángel de la guarda, me voy acercando a los niños hasta una distancia imprudente. Aunque no hay inocencia en el centenar de niños vestidos de adultos, parecen vulnerables. Casi todos caminan con la espalda encorvada igual que cuando alguien grita la última promesa del mundo adulto: ¡Si no te detienes, voy a partirte el cuello! Creo escuchar un llanto que, lo confieso, me despierta un raro sentimiento de vindicación. ¿De qué he venido sintiéndome agraviado sin advertirlo para ser ahora complacido por un llanto?

Nuestras sombras se alargan en el asfalto y yo me cuido de no llevar mi cabeza hasta la altura de sus suelas. A cambio, ellos ponen sus orinas bajo mis pies. Son líquidos hilos de un color amarillento casi fosforescente y todavía oloroso. Por allí, como si lengüeteara, patina mi sombra. Sé que cuando yo descorra el cierre del pantalón y hurgue dentro de mis calzoncillos, mi sombra no me respaldará con su reflejo (¿en cuántos actos, nuestra sombra prefiere no respaldarnos?).

Imito a la mitad del mundo representada por los niños varones. ¿Pero cómo orinaron las niñas si no veo a ninguna rezagándose, en cuclillas, con las perneras plegadas alrededor de los muslos o con la falda corta subida por encima de la cintura, vertiendo amarillentos espejos bajo la rosada carne de sus culos? El chorro de mi orina se adelgaza por el engrosamiento involuntario de mi pene, así que con una mano lo sostengo mientras que con la otra lo golpeo.

Es de noche. Los niños han acertado sus zancadas y yo también. Una reacción natural ante esta oscuridad sin luna ni estrellas por la que caminamos de memoria. Estamos compartiendo el frío, la esperanza de que no llueva y, seguramente, la aprensión de que algo pueda salirnos enfrente sin darnos tiempo a reaccionar. Las catástrofes que inventa mi espumeante fantasía son predecibles: un automóvil improbable, un boquete en el asfalto, un todavía más absurdo poste justo en medio de la carretera.

“¿Y si se echan a dormir frente a mí?”, pienso, “¿si este adulto que soy yo empieza a caminar sobre niños vivos?”.

Escucho sus voces y mido así la distancia. Resuenan sus tenues murmullos como hojas arrastrándose sobre el pavimento y yo aguzo el oído para destrabar algunas palabras del suave enredijo de rumores que sigue de largo, desmenuzándose.

Abrí la boca por una tonta inspiración y lo que me queda adentro, entre la lengua y el paladar, es un fragmento susurrante que muerdo y hago sonar para mí, una y otra vez. No son palabras sino la música de una interrogación. Alguien tiene que haberse hecho una pregunta allá adelante. Abro la boca pero no consigo pescar ningún susurro que suene a respuesta.

Me he acercado hasta casi poder tocarlos, pero quienes me han tocado son ellos con una frase al fin audible. Y entonces vacilo. Lo que me ha hecho trastabillar es no reconocer de inmediato si la interrogación recién proferida es para mí: “¿Me cuentas otra vez la historia?”.

Después alguien sisea pacientemente una historia. No oigo la historia sino su música. He aquí las músicas de la pregunta y de la respuesta. Durante las horas que vienen, la historia se pondrá en marcha, como un coro, a distintas voces, una y otra vez, cada ocasión que resurja la pregunta “¿me la cuentas otra vez?”. *La ra lá, la ra lá, la ra lá.*

La medicina hindú acostumbraba acompañar sus remedios con historias. Se prescribía un bebedizo y se prescribía un relato para contraatacar juntos la afección, de modo que el cuerpo y el cerebro fueran izándose a la par como un puente se levanta desde dos orillas. ¿Esta historia musitada egoístamente allí adelante, y de la que sólo me queda un polvillo en las orejas, es antídoto? ¿Son las migajas de sonido que emergen de mi boca cuando las mastico?

Asociativamente me cuestiono cuando el frío de la madrugada comienza a masticarnos la nuca, el cuello, la espalda: ¿y mi historia, esta historia mía, la que he venido relatando mientras se crea, sola, persiguiéndola yo con paciencia paterna, cuando

ella parece tan perdida como los niños rezagados, de qué se entenderá sanación?

Una historia a oscuras y sin rumbo. He aquí la definición de los niños. Y yo detrás de mi definición, acaso sólo para ofrecerme compañía y para olvidarme así del cansancio y de las ulceradas plantas de mis pies, del chasquear de las rodillas, del dolor en la cintura y del sufrimiento sordo, allí donde tendría que estar mi alma.

Había una vez. Sucedió en los remotos lugares donde ocurren las historias. Hace mucho pero mucho tiempo cuando vagaban por la entera superficie del mundo criaturas y acontecimientos todavía sin nombre. Érase que se era un mundo que de tan nuevo no sabía que el sol regresaría cada mañana, que a la tormenta le procedería la calma, que las personas se relevarían en padres y en hijos hasta el final de los tiempos, recomienzo intentando precisar en qué partes de mi cuerpo y en qué parajes de mi cerebro la historia mía se enrosca con ternura para regalarme algún alivio.

Los niños allá adelante con su voz y yo, atrás, con la mía, cruzamos la noche caminando sobre un par de historias que nos dan luz en la oscuridad.

Y luego amanece. Amanecen grandes nubarrones que cubren el cielo; amanece una luz que todavía es idea de luz extendiéndose lentamente por el mundo. Y se torna visible la encrucijada: a un kilómetro de distancia, la sombra negra de nuestra autopista haciendo cruz con otra sombra perpendicularmente larga y recta también.

Ateridos por la gelidez de la madrugada, entumecidas nuestra lengua y nuestras imaginaciones por las cíclicas narrativas

en las que nos hemos venido envolviendo, tardamos en aceptar que la carretera perpendicular se mueve.

Al menos yo me demoro en aceptarlo.

Aquella larga y recta línea que se mueve no es otra carretera. Es una niñada grande como las primeras. Cientos y cientos de niños hasta hacer miles, cruzando pesadamente el horizonte como alucinación.

¿Entonces restan niños después del final humano? ¿Nos resta futuro? ¿Le resta esperanza a nuestra especie?, me pregunto todo esto con un pánico que me revela que desde hace tiempo he venido cultivando la esperanza de que esta historia sobre el fin de la humanidad —un final que nunca supimos prever en nuestra cara escatología apocalíptica: ser abandonados por nuestros niños— nos ofrezca una senda que no sea morir.

Es lo que creo, lo que quiero creer, y veo que hacia esa ilusión, hacia esa esperanza se dirigen los niños míos que no van a crecer: hacia el regreso.

Me sorprendo por haberlos pensado así: “mis niños”, y casi despavoridamente intento memorizar sus siluetas, sus ropas, antes que coincidan con aquéllos, y la esperanza los arrastre y yo los pierda.

Mis niños y los niños coinciden, pero increíblemente la mayoría no dicta el derrotero de la minoría. En lugar de seguir de largo por el horizonte, se adentran en él los miles de niños a través de la autopista.

Soy entonces yo quien me salgo adrede de la carretera y de la retaguardia porque he temido que los otros me vean y así perdamos todo el resquicio de luz que se le está abriendo a esta historia.

Yo soy como un ángel de la guarda, cuando se han vuelto prescindibles ambas palabras: ni guardar ni angelizarse.

—Pero me necesitan —quisiera decirles.

Desde que empezó esta historia he visto varias niñadas. Las he mirado desde lejos como se observa un incendio; desde las orillas como se contempla un río. Es hora de darme la vuelta y alejarme. Lo he hecho absurdamente con las otras niñadas: poner a mi espalda lo que no me incumbe; ponerme a la espalda de aquello a lo que yo no le incumbo. Quizá por un respeto al misterio; quizá porque bien sé que una historia nunca debe revelar todos sus secretos; quizá por algo menos soberbio y menos vano: por el presentimiento de que mi sola presencia podría poner en riesgo su entera desaparición cuando desaparecían y su entera aparición hoy que reaparecen.

Ni uno sólo de mis músculos reacciona, sin embargo, cuando intento levantarme para volver por donde vine. Me he tendido en el pastizal y, con la frente apoyada en el oloroso suelo, advierto que aquello que me impide ponerme en pie es una pregunta: ¿qué soy yo sin esta historia mía?

El cobro por tener historias es convertirse en un ser sin historia.

Así que sin libertad y sin mí, me levanto, pero no reculo. Por el contrario, me adentro diagonalmente por este valle colmado de malezas y por esta idea llena de espesura para coincidir con la niñada allá adelante.

Un ser sin historias.

¿No cuenta la propia historia de mi vida? ¿No me basta con ella?

Estoy atrapado por la música de una suave estampida de pisadas, como un flautista invertido, como en un delirante Hamelin vuelto de revés: un solo adulto arrastrado por miles de niños.

Miento. Creo que miento. No es la historia, no es esta historia la que me tiene cogido sino la historia de mi vida.

Me desplazo paralelamente a la niñada como siempre me he desplazado paralelamente a todo niño y a toda niña que se me ha cruzado a lo largo de mi vida, sobrecogido en parte, seducido en parte, atento para convertirme, llegado el caso, en guardián de lo que reste de su niñez.

La niñada larga y recta como autopista ha arrastrado con facilidad al centenar de rezagados míos. Los devoró esa inocencia que camina casi dormida, como sonámbula, y yo voy a campo traviesa sintiéndome estúpidamente huérfano y sin saber ya dónde poner los ojos. Me aproximo lo suficiente a los miles de niños para saber que las líneas oscuras que les enmarcan el rostro y les ahuecan las mejillas y les afilan los pómulos y les empozan los ojos son producto de este imbécil caminar. Todos, sin excepción, llevan agrietados los labios e hinchados horriblemente los tobillos. Algunos sangran de los codos, otros de las rodillas. Dan cada paso como si fuera el último, pero milagrosamente no se vienen abajo. “Sufren”, pienso, y descubro que no lo había pensado antes. ¿Sufren por lo que dejan atrás? ¿Sufren por lo que buscan adelante? Puedo verlo no únicamente en sus ojos vacuos y en sus muchas heridas encostradas. Intuyo que han llorado aunque ahora se muestren tan rendidos e inhumanamente silenciosos. Un caminar sobre estratos de dolor lo capto al fin. No caminan sobre ningún asfalto, campo, senda del mundo. Caminan sobre su dolor. Es lo que pisan, sobre él se yerguen; es lo que van alcanzando y lo que van dejando atrás.

Sé que van a desplomarse de un momento a otro. Lo sé y lo intuyo. Lo que no comprendo es por qué no lo hacen de una maldita vez. Caer y que la marea de niños que viene detrás tropiece y así escalonadamente se desplome su tormento.

Estoy por gritarles —no sé por qué— que las tumbas ya se hallan abiertas en alguna parte del mundo, que en alguna parte ya están listas las toneladas de cal, pero descubro entonces a la niña. La identifico como una madre reconoce a los suyos. La vi apenas unos instantes cuando escapó de su encierro en la ciudad de nunca jamás, y luego he venido siguiéndola por horas, caminando detrás de ella y de los cien niños sin inocencia, pres-tándole atención nada más que a su espalda y, sin embargo, la reconozco al contemplarla de perfil por primera vez.

Sucede que la adivino por dentro. Con sólo mirarla, voy sabiendo que se va rezagando adrede en la multitud de la niñada, acortando el ritmo dictado por la mayoría, volcada ella en el examen de los niños varones que van rebasándola por su derecha y por su izquierda, seleccionando. No sé a quién va a elegir, pero anticipo lo que mi pobre y despistada niña de labios rojos terminará por hacer.

Es obvio que mi pobre y despistada niña ha olvidado otro modo de acercársele a sus semejantes. Se pellizca las mejillas y, sin dejar de caminar, acomoda su cuerpo esmirriado para curvarse. Logra la sinuosidad poniéndose de puntas y así se aproxima al niño elegido, seguramente dolorida por el esfuerzo de abombarse el pecho plano y provocarse un culo que no es sino la angosta continuidad de sus piernas. Al principio consigue una perfecta sincronía de pasos con el niño, un borramiento progresivo de la distancia hasta que lo toca.

El niño sigue caminando sin mirar a mi niña, como si aqué-lla, prodigio de prodigios, no hubiera puesto sin detenerse la

mano en su mano, la cabeza junto a su pecho y desde allí se girara ella rostro arriba, trabajándose la mueca de labios entreabiertos y veloces parpadeos que supondrá, ella, es imagen de la inocencia.

El segundo niño que ella selecciona, tampoco reacciona.

Y en la tercera tentativa, impaciente ya, ella se torna grosera y violenta.

—¿Qué te pasa?!

Luego va acercándose a cualesquiera de los chicos y se frota contra ellos ridículamente felina. No es que los niños se la quiten de encima. Ni siquiera es que hagan un esfuerzo por soportarla. Resulta ser algo peor: indiferencia. Tal es la sensación que confunde a mi perversa niña de labios carmesíes y de ojos redondeados por el pasmo. Son “ellos”, son “hombres”, aunque niños, pero no reaccionan. Ella se va rezagando ahora involuntariamente dentro de la marea de niños hasta que una de las manos anónimas que oscila junto a las suyas la sujeta. Ahora es mi niña quien se deja arrastrar indiferente por otra niña que simplemente la remolca.

Dije: “¿quién soy yo sin esta historia mía que relato mientras se hace a sí misma?”.

—¿Quién soy yo? —rectifico— ¿sin estos niños míos?

Porque de pronto la historia me importa menos que estos niños pervertidos, corrompidos a la fuerza, obligados a dejar de crecer, marcados para atraer y fascinar y seducir. ¿Hace cuánto tiempo que no coincidían en el mundo “niños para adultos” con niños de adultos?

Unos y otros deben de estar notando la diferencia como la advierto yo. Los míos, pasmados, contemplando tanta niñez distinta, y yo reconociéndolos entonces a ellos desde la campiña,

por su incapacidad para mimetizarse con la inocencia. Cuando me parecía imposible recuperar a mis cien niños, consigo la hazaña de la aguja en el pajar.

Sin buscarlos, los encuentro. Atraído yo, los entresaco de la cuantiosa niñada como el imán recoge el hierro. Imantado yo, imantados ellos. A unos metros de distancia, hacia su izquierda, hacia su siniestra, hacia los herbazales huraños, va escoltándolos alguien envejecido y hecho largo y metido en la cáscara de un enorme cuerpo que soy yo, pero que no es sino un ser a imagen y semejanza suya. Prójimos.

Los rasgos de la hermandad nuestra: la marca impresa al rojo vivo en la espalda, los ojos que creen haberlo visto todo y que en realidad a todo son indiferentes, un cuello frágil para que pueda ser partido si uno no cesa de caminar cuando nos gritan “¡detente!”. Los rasgos de esta raza nuestra dentro de la raza humana.

“Poner un pie después de otro”, he aquí la definición de caminar; así que la niñada camina en el límite de la definición, a punto de que un pie no adelante al otro, en el borde del colapso cuando ambas puntas se planten a la misma altura y, por el impulso, los cuerpos se desplomen con la rigidez y la indefensión de una arbolada en tala.

Este simulacro de andadura es el movimiento mínimo de quien pretende no estar donde se hallaba hace un instante. Salir del diámetro recién ocupado, desalojarse.

Para la niñada un paso así, en la frontera de la definición, va bastándoles.

Por eso ha resultado inevitable que frente a un caminar tan estragado por el hambre y por la sed, tan insolado y

enfermizo, terminemos mis niños y yo aventajándolos y dándoles la espalda, despreciándolos.

Una traición.

Lo que vamos dejando atrás mis niños y yo, mis congéneres, es la estupidez de la inocencia. “Cuerpos sin piel”, como descubrió el hermano mayor aquel mientras intentaba retener a su hermano menor en mi ciudad y casi en el principio de las historias.

“Mayorear al pequeño” fue lo que decidió él, y abandonó a los padres.

Es lo que podría, lo que tendría que elegir yo: mayorear a la mayoría, ser la piel de los niños que están aprendiendo a sufrir a marchas forzadas con su caminar sin sentido, pero que voy dejando atrás.

Veo a mis niños, en apariencia, similares. No me gustan. Han perdido el encanto; están envueltos en algo duro, odioso e impedido. Piel que ha reconocido —como toda carne echando cicatriz— la ventaja de lo abultado y lo escamoso. Niños que son pequeños ataúdes de almas. Pero sé que simplemente no puedo elegir.

Harto de lo silvestre, con los pies humedecidos y las perneras llenas de cardos, vuelvo a la carretera cuando mis niños van bien adelante y la niñada se ha quedado lo suficientemente atrás como para que me importe poco encajarme en la redondez sorprendida de sus miradas, supongo, porque me les he incrustado todo yo allí en donde tendría que hallarse su esperanza o su destino o lo que fuere que les signifique mirar únicamente hacia delante y desplazarse únicamente hacia donde los lleven sus ojos.

Si la autopista representara la secuencia de esta historia que narro, mis niños han ocupado el momento del “después del

final”; yo camino en un breve espacio como bisagra, y todos los niños de la niñada que caminan detrás de nosotros se encuentran en el “antes del final”, como si no existiera otro destino para la infancia humana que perder la inocencia así, a manos adultas y a ojos adultos y a sexos adultos; moviéndose inocentemente hacia mí y los míos; moviéndose inocentemente hacia la humanidad tocada, hollada, impedida de crecer pero sin alma.

Somos mis niños y yo una humanidad acomodada dentro de la cicatriz que es nuestro cuerpo, dispuestos ellos y yo a seguir en la vida y en el mundo, convertidos en la huella de una violencia que ha cobrado forma humana y que por eso nos parece natural, parte de la naturaleza humana.

Adelante van mis niños eternizados y atrás van los niños sin durezas y en medio voy yo, perseguido y persiguiendo, como la bisagra de una puerta que sólo se abre para entrar pero nunca para salir. O dicho de otro modo, una puerta que existe para perder la inocencia pero nunca para devolverla. *¿Cómo se devolvería la inocencia?*

El cielo gris se llena entonces de azuladas nubes por donde se cuelan rayos de sol como idiotas reflectores que no atinan a caer sobre nuestro escenario, sobre nuestra secuencia. Alumbran las cumbres de las montañas y trechos de la campiña donde nada sucede. Quienquiera que more allá arriba creará que no acontece suceso digno de atención sobre esta tierra. Carezco pues del respaldo de un narrador omnisciente, ubicuo, todopoderoso que confirme como verdadera la inverosimilitud de lo que recién he entrevistado al volverme.

¿Y si no hubiera girado la cabeza? ¿Cuál es la razón, al fin y al cabo, de contar algo que bien pudo quedarse sin testigos?

Un árbol cae en algún lugar del mundo; en algún lugar del mundo un río entero deja de fluir. Sucede que de pronto se extendió un silencio nuevo detrás de mí. No es que el mundo realmente enmudeciera. Siguieron dejándose escuchar los mugidos de una vaca, un lejano tañer, graznidos de cuervos, mis propios pasos. Fue una resta lo que se derramó a mis espaldas. Igual que ese espectacular truco de tirar del mantel por los bordes para dejar erguidas las copas e intacta la vajilla sobre el tablero de una mesa. Los platos y las copas son los mugidos; el tañer, mis pisadas, pero ha desaparecido de golpe el sonido que sostenía todos estos sonidos.

Una historia es un regalo. Nada sabemos relatar los humanos que no sea en sí mismo humano. Narramos las verdades de la humanidad y, por eso, las verdades de uno mismo; de uno mismo y, por eso, de la humanidad. En definitiva, las problemáticas humanas envueltas en una historia para que alguien contemple, medite y se trastorne al vislumbrar el drama de un conflicto pero nunca su resolución.

El regalo de toda historia está en revelarles a otra persona su propia y desoladora tragedia y también las esperanzas y los métodos a que otros han recurrido para salir de ella sin éxito. *Un regalo extraño, es cierto.*

Decir que, antes de parar y de darme la vuelta en la autopista, sabía lo que encontraría a mis espaldas, ¿es eso un regalo? Tengo que decirlo mejor. Sucede que toda historia es un regalo en espera de un regalo.

Toda historia, apenas contada, se petrifica, es un límite, una imposibilidad. Lo que se transmite de voz en voz es una trágica impotencia y una tácita aceptación de fracaso. Pero es también

la fe en que alguien consiga el regalo que significa ir más allá de los límites de la historia y logre desmoronar su petrificación y ponga en su lugar otras palabras y otras secuencias y otros desenlaces. Toda historia está ansiosa precisamente de que alguien le cambie la historia. Un regalo en espera de un regalo.

En definitiva, las historias existen para ser destruidas.

Y yo, aquí parado a mitad de la autopista, lo que ansío es no ver lo que estoy viendo. Hasta donde alcanza mi vista, lo que veo es una larga carretera desierta, muda, gris. No queda ninguna niñada allí que ponga límite a mi locura. Mis ojos creen haberse vuelto locos porque nadie los respalda en lo que miran. Miles de niños desaparecidos como por arte de magia y mi mirada desparvorida se despeña hacia el desolador punto de fuga que es ella, a quien por primera vez contemplo frente a frente.

Me había olvidado de la niña.

No me muevo ni mis ideas atinan a moverse. Segundo a segundo volcando mi entera individualidad en la colosal empresa de sostenerme en pie, veo venir a mi niña, ya sin una mano que la remolque, ya sin una niñada que la rodee. Ella entra en el diámetro de mi inmovilidad; me mira sin un sólo gesto de extrañeza y sigue de frente.

—¿Estás bien? —murmuro.

O creo que murmuro.

Me he vuelto poco digno de confianza incluso para mí mismo.

Todas las historias tendrían que contarse a dúo. Respaldándonos los narradores, yendo hombro con hombro, codo con codo, echándonos entre ambos la historia a las espaldas para compartir su peso.

No sé cuánto tiempo permanezco intentando liberarme de la nostalgia que me arrasa. Intento extraer de mis recuerdos algo menos plural y grosero que una definición. “Niñada” es lo que he venido repitiendo orgullosamente, y ahora esta maldita palabra bidimensional y frágil que intento fijar en la carretera se desploma con la más leve ventisca de mi añoranza. ¿Dónde están los niños inocentes?

Si mi memoria no se pone de mi parte, entonces recorro a la imaginación y ficciono niñas. Tuvo que haberlas. Ojos redondos, rostros abiertos como manos y una de las niñas, sobre todo una de ellas, me mira igual que si cayera, cayendo pero serenamente en paz con la caída.

Entonces yo soy quien trastabillo y caigo, primero de rodillas pero luego de cuerpo entero, donde se derraman los llamados que barren la solitaria carretera en la que hubo millares de niños recién desaparecidos del mundo.

—¡Regresen! ¡Regresen!

Y se deja oír como burla aquel eco que sigue recorriendo el mundo.

—¡Bienvenidos!

“Mayorear”, pienso cansado de gritar “mayorear”, y así caigo en la inconsciencia.

...

...

...

Quien ha relatado desde entonces este capítulo, durante horas, sin mí, sin mi soledad y sin mis pisadas, fue el silencio.

Un episodio triste y monótono abatiéndose sin drama sobre esta historia.

Tres líneas de silencio que fueron horas.

¿Cómo se puede dejar atrás una historia? Ésta, por ejemplo. Salir de ella y que se pudra sola. Realmente quiero volver por donde vine y olvidarme de todo. No soy cobarde. Tampoco soy valiente. Sucede que no veo ningún camino de regreso.

“Historias sin retorno”, será esto.

Lo que no se dice es que no hay retornos porque una vez dicho y visto algo —la maldición para cualquier contador de historias— ya no hay modo de cesar de oír y de contemplar hasta el final.

Salgo de la inconsciencia —ahora el cielo está cerrado de nuevo y ya no hay reflectores ni mugidos ni tañeres en el aire— y me pongo de pie porque mis niños del final tuvieron que notar el hueco que se abrió en el mundo con la desaparición de los últimos verdaderos niños. Y, sin embargo, ninguno se giró; no hubo uno solo que se volviera y lanzara un vistazo por sobre su hombro.

“Date la vuelta y te rompo el cuello”, esta promesa, esta amenaza, es la que me ha devuelto la conciencia.

“Mayorear”. Vuelvo a escucharme pensándolo como si fuera un hallazgo. No es original en absoluto. Apenas se trata de un sinónimo más o menos encubierto: “mayorear”, “hacerse cargo”, “proteger”, “guardar”. Y siento el fracaso, fallido todo yo, y permanezco inmóvil, en medio de ninguna parte, renuente a dar un paso más por causa de la orden —¡te rompo el cuello!— pero también por causa del orden de mi lenguaje y de mis relatos que me han conducido hasta este “no espacio” y “no tiempo” llamado “sin perdón”.

¿Qué palabras y qué cuentos les permitieron a ellos seguir adelante, mientras mis palabras y mis cuentos me han detenido aquí a mí?

Por primera vez desemboco en una pregunta peligrosa: ¿quiénes son estos niños?

Nosotros aprendimos que un niño no abandona a sus padres, no deja atrás el hogar, no sabe ir por el mundo sin una mano adulta, no se arroja a una caminata demencial que no concluye. No nuestros niños. Y he aquí el peligro: ¿en qué hogar y en qué mano se hallan esos niños que llamo “nuestros”? Y he aquí el verdadero peligro: ¿qué les hicieron éstos... éstos... a los nuestros? El verdadero peligro para mí, porque por primera vez me reconozco capaz de agujeros y cal, de cal y agujeros.

Lo dicho. He dejado de ser confiable.

De pronto me encuentro caminando furiosamente por la carretera, entrando y saliendo de las curvas con el impetuoso afán de darles alcance. Me imagino agarrando a uno de mis niños de zapatos de charol, sacudiéndolo, abofeteándolo hasta que me revele el secreto, cualquier secreto, lo de sus palabras, lo de sus relatos. “¿Me cuentas otra vez la historia?” Lo que acabo encontrando al dejar atrás la última curva de la autopista es el enrojecido ocaso...

... y el vago perfil de un pueblo...

... y la escultura.

Al principio pienso que es una niña. Lo es, una niña, pero está hecha de piedra. Esculpida y colocada en una de las cunetas es de un realismo que pasma. Sentada en flor de loto, con el cuerpo echado hacia el frente, su vestido la cubre por completo como una sábana o una larga camisa de fuerza. La ilusión es que la

ropa carece de mangas o que ella carece de brazos. No puedo reprimir el gesto de resbalar un dedo por los pliegues duros de la tela e introducir mi mano, al menos intentarlo, en la hendidura rígida que se le acueva bajo una de las axilas. La única parte del cuerpo sin embozo es la cabeza. Está abatida sobre su pecho pero la niña mira de sesgo, con los ojos agrandados, hacia atrás.

Me inclino y le devuelvo la mirada a un palmo de distancia. Veo una a una sus pestañas; distingo el orificio del lagrimal; intuyo allí la promesa líquida que alguien cinceló con una destreza prodigiosa. Me vuelvo hacia uno y otro lado como si de verdad pudiera encontrarse allí al artista.

Contemplando la escultura me siento al fin en compañía. Quienquiera que haya dado su tiempo para venir aquí y dejar la roca en forma de niña entiende: “algo que nunca antes sucedió, ha sucedido por primera vez en el mundo”. Lo que encuentro cincelado con volúmenes y formas es la idea que yo he demorado tanto en completar: lo irremediable. Un monumento en memoria de los niños perdidos. Un monumento ahora que están perdidos para siempre. Un monumento para decirnos a nosotros mismos que, además de recordarlos, sobreviviremos su partida hasta que muera el último de nosotros.

Acaricio las mejillas de la estatua. Le paso el dedo por los labios rígidos y, sobre esa gelidez, sin pensarlo, rindiéndome a un instinto, le doy un beso.

El velo de frío que queda en mi boca como polvo me parece un cobro mínimo si algo de la tibieza mía ha pasado a la piedra.

Con el crepúsculo llego al pueblo que vi desde la última curva de la autopista. En todas las azoteas de las casas se extienden cordones y sogas donde flamean, lo mismo por las suaves corrientes de viento que por los últimos resplandores del sol, un

infinito de prendas infantiles, como fantasmas cogidos al vuelo. Algunos vestidos se han amarilleado, y prendas interiores con holanes y dibujos parecen maltratadas por el sol excesivo de muchos días. Adivino colchas, pantalones con parches, faldas de cintas mustias, olvidadas como redes inútiles que ya no cazan otra cosa que la mirada mía.

Abstraído por el tremolar de la ropa, yo no reparo en los pobladores en un inicio. Tres mujeres hacen corro en una esquina; hay un hombre derrengado en una saliente de mármol, con un sombrero entre los muslos y con una de las perneras plegada hasta la rodilla. Cabizbajos, yo no puedo entresacar nada más que oscuridad de sus rostros.

Me desplazo por entre sus sombras largas y afiladas, sombras adultas, sombras visuales, pero también sombras auditivas, por ejemplo, el ruido óseo de un bastón golpeándose contra los adoquines, una tos de pulmones viejos, una mordida queja provocada por pensamientos que ya no se engañan.

Todo este pueblo es, calles arriba, un claustrofóbico laberinto de pendientes, un pueblo cimero de suelos diagonales y techumbres inclinadas y casas ladeadas como una cascada. Yo subo y encumbrándome me aproximo y miro hacia los interiores de las casas con precaución innecesaria. En uno de los comedores hay un hombre que tiene los hombros caídos y las manos inútilmente posadas en el tablero de la mesa. Más acá una anciana apunta con la fijeza de los ciegos una mirada hacia ningún lado. Finalmente está la mujer que se ayuda del respaldo para curvar allí una mano, apoyar el mentón y, encamándose la mejilla con la otra mano, recostar horizontalmente la cabeza. Esta mujer podría verme a través de la ventana que se halla abierta si hiciera un milimétrico movimiento de ojos. Yo podría a mi vez extender el brazo desde afuera y tocarla allí adentro.

¿Para qué? ¿Qué podría ofrecerle? ¿Una historia? ¿Una historia que conoce de sobra? ¿Su historia? ¿Mi historia? ¿Nuestra historia? De lo que soy testigo es de la humanidad sin niños. De mi humanidad, de su humanidad, de toda nuestra humanidad sin niños.

Sigo ascendiendo y un anciano se me empareja. Él me coge de la mano (la suya apergaminada y reseca igual que una mano hecha de frágiles raíces que yo apenas oprimo) para que lo remolque. No lo demanda ni lo ruega. A cambio me cuenta lo de los bebés mientras yo voy echando en falta, dentro del desfile de sombras y ventanas que dejamos al paso, a alguien que no sea adulto ni viejo.

“¿Dónde están los adolescentes?”, pienso.

Lo de los bebés, en pocas palabras, es que el rumor no fue un rumor. Han muerto, aunque el anciano lo balbuceó de otro modo.

—Se murieron.

No es sino hasta que llegamos a la parte más alta del pueblo y él se desprende de mí, dejándome solo en esta plazoleta fría, que yo pongo en duda sus palabras.

Dijo “se murieron”, como antes dijo de los niños “se fueron”, como si ambos comportamientos estuvieran dictados por la misma voluntad de marcharse.

¿Cuándo aprende un cuerpo humano la facilidad con que podemos acceder a la muerte? ¿Cuánta edad es necesaria para saber que el final está al alcance de una mordida en la muñeca, de un golpe bien dado en la tráquea, de una pausa sostenida en las respiraciones, de un cuerpo que de pronto se vuelve contra sí mismo?

La muerte niña.

Toda la historia humana ha estado sembrada por criaturas recién nacidas que dejaron de respirar.

¿Es creíble que aquí en el pueblo todos los bebés hayan logrado la asombrosa coincidencia de emprender al unísono esta otra marcha que ni siquiera necesitó de pies ni pasos? ¿Un acto de voluntad? ¿De verdad?

Yo camino en círculos por las callejuelas cimeras del pueblo y en círculos me muevo, ya lo dije, por el encarcelamiento en que se convierten las metáforas.

Las guerras humanas más exitosas en contra de las langostas acontecen cuando el insecto está en sus primeras etapas de vida: dos meses antes de su adulta expresión depredadora. Larvas todavía desaladas, pero ya formando rodales para reunirse con sus compañeras —unidas por la dicha del soporífero estado límbico de quienes recién se instalan en la vida—, la condición ideal de la víctima.

Allí trabajamos mejor el exterminio los humanos.

En realidad, cualquier especie contra cualquier especie.

En realidad, toda especie en contra de sí misma encuentra aquí su paraíso genocida. ¿Tuvieron algo que ver los padres en este “acto de voluntad” de sus criaturas que todavía no sabían ponerse en pie ni sumar un paso? ¿Antes que sufrir su pérdida, madres y padres perdiéndolos por propia mano? ¿Por propias manos adultas y por propios miedos adultos? (Otra vez el poder de las historias). (¿Qué historia debe ser contada para que una madre asfixie a sus propios hijos?).

Larva de langosta.

Me torno intrépido, orillado por el hambre y la fatiga y la desazón de estas ideas, así que voy empujando algunas puertas

de algunas casas hasta que una cede, y salgo así de la metáfora. Aunque el frío que se ha aposentado allí dentro tiene ya poco de humano, y aunque una inclemencia mineral duerme en cada objeto que toco hasta dar a ciegas con una lámpara, no me detengo en nada que no sea la búsqueda de comida y devoro sin orden los restos que voy encontrando en bolsas, en frascos, en cartones, en ollas.

Luego convierto en sofá una mesa, simplemente sentándome sobre ella.

Desanudo los cordones de los zapatos. La tela de mis calcetines está adherida sobre ampollas rotas. Siento autocompasión por verme tan hinchadas las plantas y prefiero no tocar. Así que convierto en cama el sofá simplemente dejándome caer de costado, como sin huesos, y sigo cayendo hacia una inmediata duermevela donde apenas alcanzo a pensar que he venido equivocándome a lo largo de esta historia al bautizar como “niñada” —no hay niños sin madres ni padres— lo que no es sino “hijada”.

En un sueño me sorprendo desvariando por darle título a esta historia. *Hijada, Los niños del final, Enjambre, La plaga de los niños, Apuntes para una historia muerta, Simplemente dieron un paso fuera de casa.* Voy barajando los nombres sabiendo que es un desperdicio titular una historia en agonía. *En agonía.*

Y, sin embargo, ha crecido tanto la historia que ya no sé bien a bien cómo ponerla entre mis manos. Necesito un título, como asa requiere un jarrón o agarraderas una bolsa. Es apenas la necesidad de una fórmula mecánica de acarreo.

¿Hacia dónde y para qué arrastrar de todos modos estas palabras moribundas? *En arrastre.*

“¿Por qué no mejor soltarlas?” —pienso antes de caer en otro bache de inconsciencia—, dejarlas rodar por la pendiente, como guijarros, a su albedrío, en su libre fuga. *En su libre fuga.*

Lo que me despierta son las resonancias de otro arrastre, de otra libre fuga, de otros pasos fuera de las casas. Crujidos y restallidos de cosas desacostumbradas a moverse. Tardo en levantarme porque todo mi cuerpo se queja y se resiste, y cuando logro salir de la cama que de inmediato muta en sofá y luego en mesa, pago con un dolor que me radiografía cada hueso cintura abajo y que me nubla, durante segundos, la vista y la curiosidad.

El espectáculo que me ofrece la ventana son hileras de personas llevando su vida al hombro, tirando de ella, haciendo que se muevan cosas sedimentadas, baúles, máquinas, muebles incluso.

—Nos vamos —me dice el anciano de anoche, con las manos vacías pero cargándose a sí mismo—. Este sitio se ha vuelto malo.

Me desconsuela aceptar que ya no sé moverme solo por el mundo. Una suave llovizna comienza a caer cuando doy alcance a los últimos pobladores igual que un perro recoge el rabo, guarda los dientes y curva el espinazo para empequeñecerse. Así me acerco. En espera de que no me rechacen.

“Yo cargo una historia”, podría decirle a este hombre que jadea bajo el peso de sus fardos.

No sin vergüenza voy avanzando entre ellos. Mi primer impulso es cerrar la mano junto a las suyas en torno a las agarraderas, los manubrios, las empuñaduras de metal, para aliviarles del peso y ayudarles si lograran resistir la tentación de malinterpretar mi gesto. Soy yo quien se aquieta. Lo que me hace desistir

son precisamente todas las historias en contra sintetizadas en un tema: la amenaza. Un mar de historias dedicadas a narrar lo desconfiables que son las manos ajenas.

¿Cómo podría yo defenderme con la pobreza de mis actos sin tradición?

¿Podría yo —por mi parte— dejar que una mano ajena se acercara a esta historia para ayudarme? ¿No acabaría yo mismo haciendo un puño de mi mano supuestamente generosa para defender lo que me pertenece?

Lo que veo, sin embargo, son adultos sin fiereza porque ya nada tienen que defender. Es lo que voy encontrando al avanzar de persona en persona en esta marcha: adultos sin guerra.

De algún modo esta marcha es contracara de la historia con la que he venido envolviéndome. Como sacar la cabeza y respirar lejos del protagonismo infantil. Respirar no sé si un aire sano o un aire enfermo en la madrada y en la padrada que son la esquina opuesta de esta tragedia.

Un aire, en realidad, de tristeza. La versión triste de las cosas cuando veo a una mujer coja salir de la vía y recostarse en la hierba con cuidado pero para no levantarse más a pesar de los ruegos de otras mujeres y de la llovizna que recién comienza. Y más aires de tristeza con esta pareja incapaz de advertir que el leve desajuste de sus pasos va trabajándoles lentamente la distancia, apuntando los pies de ella y los pies de él hacia supuestos destinos paralelos que, sin embargo, acabará por llevarlos a dos horizontes. Todo un anuncio de tormentosa tristeza con este anciano que se sienta a llorar en el camino mientras la mujer, sin soltar la maleta, le acaricia la calva con la mano libre.

¿Acaricia la mujer al hijo que fue este anciano hace una vida?

Y de pronto ya está; es como un contagio. Unos a otros se buscan el pecho para apoyar las frentes y hundir mejor el rostro. Se quiebran los cuerpos para abrazarse como esos árboles serrados al mismo tiempo que se encuentran y detienen sus respectivas caídas con un golpe seco, cuarteador, quiebrarramas y deshojante.

Me detengo también a sabiendas de que la llovizna ayuda a disimular lágrimas, pues yo no tengo a nadie en quien apoyarme, en quien desfallecer para resistir mejor la triste tormenta. Enturbiado, descubro a tres mujeres acampanadas por un embarazo casi a término. Mientras ellas, de perfil, miran hacia las montañas, yo me pregunto, contemplando el horizonte de sus desmesurados vientres, ¿qué irán a decirles? ¿Qué les vamos a decir sus madres y yo, los demás adultos, a estos niños nuevos y escasos que cargarán con toda la responsabilidad de lo humano? ¿Qué les vamos a decir de sus hermanos mayores? ¿Qué cuentas les vamos a ofrecer nosotros?

Esta vez la escultura es notoria en el camino. La chica de piedra ha sido cincelada en un conseguido caminar: ambas piernas en flexión y el pie que ha quedado atrás se apoya en la punta para sostener el impulso del avance. Tal nueva estatua en memoria de los niños parece ser producto menos del talento —aunque es perfecta— que del amor.

Ninguno de los pobladores se detiene ante la prodigiosa obra de arte; no le ofrecen un vistazo siquiera. Se hacen a un lado para que la niña de piedra prosiga su congelado andar en dirección al pueblo que nosotros abandonamos.

Es el sesgo del cuello en la estatua lo que me ha impedido seguir de largo a mí.

Ya no llueve, pero la niña de la escultura está ataviada con un vestido de consistencia líquida por la manera en que se le adhiere al pecho y se le curva en los muslos flacos. El pelo cae en mechones ondulados por ambos costados de su cabeza, aunque algunos mechones, como empujados por un viento sutil, invaden el óvalo de su rostro y le cruzan fluvialmente la mejilla y parte de la boca.

La escultura dibuja un andar hacia el pueblo, dije, pero no es al pueblo hacia donde ella dirige la mirada. Esculpida su cabeza en giro, con los labios entreabiertos por la tensión del movimiento, sus ojos observan algún punto a su espalda.

Sé entonces que cuando yo me vaya, cuando reemprenda este atávico acto de poner un pie después de otro, será como si ella se hubiese vuelto hacia mí para verme marchar.

“No te vayas”, imagino que me dice.

Pienso que el amoroso escultor tiene una fijación por el agua cuando resbalo mis dedos por el rostro duro de la niña y descubro que los aparentes residuos de la llovizna son gotas de piedra cinceladas en la superficie, cristalinas lágrimas de piedra.

Supongo que después, sin darme cuenta y a pesar del imaginado ruego, he retomado mi camino y he dado alcance a los pobladores en éxodo. Desde allí, confundido entre las madres y los padres, veo la llegada inverosímil, increíble, imposible de un niño.

Ver al niño antes que los demás, me parece justo. Pero yo dudo de lo que veo.

Rara una época donde una imagen así es inverosímil.

Lo que pongo en duda, además de su niñez completa, es que este niño venga andando solitaria y directamente hacia nosotros por un valle.

Eso que veo sin creer, se agranda y se torna nítido ya no sólo en el reconocimiento de mi memoria sino ante el conocimiento de mi mirada. Tiene acaso ocho años; su flacura es producto de hambres antiguas y su piel requemada denuncia una vida transcurrida mayormente a la intemperie. Espero que de un momento a otro se me desvanezca ante los ojos y no ante la memoria, así que paradójicamente aprieto los párpados.

—¡Lárgate!

—¡Qué buscas aquí!

Es lo que escucho yo a ciegas y cuando abro los ojos, el niño ilusorio sigue allí.

Y una piedra real cae a sus pies.

Hay más gritos, hay más piedras, pero el niño no ha detenido su paso frente a las amenazas. Paralelamente se desplaza al alcance de los gritos pero no de las pedradas.

—¿Qué quieres?! Pac

—¡Ya no nos quedan hijos! Pac

—¡Olvídate de nosotros! Pac

Además de los rumores de que los niños se llevaban a los niños, se difundió una macabra historia en donde se decía que un hombre o una mujer intentó detenerlos y que le pasaron por encima, que lo que reapareció yaciente tras el paso de la niñada ya no era hombre ni mujer; un cuerpo retorcido, irreconocible, sin hueso bajo la piel, y un lodazal donde hubo un rostro. Remataba el rumor que pisaban a quienquiera que se les pusiera enfrente.

—¡Atrévete! Pac

La osadía de este chico que corre con sus cortas piernas paralelamente a nosotros y a los rumores es suicida. Al alcance de los gritos, pero también al alcance de la escucha. El grito con

el que responde a los gritos es agudo y curvo, y así lo lanza a nosotros como se arroja al agua un anzuelo.

—¡Mamá!

Incrédulo, yo me voy abriendo paso a empujones para emparejarme. Empujo porque supongo que todos los pobladores que me preceden querrán ser testigos del reencuentro entre un niño y un adulto, entre un hijo y una madre. Cuando llego al fin adonde el niño se ha prendido del brazo de una mujer, nadie más viene a mi lado y ninguno de los que se desplazan junto a mí comparten mi curiosidad. La marcha de los adultos se extiende adelante y atrás de esta nueva bisagra que representamos.

—Mamá —murmura el niño porque ya no hay necesidad de grito.

¿Me engaña? ¿Se engaña a sí mismo? ¿Qué hace un narrador cuando puede ser engañado de este modo?

—¿Eres de verdad su hijo? —pregunto.

—¿Eres de verdad su madre? —pregunto.

Y aunque ninguno de los dos me responde, sé que el niño se responsabiliza completamente de ir unido a la que llama “madre”, pues los brazos de esta mujer penden flácidos sin reacción materna.

Él abre la boca y habla para hacerse cargo también de esta otra reunión:

—En algunos lugares, mamá, ponían a los niños enfermos al lado del camino para que nos los lleváramos. Unos estaban sentados en sillas de ruedas y otros dormían en camillas. Vi a una niña que parecía una fruta sin cáscara; no estaban los pedazos de su piel en ningún sitio. Yo los busqué; se le habían caído de aquí y de aquí y de aquí, mamá, pero no estaban en el suelo.

Ni la mujer ni el niño dejan de caminar. Él cogido del brazo de la mujer y con el rostro en alto para hablarle; ella sin devolverle la mirada y quién sabe si devolviéndole la escucha.

Por primera vez en esta historia cedo la voz.

—Verás que primero es difícil, pero luego que se te olvida —dice el hijo a la madre.

—¿Se te olvida qué? —pregunto porque soy un mal oyente.

Él no me mira, así que avanzo hasta ponérmelo a un costado.

—¿Se te olvida qué? —repito.

Me ve y, con un movimiento ambiguo del brazo, resume a los pobladores que nos preceden, o bien abarca con el gesto la carretera y la campiña, o bien se extiende su aspaviento hasta las montañas azules, o bien ambiciosamente lo comprende todo con el pase de su brazo: a nosotros, a la línea donde tendrían que unirse la tierra y el cielo si el cielo y la tierra no fueran este mismo lodazal gris que llovizna de nuevo.

—Esto —remata lacónicamente.

Y yo completo con un murmullo:

—Se te olvida.

Caminamos como un simulacro de familia. La mujer, indiferente a la izquierda; en medio, el niño que dichoso frota su mejilla contra el brazo de ella, y yo, en el extremo derecho, sacudido todavía por dos de las revelaciones que ha murmurado él en su atropellado y desordenado monólogo.

—A mí me falta un día, mamá —fue la primera de las confesiones que me han dejado perplejo. Y luego, en otro instante, entre dos menciones a niños espantapájaros, o algo por el estilo, él le preguntó a ella—: y a ti, mamá, ¿quién te contó la historia?

—¿Un día para qué? —lo interrogo yo una y otra vez— ¿De qué historia hablas? —no me canso de inquirirle pero él, en la

dicha de tener a su madre al lado siniestro, ignora la diestra y con ello se desentiende del padre que pude ser yo.

Así, desencontrados, vemos venir él y yo la oleada de inmovilidad que va deteniendo la marcha. En realidad yo la veo desde mi mayor altura pero él, desde su mayor angustia, es capaz de intuirlo y reacciona antes. Hicieron un alto allá adelante, y la escalonada detención del caminar de los hombres y las mujeres viene hacia aquí.

Yo veo el acordeón en que se va convirtiendo la muchedumbre cuando el niño ha tirado ya de la mujer hacia uno de los costados de la autopista. Ella no opone resistencia, así que juntos salimos a tiempo hacia la cuneta cuando todos a nuestro lado cesan de andar.

Al principio la mujer sigue poniendo un pie después de otro.

Los pobladores han ido sentándose en el asfalto, están desenudando telas y extrayendo panes, beben, algunos cruzan tristes palabras.

Noto que algo empieza a ir mal cuando el niño comienza con los resuellos.

—No te canses, mamá —ruega con una voz que no le oí antes—. No te canses —y tira de ella abriendo y cerrando la boca con el rostro descompuesto de terror.

Yo miro a la mujer.

Esa fijeza de su mirada la vi antes, igual que los ciegos ponen los ojos en cualquier punto del mundo y los abandonan allí; una vista muerta que mata lo que toca.

La mujer dirige al fin una mirada al niño. Es entonces cuando se detiene.

El niño todavía intenta remolcarla, pero el antebrazo de ella se le va saliendo de las manos; fluye la muñeca de la mujer por entre las palmas de su hijo; se le escapa la mano larga fuera

de sus impotentes dedos porque si la madre no se mueve, el niño no se detiene.

—¡Mamá!

Si puedo creerle al niño cuando desgarradoramente grita “¡Mamá!” y, sin embargo, suelta la última punta de la mujer, entonces no entiendo nada de lo que he venido relatando.

¿Querían irse o no? ¿Hemos estado abandonándolos por no marchar con ellos? ¿De verdad quien se marcha puede ser el que ha sido dejado atrás?

Ella se ha cruzado de brazos mientras él sigue de frente a lloros, a gritos, a pasos voluntariamente acortados hasta el límite de la definición de “caminar”.

—¡Mamá! —aúlla como animal, pero ni regresa ni gira la cabeza para mirarla.

Yo los veo y me pregunto qué diablos estoy viendo.

Ni le doy alcance a él ni reculo hacia ella porque ni siquiera narrativamente soy capaz de reanudar cualquier lazo que hubiera habido entre ellos. ¿Dónde está el llamado de la sangre que me ayude?

Permanezco aturdido en medio de la madre y del hijo, desgajándome de la esencia más cara de la humanidad: una madre que cuida, un hijo que se deje cuidar.

El desplazamiento del niño, aunque yo no me muevo, me pone cada vez más cerca de la mujer; así que la veo sentarse mecánicamente, coger el pan de otros y empujárselo contra sus labios resecaos que apenas se abren, pero que luego escupen y fluyen en vómito. Un cuerpo que se está cerrando, un cuerpo que se está vaciando de sí.

—¿De verdad eres su madre?

Ha llegado la hora de decir que toda historia en formación está atravesada por bifurcaciones. A cada momento hay que elegir entre al menos dos rutas anecdóticas. En este caso, el hijo que abandonando es abandonado o la madre que en vaciamiento y en clausura se dirige hacia aquella otra salida bien conocida: la vida llamada muerte.

Podría abrirme una cobarde tercera opción con una vuelta arbitraria al fantasmal pueblo de silenciosas callejuelas ascendiendo siempre hacia el cielo, a fin de no tomar partido. Ni padres ni hijos. Ni responsabilizarme por los unos ni responsabilizarme por los otros.

Cuando concluya mi historia, parecerá lineal, coherente, ordenada, como ordenadas están las cuentas de este collar que repaso entre mis dedos.

El collar lo he encontrado en el viaje imaginario al pueblo. Pero no era collar aún. Los abalorios estaban sueltos aquí y allá a lo largo del camino y he sido yo quien los ha engarzado (pienso tontamente que he robado a algún poblador adulto la ruta que precavidamente sembró para un eventual retorno).

Con el arbitrario ensartar de cuentas, quise probarme que no hay nada escrito de antemano, que la aparente linealidad, coherencia, lógica con que recibimos las historias terminadas, es eso, apariencia pura.

He vuelto de mi imaginaria digresión y ahora estoy otra vez con los adultos, entre mis iguales; disponemos de provisiones y hay de momento tres mujeres embarazadas a fin de recomenzarlo todo. Cuidar de los bebés cuando nazcan; resarcir juntos tanto vínculo sangrado por proteger y preservar, tanto vínculo sagrado por dejarse proteger y por dejarse preservar, que es la única

misión de los padres humanos y de los hijos humanos. Repoblar el mundo, pues. ¿Existe una secuencia anecdótica más digna que ésta? Y, sin embargo, el collar se me ha roto en las manos y voy dejando resbalar de tiempo en tiempo una cuenta por entre mis dedos, mientras me alejo de los míos y marchó tras el chico.

Me alejo realizando repetidamente un acto que el hijo no hizo. Lo completo reiteradamente por vergüenza ajena, sintiendo que es lo justo, lo bueno, lo humano. Lo que hago es volver la cabeza sobre mi hombro para mirar a la madre que se va quedando cada vez más sola a mis espaldas.

Tres curvas y media hora adelante veo al hijo a la distancia, y a la cuarta curva estoy ya lo suficientemente cerca como para temer su reacción, así que he simulado una tos y he ido carraspeando a fin de anunciarme.

Él no se ha girado.

Entonces, aunque vamos casi juntos por este desolado camino secundario que nos aleja de la autopista principal, no me atrevo a darle alcance.

—¿Mamá?

Es lo que se esperaría que profiriera este niño que no se vuelve.

—¿Eres tú, mamá?

Debe de estar realmente furioso.

—No soy tu madre —le murmuro para que sepa a quién está ignorando y mate de una vez por todas la esperanza.

Luego agrego, para que mate también el miedo.

—No tienes que detenerte... No voy a partirte el cuello.

Hemos estado viendo la escultura desde lejos. Esta vez era un varón y a la distancia parecía festivo, no sé, como si jugara con algo invisible. Luego he llegado a pensar, a fuerza de recordar

la figura, que el niño de piedra gritaba. Y creo, quiero creer, que tenía los ojos cerrados.

No pude comprobarlo, porque este hijo, que despreció a su madre poniéndosela a las espaldas, pero cuya madre lo despreció a su vez poniéndoselo ante los ojos se me adelantó y, con un empujón, hizo caer a la estatua.

Lo sacudo y le grito.

Él no se defiende ni deja de andar.

—¿Por qué lo hiciste?!

Luego regreso adonde estaba la estatua. La derribó con tal facilidad que he dudado de su solidez y, sin embargo, lo que pongo entre mis manos es rocoso.

—¿Por qué lo hiciste?! —he regresado furioso a su lado y lo he cogido con ambas manos— ¿Por qué diablos haces esto?! ¿Por qué están haciendo lo que hacen!

Y me doy cuenta de que tengo mis manos alrededor de su cuello.

El cuello es la zona más frágil del cuerpo humano. Basta con que alguna vez te hayan ceñido de allí para que nunca olvides que estás en manos de otro. Literalmente en manos de otro para siempre. *Para siempre*. Rectifico, esperando que no sea muy tarde, dándole una bofetada.

Cuando estoy por darle una más, arrastrado por la tradición de las segundas mejillas, miro por el rabillo del ojo y, todavía yo con la mano en alto pero ya quieta, ya extraviada, ya sin fuerza, ya sin motivo, descubro al otro niño en la vera del camino.

No paro de descubrirlo incrédulamente de parpadeo en parpadeo.

El niño está amarrado a un árbol con una soga que a fuerza de vueltas lo sujetó, subió por su cuerpo y lo ahorcó.

Y lo reconozco.... Uno de mis niños.

No puedo romper esta postura estúpida del brazo en alto a pesar de que el hijo ha seguido de largo. ¿Un gesto que nació desde la violencia puede resolverse en un acto de ternura? ¿Puede haber ternura en una despedida? ¿Y de quién me despidió con la mano al aire: del hijo despreciado o de este muerto mío, impedido para crecer, sin inocencia y sin asombro, ataviado con ropas y huellas adultas, asesinado no sé por quién?

Yo iba a cuidarlos. Es la historia de mi vida. Centinela de todo niño y de toda niña que cruce por mi vida. Guardián de lo que reste de su niñez. Un ángel.

Cientos de miles de relatos que entretejen la tradición de la desconfianza es lo que enfrento y contra lo que contiendo cuando alcanzo al niño, y con mi mano que iba a golpearlo, completo el gesto de tomarle la suya.

Desde una mirada acostumbrada a las viejas historias del mundo representamos una estampa ordinaria pero tierna: un padre y un hijo. Y atrás, el cadáver de otro niño, un niño ajeno, un cadáver prescindible, porque un padre sólo cuida de su hijo.

La mano se la he cogido yo —no se me olvida— y en un principio la he apretado creyendo que se resistiría a ser conducido. Ahora aflojo la presión, pues he tirado de él hacia el siguiente muerto y él se ha dejado guiar mansamente.

Mansos vamos los dos siendo arrastrados por una senda de cadáveres vestidos de faldas cortas y zapatillas, algunos muertos con collares al cuello, labios pintados de carmín, carnes pálidas por la muerte y por el largo encierro de sus cortas vidas dentro de habitaciones cuyas puertas les traían a los fascinados, a

los hechizados, a los atraídos por su eterna niñez que al fin ha dejado de ser eterna.

Una de las niñas muertas se halla rígidamente sentada en la hierba, sin sogas que la sujeten ni árboles que le sirvan de apoyo.

También los asesinatos poseen genealogía. Una tradición para matarnos los seres humanos de una manera específica u otra. ¿A quién se le ocurrió desoír la tradición de las manos en torno a un cuello para clavar la estaca afilada en el suelo y vertebrar así a la niña como un macabro espantapájaros?

“Espantapájaros” fue algo que le mencionó el hijo a la madre.

Me vuelvo hacia el niño pero él no responde a mi mirada ni tampoco contempla la infame imagen de la niña que rectamente sentada va desplazándose a un costado nuestro y quedándose a la zaga.

A diferencia de los cadáveres encalados que yo vi hace días, aquí no hay intento alguno por sustraer y por encubrir. Los espantapájaros que vamos encontrando después penden de los árboles más visibles o se hayan colocados sobre montículos de paja, apoyados contra los árboles, atravesados cual durmientes en los caminos rústicos. Cadáveres cuya disposición y postura ha sido diseñada para cazar miradas, terrores, huidas.

No todos los cadáveres son de los cien niños que yo decidí “mayorear”. Sé que es abominable, pero hay un momento en que me alivia ver muertos sin reconocerlos.

¿Pretende la conmemoración también este otro escultor que esculpe asesinando? Cuerpos humanos convertidos en señales y, por si no fuera suficiente, inscrita la firma en su “obra”. Más que adición, la firma es una resta. A veces las orejas, a veces,

más horrorosamente, la nariz, y en su lugar un segundo agujero sobre la boca abierta en un doble y mudo grito interminable.

Firmar es inscribir... pero no, me equivoco. Describir, desescribirlos los rasgos humanos para que el mensaje sea legible: todos estos niños se han quedado al margen; no son humanos, no son muertos nuestros, no nos incumben, no nos son pertinentes.

Por vez primera los dedos del hijo, y no mis dedos, son los que se sujetan y se hacen responsables de que nuestras manos sigan juntas.

Veo otro cadáver, pero no es nada más “otro cadáver”. Es aquella chica que iba buscando quien la acogiera, refregándose como gata contra los chicos indiferentes de la última niñada grande que desapareció del mundo después del final. Veo su mano. Descansa, de dorso, sobre la tierra oscurecida. Sus dedos están doblados blandamente al aire —igual que cuando los chicos se quedan dormidos y uno puede quitarles, sin despertarles, sus objetos predilectos para que no se dañen con ellos en la inconsciencia—, curvada su mano, pues, como sin lo suyo, y yo dejo en medio de su palma vacía el último abalorio que me resta.

Comienzo a hablar únicamente por hablar, mientras la llovizna va y viene sobre nosotros. Desde que el hijo abandonó a la madre, no ha vuelto a abrir la boca, y necesitamos la compañía de una historia sobre la cual caminar ahora que el mundo se está tornando tan agreste para la humanidad.

Mi historia es una confesión.

Al hijo le confieso que un día abrí la puerta, salí y seguí de largo a pesar de los gritos que iban enlistándome cada una de las pérdidas que yo sumaba con mis pasos. Le relato que no me detuve a pesar de que me iba quedando sin mundo en dónde poner los pies. Le cuento que me alcanzaron y que me dejaron

en la espalda una marca al rojo vivo. Le digo que, sin embargo, yo volví a caminar.

Siempre echaba a caminar aunque me alcanzaran y me pusieran la mano al cuello y me dijeran “te callas o te mato”. Siempre reemprendiendo la marcha sin desear nada que estuviera adelante. Sólo dejarlos atrás, sólo perdermeles para siempre.

—De allí vengo —le digo como si de verdad conversáramos. Y le pido un regalo—: ¿podrías hacer algo para cambiar esta historia mía, esta historia que soy?

Me dirijo a él, pero me descubro hablando cada vez con menos interrogaciones y menos paciencia y necesitando cada vez menos de él.

—La culpa es de ustedes, los inocentes —murmuro a menudo esta frase que sirve de esqueleto tanto a lo que digo como a lo que callo—. Ustedes empezaron a irse sin necesidad de sentir miedo, sin cicatrices de por medio.

Sin cicatrices.

—La culpa es de quienes nunca han sufrido, de los que no han sido marcados jamás.

Sin marca.

De pronto he comprendido que un verbo resume por completo a los niños inocentes y a sus niñadas. Una obviedad es el verbo que los resume. Me justifico diciéndome que es necesaria la confirmación. Hay, sin embargo, placer en este ir acertando mis zancadas hasta casi detenerme. Entonces lo veo hacerse daño en la muñeca al forcejear con mi mano que lo atenaza. “Yéndose”: justo eso es lo que he estado persiguiendo y relatando. Una palabra en movimiento que no tiene ni origen ni meta; un puro fluir constante, tenaz, inacabable como el vuelo de la langosta en el océano, hasta morir, hasta ser matado.

Ahora que lo sé, me digo que quizá no, así que finjo detenerme una vez más.

Soy cruel. Eso es lo que pruebo ahora renovadamente: mi crueldad cuando veo al hijo debatirse dentro de mi puño mientras simulo detenerme y detenerlo.

Pero también pruebo la crueldad en la otra acepción del término, igual que se mete la punta de la lengua en un sabor desconocido. Una y otra vez la lengua para probarme a mí mismo en la crueldad, para saborearme, mientras soy pertinaz en la reiteración de la pregunta —¿por qué no pueden detenerse? ¿Por qué si de todos modos avanzan hacia la muerte?—. Y yo pertinaz en la única respuesta que perversamente brota de mí: acorto el paso, acorto el paso, acorto el paso.

Es un vicio probarse y probar a otro, mientras vamos moviéndonos perpendicularmente a los asfaltados caminos y terregosos senderos, sesgadamente a las sinuosas sendas y empedradas vías, sin tomar ninguna de estas trayectorias hechas, apenas atravesándolas nosotros porque ya no hay otro modo de moverse por el mundo que no sea en cruce o por afuera: suelto su mano para ver si el niño quiere seguir junto a mí.

La suelto y compruebo cuánto tarda en traerla de nuevo a mi mano. La verdad es que creí que iba a correr. Y la segunda vez y la tercera y cada una de las ocasiones en que le devuelvo su libertad. Supongo que cada vez conozco menos a la niñez.

Luego me sorprendo pensando “un niño normal echaría a correr”.

Y luego, “¿echaría yo a correr tras él?”.

Un niño normal.

¿Un hombre normal?

Como si yo hablara con un niño normal, le digo:

—Sigue adelante... Ahora voy.

Y funciona.

Así que me detengo sin él.

Trinchar la vida y la muerte con una punta de hierro, de madera, de carne. Es otra niña empalada la causa de mi detención. Lo que veo es una narrativa que no nos cansamos los hombres de seguir volviendo realidad: la homicida tradición de matar violando. Podría yo cerrar los ojos, fingir ceguera, callar, pero la niña continuaría sentada aquí rígidamente. Le pido perdón a la niña y me ubico a su espalda. Esta vez no relato preguntándome por los testigos y los escuchas ni por la impertinencia de contar lo que nadie más ve. Relatar historias es regalo en espera de un regalo. Relato que meto mis manos bajo las axilas de la niña y que a tirones y a rasgaduras aterradoras destruyo esta historia como maldición.

Las historias existen para ser destruidas y eso es lo que he hecho.

Toda historia carga su utopía: “ahora la niña descansa de espaldas sobre el césped... acaso sólo duerme”.

Duerme, pequeña mía, duerme que cuidaré de ti...

Estaba acucillado con la niña dormida cuando escucho el golpe. Lo sé de inmediato. He llegado sabiendo que de nada serviría mi loca carrera, pero me he encontrado no con una escultura sino con dos, aunque es una la que todavía se mantenía intacta. He logrado pescar al hijo antes de que la derribe. Le doy un bofetón y lo alejo de la niña de piedra.

—Yo cuidaré de ti —le digo como a la otra, a la viva, a la bella durmiente de mi utopía.

Es la niña más pequeña representada hasta ahora por el escultor. No tendrá más de cinco años. Está metida en un suéter que le da a las rodillas y cuyas mangas le cubren por completo los brazos. No puedo evitarlo. Hundo dos dedos por la abertura estrecha de una manga y topo increíblemente con los nudillos de una mano empuñada al interior del suéter, cincelados espléndidamente los pliegues de piel y el diminuto pulgar y cada dedo.

Sabiendo que estoy ante una soberbia pieza de arte, miro los fragmentos dispersos de la otra creyendo reconocer dolorosamente un brazo entre tanta arrugada piedra, y luego descubro, bajo trozos ya sin forma, parte de la cara. Es una pieza extraña ésta. La mejilla unida a una nariz respingona por cuyas aletas emergen goterones de moco. La pieza se corta justo en el agrietado labio superior, y no puedo sino pensar que quien ha hecho este portento ha dejado de existir o no es de este mundo.

Hay obras de arte que son más que arte y más que obras. Testamentos. Un último mensaje antes de abandonar el mundo.

Lo imagino trabajando amorosamente las piedras y llevando sus obras a los parques, a las escuelas, a ciertos jardines, a todos los sitios que durante los últimos cien años fueron construidos especialmente para niños. Lugares ahora desiertos, territorios de pronto inútiles, de pronto agrandados en su despropósito.

Me vuelvo y busco con la mirada un indicio para explicarme por qué aquí. ¿Qué hay en este desierto paraje que les haya pertenecido a los niños y cuya memoria reclama?

Sólo veo mundo, montones de mundo ajenos a cualquier infancia, completamente indiferentes a rasgos infantiles humanos, montones de inhumano mundo rodeando esta estatua como una boca a punto de engullirla.

El hijo se ha adelantado en una nueva dirección. Le doy alcance, pero no hago nada por cambiar la ruta, por retomar la ruta. Si él actúa como los demás, si los demás actúan como él, entiendo al fin. Lo pienso pero no lo creo. Si yo no me creo a mí mismo, ¿qué puedo esperar de quienes escuchen esta historia que relato? Caminamos hombro con hombro pero ya sin entrecruzarnos de manos. Él no se deja distraer por nada ni siquiera por mí. Lleva el cuello duro y la cabeza obstinadamente dirigida al frente. Desde mi estatura veo un par de remolinos en su pelo oscuro, y anticipo que peinarse será una de las empresas de su vida. Advierto que siempre hemos pensado así a los niños, hacia el futuro, hacia la adultez. De modo que prosigo mirándolo pero intentando meditar lejos del pronóstico de lo bien o mal que viene equipado para el mundo, de lo poco o mucho que el mundo se ensañará con él. Veo entonces su agotamiento. Pienso que quizá piensa ahora en aquello que no pensó cuando dio el primer paso fuera de su casa, en las dificultades que desdeñó su inteligencia, pero que en este instante le han caído encima. Pienso que va pensando con su cuerpo entero esos pensamientos que son todo menos abstracciones, ideas hechas de dolor y de necesidad y de vacíos, entendiendo no con la cabeza sino con cada milímetro de piel y con cada estrato de su interior los significados de “sed” y de “hambre” y de “fatiga”.

“No lo merece”, pienso yo para sacudirme la dictadura de la tradición iconográfica donde un adulto lleva al hijo sobre los hombros, “yo no prometí esa ayuda”. Las piernas de un niño en torno a un cuello adulto es un icono que no hubo de ser legado de generación en generación. Alguna madre o algún padre debieron de obstaculizar el relevo: oponer un acto a ese acto, una palabra a esa palabra, una imagen a esa imagen. Si el adulto que lleva aupado al niño de las sagradas imágenes de nuestra

tradicón toma al niño por las axilas y lo hace girar en torno a su cuello, da principio el fin de la inocencia.

Si hay un cuello para romperse, ése es el cuello de los adultos.

Yo soy un adulto, así que debería romperme el cuello.

Después acepto que la tentación no me doblega porque adivino que, a pesar de su inocencia, el hijo me rechazaría antes de conseguir auparlo.

Huelo la tufarada de amoniaco y sé que se ha orinado sobre la ropa, sin detenerse.

Eso, sin detenerse. Él no se detiene. Y entonces no ha comido, no ha dormido...

Según nosotros, no hay niños así.

¿Hay peor imagen que una infancia demente?

Si todo está dibujado con nitidez en su piel —el dolor, el hambre, la demencia—, ¿dónde anida entonces su duda? Repaso su cuerpo y no encuentro ninguna expresión sombría o gesto, actitud, conducta donde pueda yo darle veracidad o inventarle verosimilitud a una posible vacilación.

—Yo siempre tuve dudas —le confieso—... Quizá por eso no encontré otro modo de ser adulto que con historias... Sólo he aprendido a contar historias... para ofrecerme compañía y para darme un simulacro de alma y acaso para ofrecerme un poco de ternura que me alivie de ser yo.

No puede ser que entre millares y millares de niños, nadie titubeara.

—¿En qué momento? —le pregunto.

Le pregunto: “¿quiénes?”

—¿Y qué sucedió? —le pregunto.

Y le pregunto: ¿qué hicieron esos primeros dudosos, los escépticos iniciales?

—¿Propagaron el contagio de la vacilación?

—¿Alguien se atrevió a murmurar “volvamos a casa”?

A casa.

A casa.

¿Cómo se defiende este chico contra la frase? ¿Cómo se han ido enfrentando a ella todos los niños de la hijada? ¿Cómo pueden ir dando un paso y otro contra la tentación del regreso?

El rumor decía que los hombres y las mujeres que intentaron detener la marcha terminaron convertidos en una masa de huesos rotos y en un lodazal de vísceras.

¿Y si fueron niños, escépticos niños que pretendieron detener la marcha poniéndose al frente, girándose, encarando, extendiendo los brazos?

Miro al hijo.

Lo que contemplo son antiguas leyendas, manidos cuentos de hadas, historias que de tan viejas nos parecen irreales pesadillas. Los niños amenazados. Ya por delirantes reyes, ya por voraces ogros, ya por brujas, ya por demonios, ya por padres que mueren de hambre. Lo que veo es miedo.

Cada vez que cruje el tronco de un árbol o los arbustos parecen cobrar figuras humanas, la mano del hijo regresa inevitablemente a la mía y se guarece allí como si de una cueva se tratara.

“¿A quién le temes, hijo?”, es la pregunta que tendría que hacerle.

La marca que pone fin a las inocencias infantiles es una marca rara. Una marca no hecha para crear repulsión, sino para crear atracción. Una marca impresa al rojo vivo en todo el cuerpo

para atraer adultos. Lo infame es que después uno empieza a crecer a pesar de eternizarse en la infancia. Convertido en adulto sin dejar de ser niño y descubriéndose atraído por uno mismo. Como si un canto de sirena no dejara de brotar de nuestra propia boca.

—Te has salvado de la marca, hijo.

Veo al pequeño e indefenso hijo, corto de todo, demasiado suave todavía, abatible en cada una de sus fuerzas, a merced de cualquier otro ser que decida victimarlo.

—Lidias sólo con el carácter amenazador del mundo —murmuro, y pienso que podría retirar entonces mi mano de la suya, llevarla a su cuello y encarnar para él tal carácter amenazador del mundo con el fin de ayudarlo a terminar.

Con una sola mano, sin ayuda de la otra.

—No tengas miedo, hijo... Aquí estoy contigo.

El carácter amenazador del mundo, vuelto lenguaje en las preposiciones del terror —“contra”, “sin”, “tras”—, en torno a una sola palabra: “niñez”.

¿Y por qué no el carácter amenazador de la vulnerabilidad? La vulnerabilidad de los niños que nos acompaña y nos sobrevuela y nos mira y nos espera vayamos donde vayamos para irnos transformando, a fuerza de roce, en posibles, eventuales, prácticamente futuros mataniños.

Enloqueciendo yo también me pregunto (¿del lado de quién estoy para haber llegado a este pensamiento: de mis restos infantiles o de mi ruina, ruindad adulta?).

Los santos inocentes, la última cruzada, Noé impidiendo el paso de los niños hacia el arca, “dejad que los niños vengan a mí”, todos los Barba Azules y Herodes del mundo, y todos los ogros de las fantasías: mataniños, comeniños. Tantas narrativas ocupadas en el trabajo de relatarnos esta historia para que no

la olvidemos, para que no se nos olvide en el mundo humano cómo volver a contarla no con las palabras sino con las manos. Las alegorías son racimos que lejos de perder uvas las ganan. Redondas mentiras arracimándose en torno a la primera para sostenerla porque una alegoría busca cumplirse hasta sus últimas consecuencias. Metáforas completándose para ayudarse a ver pero no para ayudarse a pensar.

Esta alegoría de la plaga de la langosta, por ejemplo. Para atacar a las langostas ya crecidas, ya en vuelo, ya en voracidad, algunas personas ponen de su parte a las gallinas y a los cerdos. Apenas aterriza la nube de insectos en los campos, el pico de las gallinas y el hocico de los cerdos se precipitan contra esos cuerpos comprimidos, oscuros, surcados transversalmente, saltones, alosos, de cabezas descomunadamente desproporcionadas, y se los comen. Barbazulados cerdos y ogrezcas gallinas convertidas en monstruos por alianza a nosotros, hartándose de criaturas que fallecen a crujidos.

El redondo fruto metafórico que sumo al racimo: ¿a qué sabe la carne que blandamente muere sin sonido?, ¿a qué sabe la carne de los niños?

Luego los propietarios de gallinas y cerdos pagan este pacto antinatural cuando pretenden tragarse a sus aliados y la carne blanca de las gallinas y la carne roja de los cerdos —en apariencia similar a todas las carnes blancas y a todas las carnes rojas que han pasado antes por su boca— resultan incomibles. El sabor de los cerdos y de las gallinas envenenada por la langosta.

—¿Qué te gusta más, el puerco o el pollo? —*¿Devorar la piel blanda y sonrosada de un humano todavía tierno, todavía en ternura, envenena también? ¿Quién, por otro lado, pretendería masticar la carne de un mataniños para comprobarlo?*

El sabor de una verdad envenenada por una metáfora.

Bajo la cabeza y veo al hijo en su tenaz caminar.

Miedo es lo que veo en cada cosa que hace o deja de hacer. Por ejemplo, el pasarse el antebrazo por los ojos una y otra vez para que esta llovizna que recién comienza a caer sobre nosotros no lo enceguezca ni siquiera por un instante.

Es fácil la interpretación cuando una palabra se vuelve el centro y todo lo demás empieza a orbitar en su derredor.

Miedo.

Sólo el miedo explica que no haya dudas, que no haya metas en esta marcha, que no haya treguas. El hijo no duda ni se detiene porque no puede hacer un alto, porque no puede poner un alto en lo que sea que venga detrás.

Contra el miedo. Ante el miedo. Bajo el miedo. Hasta el miedo. Para el miedo. Sobre el miedo. Entre el miedo. Desde el miedo. Por el miedo.

El cadáver de este niño al que nos vamos aproximando está sostenido entre dos pértigas que alguien le ha hecho pasar por debajo de la ropa como a un verdadero espantapájaros. Le han cortado salvajemente las manos y le han puesto en su lugar varias ramas espinosas. Si el hijo sigue adelante obviando este mensaje brutalmente amenazador que le ordena detenerse es porque lo que tiene tras de sí, a su espalda, acercándosele —lo entiendo— debe ser infinitamente peor.

¿Qué puede ser peor?

Pero ahora sé que es algo más grande, más colosal. “Salir de aquí” es una frase que yo pensé propicia para el inicio de esta historia muerta. He venido avanzando con la creencia de que tal consigna sólo había sido útil para consolidar ese paso primero. Una vez transpuesto el umbral de la casa y abandonado el

dominio del hogar —creí—, ya no podía ser una frase útil. “Salir de aquí”. Al parecer la frase es más útil que nunca.

Traspusieron la puerta; han transpuesto la ciudad suya, fueron transponiendo los campos próximos y otros pueblos y otros valles que les servían de horizonte, como si “hogar” fuera una palabra descomunadamente mayor a la sencilla arquitectura de una casa.

“Salir de aquí”, “salir de aquí”, “salir de aquí”, “salir de aquí”.

Así me suenan —a esta avanzada altura de la historia— los pasos del hijo.

“Salir de aquí”, “salir de aquí”, “salir de aquí”.

Había estado tentado durante buena parte de esta historia a decir “simplemente dieron un paso fuera de casa”, y repetirlo y repetirlo —“simplemente dieron un paso fuera de casa”, “simplemente dieron un paso fuera de casa”— para contarle así al mundo que los niños le concedieron dignidad al hecho más insignificante.

Un paso.

La fuerza de la pequeña hazaña.

Yo también hice esa pequeña hazaña... pero después del paso, el cuello se parte tan rápidamente que uno apenas tiene tiempo de notarlo. ¿Y qué prometen mis pasos, ahora que entiendo que no hemos venido pisando sobre lo mismo? Al hijo no le asustan los espantapájaros ni el mundo inhóspito porque esperanzas razonables tratan con temores razonables. Lo suyo es irrazonable y entonces su fe debe de haber estado loca desde el principio. El tamaño de la fantasía revela el tamaño de la amenaza: salir del mundo.

—¿Y a ti quién te contó la historia? —eso le dijo el hijo a la madre.

—¿Me cuentas otra vez la historia? —eso pedían obstinadamente los niños vestidos de adulto y marcados por la perversión.

Una historia trenzada con metáforas da como resultado una alegoría. Tengo que creerlo para atreverme a esbozar una pregunta que por fin se dirija hacia el origen de todo esto, hacia una posible causa. ¿Ha sido una historia el principio de todo esto? ¿La niñada, hijada, gran plaga de niños, o como quiera que se le llame, nació por un cuento?

En el éxodo de aquel pueblo de madres que ya no eran madres y de padres que ya no eran padres yo dije “cargo una historia”, para no sentirme menos frente a las personas que jadeaban bajo el peso de su vida envuelta en fardos. Ahora no me atrevo a jactarme de ello frente a la prodigiosa historia de este niño que ha movido a tanta humanidad fuera del mundo.

—¿Cuál es la historia? —le pregunto— Por favor, cuéntamela.

Mi historia sólo me ha movido a mí.

Él permanece mudo y yo miro el vacío que se cuele debajo de sus axilas, el vacío que se extiende a sus espaldas, el vacío que se levanta sobre él, como si fuera posible vislumbrar las dimensiones de la enorme carga que él sostiene en vilo, las mayúsculas palabras que, acomodadas en cierto orden, le han contado una historia imperdonable: para no perdonar, para no ser perdonados, para que no haya perdón jamás.

—¿Ustedes escucharon la historia o ustedes la crearon? —eso le pregunto.

—¿La crearon o la escucharon? —no espero respuesta.

—¿Sobre qué trata?... ¿Para qué es?... ¿Según quiénes?

C t r h s o r a

—Hay cosas irreales que no son falsas.

Lo digo en parte para él pero sobre todo para mí, pues estoy comenzando a oír una palabra en el mundo donde antes sólo se dejaba escuchar el silencio del mundo, una palabra inexistente que está pretendiendo abrirse paso hacia la existencia: contra-historia, antihistoria, ahistoria.

Algo que no quiere solamente antagonismo porque entonces orbitaría en torno al mismo referente del que busca liberarse.

Airotsih, hirtosia, raitshoi, sariotih, traishio, riatoshi, ihorasti, ositiarh, atsirioh, ihartosi, oristiah, asitorih, tisihora, saortiih, torishia, sitiaroh, atosihi, athrosii, atrohsii, hatrosii...

Caigo rendido mentalmente porque si no sé salir de los límites de la palabra “historia”, ¿cómo puedo llevar mi oído hasta el bautizo de la palabra que recién nace?

No tengo el concepto pero sé lo que define. Toda historia (mito, crónica, leyenda, memoria, cuento) es un contrato, es un consenso, es una herencia. La damos a otros porque a través de ella hacemos relevo no sólo de reglas, significados y símbolos. Nos congratiamos o nos desgratiamos por intermedio suyo. Eso. Las utilizamos para contagiar de nosotros a quienes vienen detrás, a quienes nos siguen en el ciclo eterno de padres a hijos y de padres a hijos.

Historias, sin embargo, seguras en su gracia o en su desgracia porque no van más allá de los límites del mundo ni de la existencia que llamamos “humana”. Por el contrario, reafirman los límites y nos preservan dentro de los predecesores y nos convierten a su vez en predecesores de otros. Una extraña manera de quedarnos en el mundo. Igual que todo filo permanece de

alguna manera en las heridas que le abre a la piel. Historias como cicatriz.

Toda historia es pétrea: pétreos los personajes, pétreas sus cualidades, pétreo el mundo que les hemos levantado en torno. Pétreos incluso los fragmentos, como la escultura de este niño o niña despedazada por un destructor que se le ha anticipado al hijo.

La Ositiarh que han escuchado o se han inventado estos niños es algo que ni siquiera puede llamarse cuento o crónica o leyenda. Algo que se ha sacudido nuestras categorías y se ha ido más allá de nuestros límites.

¿No es eso lo que están haciendo los niños?: la pesadilla de abrir las manos y soltar todas nuestras herencias.

Entonces quizá ni siquiera es un duelo de narrativas, de épicas, de imaginaciones, de mundos, como le da por pensar a esta cabeza mía tan habituada al antagonismo.

Donde yo sólo logro escuchar el fragor de la batalla entre historias, quizá no hay sino el silencio de un ejército que espera. Todas nuestras cicatrices narrativas juntas coreando su historia ante un “enemigo” que no acudirá a la cita.

—¿Adónde vamos? —le pregunto al hijo.

Reconozco la falsedad del plural, pero no puedo salirme de él.

—¿Adónde vamos?

“He sido dejado afuera”, dije hace mucho, y luego supe que no, que con mis pertenencias y al interior de lo mío había sido dejado dentro.

—¿Adónde vamos? —me empecino en plural para no quedarme solo en la cruda intemperie del adentro.

Sé que nada nos resta en común, pero siento una admiración y un respeto que no encuentro otro modo de confesar.

—La mía está muerta, mi historia. Nunca aprendió a caminar; jamás dio un paso por sí sola.

Sea lo que sea que venga a su espalda, a espaldas de todas las hijadas; surgió de ellos, les pertenece, es su creación.

Una Ositiarh viva.

—Yo no tuve hijos —le confieso—. Me salí del relevo de padres e hijos... Ni padres ni hijos de mí... Puse fin a todos los que me precedieron y puse fin a todos aquellos que vendrían contagiados de mí.

Abstraído tardo en advertir que el hijo ha estado buscando ansiosamente mi mano. El motivo de su ansiedad está adelante. Hemos ido acercándonos por entre cortinas de lluvia sin que yo lo advirtiera. El hijo pudo variar la ruta como lo hizo antes, pero no lo ha hecho a pesar de que nuestras manos estaban desunidas. ¿Soy capaz de creer que él no se fue porque, a su modo, me está cuidando?

El motivo de su ansiedad es una nueva escultura y hay alguien más que, al costado, permanece rígido como si también fuera de piedra.

Por la presión de su mano en la mía, sé que el hijo preferiría no acercarse.

“Otro destructor”, pienso.

Pero aquél, el vivo, no da un empujón a la escultura. Por el contrario, se abraza a ella y nos mira desafiante.

“Mayorear”, resuena en cada resquicio de mi cuerpo.

Reconozco primero a aquel adolescente de mi ciudad que intentó defender a su hermano menor y luego, con incredulidad, empiezo a advertir el asombroso parecido del niño de piedra justamente con el hermano menor.

“Ser la piel de quien carece de ella”

Eso hemos hecho las madres y los padres por nuestros hijos desde el principio de los tiempos. “Enpielar”, “mayorear”. Quiero detenerme pero el adolescente comienza a gritar y a llorar rabiosamente.

—¡No! —es su único clamor— ¡No!

Lo veo y me duele aceptar que lo que veo es lo que debieron haber hecho las madres y los padres aunque fuera demasiado tarde.

Luego me doy cuenta, con una sensación de vértigo, que mi amoroso escultor ha sido puesto en duda. Me defiendo intentando visualizarlo con cincel en mano, rodeado de compases, con el raspador y el mazo de madera alrededor de bloques de mármol o de granito donde poco a poco va obteniendo mi escultor relieves humanos a fuerza de golpes cada vez más urgentes. Me obligo a escuchar la rítmica percusión mineral de su trabajo. Lo imagino empolvándose y sudando, y un fino lodo blanco barnizándole fantasmalmente entonces el rostro. Lo veo pasando con prisa de una piedra a otra, desesperado por devolver la niñez al mundo.

Después soy incapaz de seguirlo viendo. Como a golpe de una ventisca, se diluye de los ojos de mi imaginación y se evapora toda herramienta y todo bloque de piedra que ya cobraba forma infantil y toda firma suya que yo creí puesta al descubierto en las gotas que invariablemente aparecían cinceladas en la que supuse su grandiosa obra, en la que quise ver como obra más que humana.

Huérfano de escultor —que significa huérfano de explicaciones pero también de compañía, de hermandad—, mi cabeza se resiste todavía un momento: “Él y yo sabíamos”. “Él y yo sabíamos”.

Y luego la frase cae tajante como bajo cae el golpe de un enorme cincel.

De la desmoronada fe mía, rescato dos palabras: yo sabíamos.

Y entonces la pregunta “¿quién hizo las esculturas?” es sustituida por otra absurda: “¿qué hizo las esculturas?”

“¿Esculturas?”

Y llega el silencio porque he rozado una de las puntas del Ositiarh.

Camino a través del espacio que se abre entre dos ideas, ciego para otra cosa que no sea la nostalgia por aquella imagen cinceladora que me albergaba y ciego también por la nueva imagen que se va formando en su lugar y me empavorece.

Una vieja arquitectura mental se ha erguido en mi cabeza, y doy un traspíe que casi me lleva al suelo.

Hay un detalle que no había sabido significar sino hasta ahora. Todas las esculturas que hemos contemplado en el camino mostraban a los niños y a las niñas con la cabeza girada, como si se hubieran vuelto para mirar atrás.

—¡No! —soy yo quien grita ahora y cierro los ojos de mi inteligencia.

Podría comprobarlo en un instante pero me siento idiota solamente por pensarlo. Escupo la idea fuera de mí pero, como al escupir hacia el cielo, la idea regresa y me baña.

“No son esculturas”. Esta vieja arquitectura mental que se ha adueñado de mí me trae visiones de estatuas de sal, estatuas de piedra, de todas las petrificaciones que han sido castigo a la mirada.

¡Cuántas historias humanas legando la cicatriz de generación en generación con el mandato de no mirar aquello que

nunca debió ser mirado! ¡Cuántos mitos e historias aterradoras a la espalda del narrador que soy yo esperando a que me vuelva!

Es irrisorio y demente, y, sin embargo, me descubro temeroso de girarme dentro de esta historia mía, dentro de esta historia en solidificación donde lo pétreo va alcanzando a los personajes.

...

Luego recobro la cordura. Pienso en la cantidad de veces que he mirado por sobre mi hombro desde que comenzó esta historia. A la distancia, distingo que el hermano mayor continúa abrazado a la piedra. Eso es lo que hay a mi espalda. “Mi espalda”, pienso entonces, y avergonzadamente descubro que, a pesar de los restos cada vez más escasos de mi niñez, nada de esta historia ha tenido que ver conmigo.

La comprobación no me corresponde a mí sino al hijo.

A espaldas del hijo no hay historias, no hay pesadillezas y cicatrizadas historias nuestras, sino hay una verdad nueva en el mundo que yo he llamado “Ositiarh”.

Durante muchos minutos no pierdo de atención al hijo.

Aunque ya lo sé, me sobrecoge comprobar que él no se vuelva, que él no se ha vuelto ninguna sola vez, que incluso cuando su madre (y todas las que pudieron ser su madre) se quedó atrás, él no se volvió.

Piedra, de piedra.

La llovizna intermitente nos ha venido humedeciendo y ahora estamos empapados. El hijo estornuda y la pertinencia de su acto me permite subirme el cuello de la chaqueta y después, como si fuera natural, lo esperable, llevar mi mano a su cuello y dejarla allí. Así llegamos a la respuesta de aquella pregunta que hice tanto tiempo atrás. Yo pregunté en dónde habían quedado

los adolescentes dentro de este drama que tan abusiva y egoístamente se cerraba en torno a los niños y a los adultos, y a un único hermano mayor.

Es hasta esta avanzada altura de la trama que aparece la respuesta encarnada en adolescentes cuerpos que han ganado estatura y solidez con los años pero no humanidad.

La adolescencia es la edad afelial, el afelio humano: cuando más lejos estamos de lo que fuimos y de lo que seremos.

Los adolescentes son uno por ahora. Él se halla metido en una brecha del camino, pero yo me he puesto en guardia porque no hay nada inofensivo en esta edad humana. Él nos descubre cuando estábamos a punto de dejarlo atrás. Lo veo detener su perpendicular andadura y le reconozco el regodeo en su manera de abrir las piernas, llevarse las manos a la cintura y la-dear la cabeza.

Existe algo deliberadamente estúpido en la adolescencia, una brutalidad quizá necesaria para sobrevivirse y sobrevivir entre los suyos. Estúpido es el silbido que brota de sus labios y estúpida es la inmediata aparición de otros a su espalda; visibles y estentóreos ambos sexos; afirmativos en todas sus poses. En un instante están moviéndose con estúpida rapidez, armónicamente diestros y astutos. Intentan rebasarnos por ambos lados y obstruirnos el camino. Cuando descubro las pértigas en las manos de varios de ellos, sé quiénes han ido asolando a las niñadas.

“La humanidad contra la humanidad”. Lo que intuyo sin saber a ciencia cierta es que esto que van sembrando a su paso las poblaciones adolescentes del mundo es una especie de

venganza al nulificar a cuanto niño lo merezca y al dejar en su lugar el mensaje de un “espantapájaros”.

Yo tenía catorce años cuando invertí la amenaza: suéltame o te rompo el cuello.

Siento la mano del hijo que ha subido hasta su nuca para afianzarse de mis dedos y destrabarme de mis recuerdos. La causa es otro espantapájaros de ramas espinosas atadas a los muñones. ¿Dónde están sus manos decididamente abiertas para no recoger nada del mundo? ¿Qué hicieron con ellas? ¿Qué hicieron con los niños? ¿Qué le hicieron a toda la infancia encalada y mal metida en la tierra antes de matarla?

—¡No! —rujo— ¡No! —para no tener que descuajar niñas muertas sentadas en la tierra.

“Mayorearse a uno mismo”, tendría que ser la única empresa en la infancia y en la niñez humanas.

Mi furia viene de saber que esta vez puedo cambiar la historia. Lo que hago, paradójicamente, es adolescentarme y precipitarme así en una salvaje euforia contra el joven de la pértiga cuando más cerca está de mí. Simplificado instintivamente para no dudar ni dejarme maniar por los escrúpulos, le arranco el sólido palo sin que él atine a reaccionar y, con una cualidad que es suya, de su edad, le rompo la cabeza.

Él cae como si hubieran desaparecido sus piernas. Se desploma vertical, pesadamente, como tragado por el suelo. La imagen me provoca una risa estúpida. Ríe como un imbécil mientras comienzo a tirar palazos a los otros, impidiéndoles alcanzar el frente. A fuerza de despiadarme —que es la cualidad robada a la despiadada edad suya— tiro a dos más, antes de que los adolescentes cambien su estrategia, se olviden de mi hijo y me rodeen.

No hay humor en sus gestos; ellos están cómodos en su afe-lio, mientras yo no paro de reír a carcajadas para defenderme de este violento y filoso bajopiel adolescente que hace tanto tiempo no resucitaba en mí.

—¡Son feos! —les grito— ¡Ustedes son lo más feo que hemos creado! —y me río hasta babear, hasta orinarme.

DESPUÉS DE MI FINAL

Despierto.

Lo primero que despavoridamente advierte mi cuerpo, antes de recordar quién soy y qué hago sobre un suelo encharcado, es que no tengo el cuello roto.

Lo sé desde todas las magulladuras y todas las heridas, a fuerza de punzadas, espasmos y temblores, a ramalazos de dolor que me señalan la poca profundidad y la poca fuerza que faltó aquí y allá para que los daños fueran fatales.

Viendo la sangre que serpentea sobre la charca donde estoy hundido a medias, siguiendo, con el único ojo que se mantiene a flote y a ras del agua, esa marea roja que la llovizna pellizca y va desgajando en filamentos, me reconozco al fin. “Soy yo”.

“Soy yo” tiene miedo de moverse. Miedo de intentarlo y no poder hacerlo. Se revisa mentalmente pretendiendo anticipar si sufre algo sin compostura debajo de la piel. Y entonces lo recuerdo al fin.

“El hijo”.

En realidad he pensado “mi hijo”.

Dejo caer la cabeza en la parte más honda de la charca y el agua me entra por el segundo orificio de la nariz y acaba por cubrirme el ojo único, ojo vidente. Ciego y en ahogo, intento

completar lo que los adolescentes no pudieron. Aprender a morir. Nunca es tarde para aprender a morir. Resulta que no quiero saber si ellos le dieron alcance al último niño del mundo. No hay otro lugar al que me vaya a llevar esta historia. A la verdad.

Ahogándome reconozco que mis huesos rotos están cintura arriba: una clavícula, algo dentro de la funda que llamamos brazo, seguramente un par de costillas porque me duele respirar. “Falta poco”, pienso cuando comienzo a respirar agua por la nariz y por la boca. “Cuando le faltaba tan poco”, surge esta idea agónica como una réplica. Y en mi memoria chapotea el recuerdo: “A mí me falta un día, mamá”.

¡Un día!

Y saco la cabeza de la muerte. Y tosiendo busco con mi único ojo indemne la ubicación del sol en un cielo empantado. Ahora que he perdido a mi hijo es cuando descubro que no puedo perderlo. Se me revela que dentro de mi paternal mayorearlo, enternecido y todo, en realidad he estado caminando de su mano hacia una respuesta. Cierro mi único ojo porque no quiero pensar que lo que he venido protegiendo no es un niño sino una verdad en proceso, una verdad en camino, una verdad en formación.

Me vuelvo hacia todos lados y no veo sino un verbo de la naturaleza, como si no hubiera lugar en el mundo donde no estuviera lloviendo; llueve aquí y llueve allá, cortinas de agua en todas las rutas posibles que se despliegan frente a mi ojo y por donde mi hijo, de poder huir, hubiera huido.

Me pongo de pie y, erguido sobre la mitad del cuerpo que no tiene huesos rotos, sonambuleo hasta que mi ojo topa en una charca con un abalorio amarillo. Todas las probabilidades en

contra y, sin embargo, comienzo a trazar circunferencias cada vez más amplias desde el sitio donde recogí el abalorio hasta que logro dar con un segundo abalorio, éste verde. Entre los dos me han regalado un rumbo.

Me apresuro abriéndome paso en las capas de lluvia, aterido por una doble aprehensión. La primera aprehensión: que de pronto, en medio de ninguna parte, deje de encontrar abalorios en el suelo... y entonces quizá halle una mano, desprendida de su brazo, con los abalorios restantes; la segunda aprehensión: que lo que yo encuentre tras una cortina de agua sea al hijo sentado rígidamente como un mensaje para mí, para mi memoria, para la maldita tradición, como una promesa de continuidad más allá de mi final.

En la trigésima sexta cuenta —una pieza mellada color naranja— veo guarecidas de la lluvia a las mujeres. No identifico quién es la partera y quién es la madre que acaba de dar a luz. Debería ser un maravilloso renacimiento del futuro, pero no reconozco al bebé, no lo reconozco como bebé.

No soy yo; tampoco es culpa de mi único ojo.

No hay imagen semejante en ninguna pintura, en ninguna fotografía, en ningún recuadro cinematográfico, en ninguna pieza de mármol ni en ninguna partitura ni en ningún poema, porque la imaginación humana nunca llevó el arte a tal inhumanidad.

No sé ver lo que ninguna cultura, civilización, comunidad del pasado necesitó ver nunca. Pero eso llora y se mueve, sin embargo.

Cada vez que un enjambre de langostas hace un alto y se posa en el suelo, no sólo propaga la desolación. En la tierra entera, pero también en las frondas de los árboles, en las casas, en

cada relieve que se levante sobre la planicie del mundo deja abandonada, espolvoreada, pues, a la futura descendencia. Un inconmensurable mundo de huevecillos sobre el mundo que condenaría a la entera humanidad a una sola ocupación si decidiéramos acabar con ella para siempre. Inactivos todos los seres humanos para nada más que el quehacer del exterminio, vertiendo venenos y ácidos y hervores y la completa inteligencia en la colosal empresa de aniquilación de aquello que todavía no existe.

¿Y si no hubiera huevada tras la marcha de un enjambre? ¿Si se diera ese milagro? ¿Si por una única vez se cumpliera la omisión de esa pesadilla latente bajo sus pies y se cortaran los relevos y nunca más hubiera descendencia?

Entonces sabríamos que la naturaleza se ha puesto del lado de la otra especie en la contienda, junto al ser humano, por ejemplo, en esta contienda nuestra contra la langosta.

Hoy la naturaleza se ha puesto de parte de todas las especies que no son la humana.

¿Se puede torcer un cuello dentro del vientre materno?

Por asco, por vergüenza, compadecido de ella y de todos nosotros, me obligo a no mirar por sobre mi hombro, adonde va quedando cada vez más a la zaga la madre que rompe eso que parece ser el cuello de su criatura.

“Como una piedra”, pienso, “el bebé era como una piedra”.

¿Qué narraría la Ositiarh acerca de la frialdad, la dureza, el inocente estatismo de las piedras? Trato de hacer memoria. Una lejana noche estuve escuchando repetir a uno de los niños del rezago lo que debió ser su Ositiarh. Me mortifica saber que estuve la noche entera a unos cuantos pasos de la historia y no

supe introducirme en su radio de alcance, en su contagio, en su secreto. “¿Qué es lo que saben?”, me pregunto para no pensar que hace tiempo se cumplió una de mis aprensiones y no ha aparecido más ningún abalorio en el suelo. ¿Quién me regala su Ositiarh?, es lo que escucho producirse con el sonido siseante que sale de mi boca por causa del pulmón atravesado. Usé la camisa a fin de hamacarme el brazo en cabestrillo y pensé “sin una mano, listo; sin un ojo, sin una mano, sin un pulmón”.

Cuando mis pies se hundan en el barro hasta los tobillos, lo imagino a él chapoteando también. Cuando una ráfaga de viento me pone a tiritar, también lo imagino tiritando. Me ayuda este fantasear en eco. Sé que no hay nada enfermizo en ello mientras no termine diciendo “a mí también me resta un día”.

Menos, mucho menos de un día, ya casi nada de un día. A él.

Tengo la sensación de que podría caminar así hasta el fin del mundo.

Es una impresión falsa y no me importa.

Puedo caminar así hasta el fin de mi existencia y con eso me basta.

Deliro. Voy de pronto indiferente, de pronto conforme y resignado, de pronto degradándome y degradando la idea de humano, degradando y degradándome en la idea de humanidad que encarno conmigo. Y no me importa en realidad. Avanzo y deliro.

Dije que todo acto es siempre tradición. Poner un pie después de otro es horma de todas las conquistas pero también de todas las huidas, dije. ¿Y si esta huida no es original y única como he venido creyendo? ¿Una horma legada por otras hijadas?

Avanzo y me interrogo. ¿La verdad poética siempre es vestigio de una verdad de la experiencia? ¿O el hecho de imaginar revela no necesariamente hechos sino condiciones propicias para que lo poético suceda?

¿Qué hubo?, en resumen, ¿motivando a esta hijada: poesía (su Ositiarh) o huellas de otras hijadas extraviadas en el cíclico olvido?

Deliro.

“No ha sido la primera vez”, me fuerzo a pensarlo. Me obligo a habitar en esta idea, y lo primero que descubro es que, de ser cíclicas las hijadas, entonces caen fuera de la narrativa, porque la narrativa sólo relata la excepción. *Una vez, había una vez, hubo una vez, habrá una vez*, inicios narrativos siendo pisoteados por migraciones cíclicas de niños en cada ocasión que el mundo adulto les clausura las opciones.

El rompimiento máximo entre una generación y otra son tres sustracciones: “ni confianza”, “ni credibilidad”, “ni capacidad de reconocerse”. No confío, no te creo, no sé quién eres.

Deliro. Matar al antagonista siempre ha sido el recurso extremo en nuestras historias para resolver la desavenencia. ¿Quién es aquí el antagonista?

—¿A quién mato? —le grito a la lluviosa nada.

—¿Quién me mata a mí? —desafío, pero sólo siento el silencioso deslizamiento de las gotas por mi rostro.

Avanzo y deliro.

¿Y los niños? ¿Se salvaron? ¿Se sacrificaron? ¿Dejaron sin futuro a la entera humanidad? ¿Se trata verdaderamente de una aniquilación absoluta o están esperando en algún sitio a que nos muramos nosotros?

Sé que hay árboles y nubes y campiña donde sólo encuentro un remolino en mi mirada estrangulada. Como si yo viera a través del ojo de una aguja. Todo yo amenazado por los círculos en penumbras del mundo que van cerrándoseme alrededor.

“¿De qué lado estás, mundo?”, pienso.

Con minúsculo diámetro de visión, descubro al fin al hijo.

“Gracias”, piensa todo mi cuerpo.

No profiero ningún llamado. Contengo ese primer impulso eufórico de gritar porque acabo de entender lo que sucedió con el mayor y el menor de los hermanos.

“Que no se vuelva”, rezo en silencio. Es mi oración: “Que no se vuelva”.

Y me limito a mantenerlo dentro de mi ojo mientras voy acortando la distancia que todavía es mucha.

Descubrirme esperanzado me sobrecoge.

Para acallar la tenacidad de mi esperanza me pregunto cruelmente por qué alguien se detendría para abrazarse a lo que teme.

Los niños de la última cruzada cristiana atravesaron países hasta llegar a la playa; fueron aglomerándose en las orillas del mar y empujándose por estar al frente del milagroso momento en que las aguas se abrirían y Dios les permitiría el paso y reconquistarían así Jerusalén.

Aquí no hay orilla ni umbral ni puerta, nada que pueda ser transpuesto, cruzado, alcanzado porque en las huidas no existe nada de esto.

¡A qué estupideces nos conducen las historias! Si la única razón de un movimiento en fuga es no ser alcanzado, entonces

ahora mi hijo huye de quien comienza a darle alcance: Yo...
Como si yo fuera lo temible.

Mero testigo, yo.

Yo, apenas narrador.

¿Para qué entonces narro esta historia donde yo me estoy volviendo culpable?

Supongo que es efecto del delirio, la fatiga, la ceguera y la esperanza tornándose desesperanza.

Las metáforas son como langostas: se instalan inofensivas en el mundo, lo siembran de huevecillos y luego lo devastan.

¿Una plaga de imágenes asolando a una época entera? ¿Es eso la Ositiarh?

Y yo el ogro, el mataniños.

Veo al hijo cada vez más grande en esta mirada mía y recuerdo la manera en que mueren las langostas viejas: se inmovilizan y comienzan a desmembrarse sin aparente causa, se desintegran.

Entre más cerca mayor es la sensación de que el hijo va dejando tras de sí una estela de solemne pesadez. Nada leve queda a su paso. Algo solidificándose en el mundo a su espalda, que es mi frente, por donde yo, a contracurso, intento abrirme camino.

Alguien (y me pregunto con intención de qué) hizo el experimento de descabezar a una langosta. Por unos instantes su voracidad no se inmutó y la cabeza desprendida siguió comiendo.

Si esta historia no estuviera muerta, diría que la idea de narrarla era ceñir uno de los corazones blancos de la desgracia humana, al menos rozarlo, estar cerca de acertarle, de modo

que mi historia se fuera apoderando de más y más imaginaciones y colectivamente intentáramos una salida de esta blanca tradición.

Los niños de piedra eran blancos como el mármol.

Y los cementerios, de cal.

Y las niñas sentadas hasta vaciarse. Blancas.

Y los espantapájaros.

Toda historia refleja la tragedia de quien narra pero también de quien la escucha.

Toda historia le llora a quien la lee, pero al mismo tiempo le pide ayuda.

Esa es la otra idea de relatar. Convertirse en un médium y en llamado, en coro.

Algo que permanecía en estado latente en quien escucha y en quien leía, en suspenso, en olvido recibe las palabras esperadas por intermedio de quien narra la historia, y así se revive colectivamente una silenciosa pesadilla contra la que clamamos auxilio con tu voz y con mi voz.

—¡Hijo! —grito.

Pero al mismo tiempo me llevo la mano sana a mi propio cuello.

—Detente *o te lo rompo* —murmuro de modo que sólo pueda escucharme yo.

A pesar de la amenaza, intento seguir adelante, pero es esta historia mía (o esta historia a la que pertenezco) la que se ha quedado inmóvil.

No me muevo.

Nada se mueve en torno mío.

Nada sucede en este fin de la narrativa que no sean las gotas de lluvia, duras y frías, como cinceladas, sobre mi rostro pétreo.

Sin complicación que no sin complejidad, planteado de un modo breve y conciso, sencillamente pero no simplemente para no confundir ni minimizar las cosas: el hijo ya no está conmigo.

En todas las historias de todos los tiempos, aquél que narra acaba cansándose de su propia voz y calla. Al final siempre calla. Mi voz, petrificada como yo, sin embargo, no tiene modo de retornar a su silencio. Es un sonido que se alarga como lava endurecida desde mis pulmones hasta la boca entreabierta. De allí brota el surtidor eterno, una fría escultura de lenguaje que yo rodeo con mis labios como si de una estaca se tratara.

—Hijo.

Pero él ya no me escucha.

Eso grité.

—¡Hijo!

Justo cuando, de un paso a otro, él desapareció.

De un paso a otro, del paso penúltimo al paso último.

Simplemente dio un paso, el paso final de tres días de pasos ininterrumpidos, y se desvaneció el último niño del mundo antes de completar el giro de cabeza que estaba por convertirlo en piedra por mi culpa.

Tres días caminando sin parar te saca del mundo.

—¡Hijo! —permanezco gritando dentro de un reino silencioso ya sin preguntarme quién inventó este cuento, este mito, esta creencia.

—¡Hija! —dentro de una rara historia que al fin se ha petrificado.

—¡Hijo! —y entonces en pedregosa espera yo.

—¡Hija! —y entonces en esperanza pétrea el mundo.

—¡Hijo! —hasta que alguien, ojalá, me devuelva el regalo de esta historia haciéndose pedazos.

—¡Hija! —y haciéndome pedazos.

Revloved arohseay, matapadres

I

Los padres y los hijos, en las orillas de esta ciudad, se despiden.

Si alguien recorriera las terminales de autobuses y de trenes y llegara a cada una de las tres avenidas principales que hacia el norte, hacia el oeste y hacia el sur van ensanchándose, alargándose, alejándose de todo para terminar convertidas en autopistas, sería testigo de una escena similar de adiós entre adultos graves, ceñudos, impecablemente ataviados y menudas criaturas de vestidos flotantes y pantalones cortos, maleta a los pies y mirada desmesuradamente triste.

Las madres, los padres, las niñas y los niños están haciendo equilibrio con milimétricos acomodos y reacomodos musculares que ajustan y reajustan los puntos de apoyo en las plantas de sus pies para no venirse abajo desde las alturas arrogantes de sus cabezas que nada intuyen y así se despiden: ingenua, inocente, ilusa, incomprensible e ignorantemente.

Es en los pies donde sucede el verdadero adiós, y no en la cumbre de nuestra orgullosa posición erguida, donde los padres y los hijos —cara a cara, rostros trabajados por el tiempo frente a rostros todavía tersos— intentan convencerse de que se trata de una separación inofensiva.

—Yo también salí al mundo cuando tenía tu edad.

—Ya verán lo bien que se lo pasan.

Las mujeres y los hombres con el cuerpo levemente echado hacia el frente; con el cuerpo levemente echado hacia atrás, los niños; cóncavos y convexos, respectivamente; ajustables pero a punto de desajustarse, y comienzan a caer aquí y allá algunas silenciosas lágrimas, caen muchas manos grandes sobre débiles hombros incapaces de sostenerlas, caen algunas palabras hasta tocar el suelo.

Las palabras que caen son de los padres. Se las dicen a los hijos, pero los hijos no saben retenerlas, de modo que allí donde los pies hacen milagros de equilibrio se va arremolinando también este palabrerío como hojas secas.

Las orillas geográficas de la ciudad y las orillas lingüísticas de los pobladores existen para facilitar el alejamiento: anchas y rectas avenidas, horarios frecuentes en ambas terminales y trescientos sesenta grados de horizontes. Las frases que murmuran los adultos son fórmulas también anchas, rectas, colmadas de paisajes y enganchadas como vagones para que, de resistirse a una, los hijos sean arrastrados por la siguiente.

—Te vas a divertir.

—Imagina las aventuras que te esperan.

—Recuerda lo mucho que querías ir.

—El mar, hijita, te espera el mar.

Al final todas las frases, dirigidas a los estupefactos rostros infantiles, están intentando resumirles la vida que les espera en la breve separación, dicen, de los cuarenta días.

—Sólo cuarenta.

—Sólo cuarenta.

Es lo que repiten las madres y los padres, y es justamente lo que no entienden los hijos.

—¿Por qué no cinco?

—¿Por qué no dos semanas?

—Es mucho.

—Es más de un mes.

“Cuarenta” es la palabra que con mayor frecuencia desciende hasta sus pies.

—¿Por qué?

Quizá si los hijos entendieran la importancia de los mitos —por ejemplo, los cuarenta días de Jesucristo en el desierto— o de las medidas de prevención de la medicina —las cuarentenas, por ejemplo—, pero para ellos es una arbitraria aritmética de la separación.

Por encima de todo ese tiradero de palabras desoídas que ensucia las aceras, el mensaje es escaso: “volverás y aquí estaremos”... “Volverás y aquí estaremos”.

Al menos hay límite, un día último, para que suceda el retorno.

—¿Pero cuándo, mamá, en el cuarenta o en el cuarenta y uno? —dice una niña.

—Prométanlo... Prometan que de verdad estarán —dicen dos hermanos.

Y los padres sonríen y despeinan a sus hijos con sus bobas caricias.

—¿Y adónde nos vamos a ir, tontitos?... Aquí estaremos.

—Si hubiera alguien —dije al principio de esta historia.

Sí hay alguien, un testigo que recorre las orillas geográficas y lingüísticas de la despedida, mi testigo.

Es una persona extraña mi personaje.

Hombre sin hijos, y por eso sin trámite de adiós, va dando fe de este día cero, de este grado cero, de este punto cero cuando

está por dar comienzo el registro de la primera separación de padres e hijos que sucede sin drama, sin tragedia de por medio.

En cada orilla, los hijos y los padres forman una imagen poco frecuente si se piensa que está sucediendo al mismo tiempo en todas partes. Por cada movimiento centrípeta hacia el interior de la ciudad se da un movimiento centrífugo que comienza a alejarse de ella. Lo dicho, una imagen infrecuente: mamás dándoles la espalda a sus hijas; hijos dándoles la espalda a sus papás.

“Volverás y aquí estaremos”... “Volverás y aquí estaremos”, así resuena cada uno de los pasos de los padres.

¿A qué suenan los pasos de los hijos?

Mi personaje vacila al ver el paso a paso que pone a los padres más lejos de sus niños y a los niños más lejos de sus padres.

Todavía acomodado de perfil en esta historia, gira él la cabeza hacia uno y otro lado para ver las espaldas estrechas, frágiles y bajas, y luego las anchas y sólidas espaldas sin saber hacia dónde ir.

Yo soy quien no le permite la vacilación.

Ya hubo una separación parecida (aunque apocalíptica, agónica y trágica), y el testigo de aquel entonces se fue detrás de las tiernas espaldas y los insuficientes hombros, donde las manos adultas cayeron y se derramaron como pájaros muertos.

Se conoce ya la trama, entonces, de seguir a los niños. Se ha recorrido completa hasta sus últimas consecuencias.

Aquí, con las madres y los padres, aquí está tu lugar.

No sé si, como un gesto de inútil rebeldía, mi personaje se pregunta por los abuelos, por los adolescentes y por las criaturas recién nacidas que deberían estar aquí.

—¿Dónde están? —se lo pregunta él con absoluta perplejidad.

Supongo que me bastaría con decirle que no están porque lo que aquí sucederá no tiene que ver con ellos. Que aquí no hay bebés ni jóvenes ni ancianos porque no son necesarios.

Pero no lo digo.

Llegado el momento, dejará de percibir los vacíos que no me ha interesado cubrir: pequeñas criaturas balbuceantes, hue-sudos muchachos, patéticos viejos: el nacimiento humano, la juventud humana, la vejez humana.

Será arrasado por la redundancia de tantas edades humanas inútiles ya para el relevo.

Eso es lo que hay. Lo que verdaderamente puebla esta historia: el momento en que unas manos se hallan preparadas para dar el mundo y otras manos están en condiciones de acomodarse para recibirlo.

Hablando de vacíos... ¿cuál es la causa de que los niños estén yéndose?... ¿Una real cuarentena para una enfermedad que siendo benigna con la infancia es mortal con los adultos?, o ¿de verdad son vacaciones, vacaciones de los hijos?... O ¿por qué no, vacaciones de los padres en la perenne obligación de serlo? O, llevado al extremo, ¿vacaciones de ambos en algo parecido a un respiro, a un descanso, a una tregua inverosímil entre generaciones?

La única certeza es que ninguna tragedia ha sido origen de estos adioses.

Aquí no ha habido apocalipsis, no hay ningún fin del mundo, no se trata de un universo en agonía.

Si no, mírenlos ahora que todavía están a la vista: los niños no lloran, los adultos no lloran.

No hay nadie llorando en esta historia que se vive por primera vez en el mundo.

Historia sin experiencia, sin tradición, sin mito, sin molde lagrimoso alguno.

La primera historia de despedida benignamente árida entre padres e hijos, entre hijos y padres.

Los niños ya se han perdido en el horizonte, pero aquí, en sus huellas, permanecen.

Subir para recoger los juguetes de las plantas altas, tender las camas, guardar la ropa limpia en cajones y aprovechar la ausencia para arrojar lo roto y lo percutido al cesto de la basura. Bajar a la primera planta para comerse las sobras del desayuno, devolver las sillas a su sitio, cerrar los libros ilustrados.

Subir y bajar con el fin de borrar los rastros de los hijos es lo primero que se está haciendo al volver a cada casa.

Por supuesto que los padres jamás lo pensarían en esos términos de “borrar” y “rastros”. Ellos “acomodan”, “devuelven el orden” donde no lo había, “arreglan” los desarreglos de una edad humana que pasa como ríos por las habitaciones de cada hogar.

Cogen los cojines en la sala, tomándolos por los extremos y golpeándolos para desembarazarlos de las últimas huellas infantiles que son las siluetas que los deformaban.

En el fondo debe de tratarse de una especie de ritual.

Cuando cada casa recobre una vieja organización largamente perdida, los padres se detendrán, pondrán los brazos en jarras y, girándose sobre los talones, contemplarán su obra.

Sólo entonces los hijos se habrán ido de verdad.

Madres y padres lo sentirán en ese momento.

“Realmente se han ido”, se formará este pensamiento en sus cabezas.

Una mera constatación. Una noticia divulgada para sí mismos. Y no habrá congoja. Nada de mortificaciones ni desazones. Ningún presentimiento funesto, ninguna mala idea; apenas un vago sentimiento sin nombre que les llevará a juntar las manos, a lanzar un involuntario resoplido.

Ya está.

Eso dicen con un murmullo. Y en dondequiera que hayan estado, hasta entonces, las mamás y los papás, de cara a lo que fuese, se dan la vuelta. Nada necesitan las madres a su espalda, nada esperan los padres tras de sí; simplemente completan ciento ochenta grados en un giro a modo de gesto, un impulso irracional, una forma sin contenido.

“Placer” es la palabra que puede resumir los primeros comportamientos humanos de la separación. Actos que ya nada tienen que ver con los hijos idos.

El rango del placer es mayúsculo. Va desde francas nimiedades, como sacarse los zapatos (sin usar las manos; con la punta de los pies tanto para descalzarse como para empujarlos a un lado) y (habrase visto algo tan intrascendente) sentarse, desabotonarse el cuello de la camisa, pintarse las uñas, prepararse un café a deshoras, abrir un libro, hojear un periódico, mirar una revista, encender la radio o la televisión, balancearse

en la mecedora por fin vacía, extenderse a todo lo largo del sofá, irse a la cama.

Acaso la conducta menos nimia en el amplio rango de esta recién adquirida libertad es que una madre y un padre, aunque no haya hijos que los aten, se mantengan juntos en cualquiera de las ocupaciones del placer.

De esta conducta menos nimia, la variable más simple es recostarse juntos.

Quizá no sea deseo lo que lleva a este padre de lastimosa dentadura y a esta madre de apagada sonrisa a descorrerse los cierres, desenganchar los seguros y retirar las telas debajo de las cuales van apareciendo pedazos de piel empalidecida. Ellos parecen disfrutar menos de los roces que de la pura gana de sentirse obscenos con la puerta abierta y dentro de la luz del día. Una mujer y un hombre desnudos y entrelazados intentando justamente desnudarse de las palabras “mamá” y “papá” que, sin embargo, tan tercamente siguen vistiéndolos.

Es lo primero que habrán de escuchar mañana por la mañana las madres y los padres de esta ciudad al despertar al primer día de la cuarentena. Allí donde inevitablemente ha existido por años el latido filial —“¡mamá!”, “¡papá!”— habrá silencio.

—Así que es esto —dirá la madre de la sonrisa opaca.

—¿Qué?

—Vivir sin niños... sin los niños.

Estarán recostados, con las sábanas arremolinadas a sus pies, impúdicamente exhibidos, hombro con hombro, pero sin mirarse; unas pocas palabras proferidas en voz baja que se ahogarán con rapidez y dejarán tras de sí un par de redondeadas miradas clavadas en el techo del aplastante silencio de la mañana.

—... Sin niños.

Pero eso sucederá mañana.

Hoy por la tarde, mujeres y hombres van sentándose en un comedor de pronto colmado de vacíos. Han estado, algunas familias, cometiendo leves torpezas en esta primera comida sin hijos. Primero se sentaron de acuerdo a la costumbre, en sus respectivas cabeceras. Todo les quedó lejos: el salero, la cesta de pan, la jarra del agua, la posibilidad hoy de una caricia o de un tierno susurro. Uno u otro ha sonreído, se ha puesto de pie, ha llevado sus platos y cubiertos a la esquina opuesta de la mesa. Son desde hace mucho tiempo dos personas deshabituadas a intercambiar palabras en la algarabía usual de las comidas, así que en un principio ellas y ellos se han limitado a comer. A veces alguna madre, a veces algún padre se fuerza a una conversación que no fluye porque, acostumbrados a ser interrumpidos y a dejar ideas inconclusas, frases a medias, charlas pendientes que nunca se retoman, están siendo demasiado abruptos ahora para decirse las cosas: frases telegráficas, preguntas cerradas, monosílabos. Comen, eso sí, platillos condimentados, picantes, rebosantes de colores vagos y olores fuertes.

—¿Te gusta? —se preguntan a veces al mismo tiempo.

El deleite en dicho momento está en hallarse lejos de los sabores y olores primarios.

Cuando llega el momento del café, ambos, en muchas casas, parecen más cómodos. Habitualmente a estas alturas ya no resta nadie más en la mesa, así que el epílogo de esta primera comida sin hijos ha desembocado en la pauta original.

Aquí la madre extrae un cigarrillo y, al encenderlo, se queda con la mirada fija.

—¿Están bien! —murmura.

Es una afirmación y no una pregunta a pesar del tono con el que abrió la frase. “¿Están... bien!”

Y la madre no mira al padre luego de lo dicho porque verdaderamente no necesita de ninguna confirmación.

El tiempo ha cambiado muy rápidamente.

¿Cuándo fue la última vez que la manecilla pequeña del reloj de pared llegó a las ocho de la noche sin ser advertida? La madre ha dejado en la mesa la novela y medita en la última frase leída, releída, subrayada en el papel y ahora descontextualizada con bella caligrafía en un cuaderno de notas con el fin de escucharla resonar en un fondo mental distinto, empezando a revestir su vida con la frase y a retocarse a sí misma gracias a este pensamiento que nunca antes había pensado y que, sin embargo, parece haber sido escrito para ella.

La manecilla de las ocho está más cerca de las nueve cuando ella reacciona; deja de garabatear, suelta el bolígrafo y se vuelve hacia el reloj. No recuerda la última vez que siguió una idea hasta sus últimas consecuencias —exprimiéndole todos sus sentidos y soltándola ya vaciada de consecuencias, de pronto estéril, obvia, común—. Casi las nueve y la madre descubre que su esposo se ha quedado dormido en el sofá. La cabeza ladeada sobre uno de los hombros y los labios entreabiertos. El primer impulso es levantarse, caminar hacia él, ponerle la mano en el hombro libre, sacudirlo con suavidad.

—Despierta.

Es el primer impulso, pero la madre retira las manos de los antebrazos del sillón; desiste también de la idea de retomar el libro y la lectura porque de pronto no tiene ganas de que nadie le cuente una historia.

“Se está tan bien así”, piensa, y acaba echándose hacia atrás, arrellanándose.

En alguna hora fría de la madrugada despertarán aturridos el padre y la madre. Se levantarán y caminarán por la planta baja apagando luces, quejándose un poco ella mientras ambos suben hacia las puertas cerradas de las otras recámaras que no son la suya.

No todos los padres, es cierto, llegarán a esta punta de la primera noche del mismo modo. Algunos de ellos están siendo tajantes y se emborrachan; otros, más optimistas, vistieron prendas juveniles y están cenando fuera y después irán a bailar. Hay quienes pasan estas horas en un hotel.

Cuando se cumpla la jornada hacia el primer amanecer sin niños, las madres y los padres estarán desembocando desde sus disímiles trayectorias nocturnas en el mismo despertar que es una paradójica pregunta. Sólo eso, una interrogación que los atraparé apenas sus ojos desorbitados miren el techo.

—¿Dónde estoy?

De aquí en adelante la pregunta matutina de ojos desorbitados irá siendo uno de los indicadores del derrotero de este viaje inaugural de padres sin hijos:

—¿Dónde estoy?

—¿Dónde están?

—¿Cómo están?

—¿Quién soy?

—¿Quiénes somos?

—¿Para qué estamos? ¿Para quiénes somos?

Han transcurrido ya unos días y con la marcha de los niños han ido descubriendo en la ciudad que se han ido no sólo los niños.

Han cerrado las escuelas; los parques se están convirtiendo en sitios extraños; ciertas horas del día parecen desvertebradas.

Mi testigo vaga por los lugares que solían pertenecerle a los niños, y no sé si advierte que esto de la pertenencia no es asunto menor. Los sitios destinados a los niños se asemejan en geometría y en colorido, pero sobre todo en límites. Una sombra carcelaria los envuelve a todos. Sus perímetros son cercos levantados con murales, con bancas de madera, con pequeñas lomas floridas. Tanto los espacios de la niñez como sus bellos y mal disimulados encierros han perdido sentido vertiginosamente en los pocos días que la ciudad lleva sin hijos.

Lo que mi testigo ve es una ciudad dentro de la ciudad; dentro de la ciudad humana, la ciudad de niños sin niños. Él la recorre en los tiempos y en las coordenadas cuando y donde mejor brota la ausencia. Una fantástica isla que, sumergida, emergiera sin residentes.

Acaso porque las madres y los padres no necesitan de estas burdas evidencias del desniñamiento, no se arriman al prodigio de una ciudad fantasma dentro de su ciudad.

La irreverencia, el sacrilegio, la tontería o lo que sea que él comete al dejarse cercar por esos ahora desiertos infantiles le permite advertir que las dos ciudades han dejado de apuntalarse.

Se ha ido con los niños una ciudad entera.

Ahora que se cumple una semana y él se ha cansado de testimoniar la desolación de los patios silenciosos, de los estáticos juegos mecánicos, de los portones cerrados de cada escuela, de las riberas solitarias del río, ha regresado él a la ciudad de las madres y los padres en donde se hace preguntas desatinadas que casi nunca lo llevan a sitio mental alguno: ¿hace cuánto que no se inclina ya ningún adulto?, ¿cuándo fue la última vez que bajaron la vista?, ¿han mentido; han tenido que mentir aquí en estos últimos días?

Se está cultivando él una enfermiza obsesión por atestiguar lo que sucede donde aparentemente nada sucede. Siguiendo a parejas que caminan desacompañándose, a la zaga él o a la zaga ella, ha entrado en varios cines donde las salas se encuentran medianamente llenas (o medianamente vacías) y la gente está distraída —eso le parece—, fuera de la trama, incluso aburrída; ha ido detrás de hombres hasta el pequeño estadio y ha mirado un medio tiempo del partido convenciéndose de que allí los desatentos eran los jugadores, a pesar de los dos goles del equipo de casa y de la sincera euforia de una hinchada adulta escasa pero ruidosa; está entrando en todas las iglesias y templos que le salen al paso, y se pregunta si los ruegos, las oraciones o los rezos de la feligresía tienen que ver con los niños; finalmente, él ha llegado a la última parada de su itinerario habitual, la zona de los bares, donde recalca por las noches para postergar el retorno a su monástica habitación de hotel.

A él no le parece absurdo buscar efectos tan prematuros. Él es así: impaciente. Por ejemplo, cree ver lo que todavía no sucede: que si dividiéramos el mundo no por la mitad vertical sino horizontalmente, los adultos habrían empezado a cambiar

sólo porque hace días no residen en el mundo que está por debajo de sus cinturas.

Con la marcha de los niños está marchándose detrás un mundo, ha escrito él en su habitación de hotel, habitación de una cama individual, una silla, una mesa que cojea y una bombilla que cuelga desnuda desde el techo.

Lo que a mí me ha sorprendido es que, como yo, también escriba. Inclinado ante una libreta negra ha escrito además: *¿y si no hubiera día cuarenta y uno, cuánto del mundo nuestro seguiría yéndose tras ellos?... ¿Y hasta cuándo?... ¿Y qué sería de nosotros?*

Él es un mentor, un guía.

Su caso ilustra muchas de las ocupaciones cuya razón de ser está en la niñez humana. Errabundo durante días por la ciudad adulta, con sus ropas anacrónicas pero siempre atildado —lustrosos zapatos negros, pantalones de pana, camisa blanca sin corbata y un saco de mediocre corte— ha reconocido a médicos pediatras y maestros de escuelas elementales que, vestidos informalmente, permanecen ociosos bajo el sol en los jardines o en las mesas de las cafeterías. No han encajado mal el golpe. Al menos eso parece. Se han vuelto prescindibles de la noche a la mañana y, sin embargo, parecen exultantes. Estarán interpretándolo como una merecida tregua en la delicada misión del cuidar y del formar. A la vista de todos hablan, ríen a carcajadas, se sientan a ver pasar el tiempo.

Él es uno de ellos.

Un desocupado más aunque su actividad dista de ser formal.

Si hubiera metáfora posible, lo suyo se asemeja más a la prestidigitación del mago y a la bobería del payaso. Por algún sitio de la ciudad deben de estar, por cierto, estos trabajadores de la gracia, junto con los ilustradores de lo infantil, los vendedores de globos y helados, los obreros de empresas por momento inútiles: las fábricas del dulzor y del juego y del colorido chillante y de las figuras antropomórficas de plástico y peluche.

“Mentor”, “guía”, “preceptor” son palabras que distraen del verdadero sentido de su tarea: cuidar que los niños acomoden bien las manos para recoger el mundo que se les dará cuando llegue la hora.

A eso se dedica. A preparar a los niños para el relevo.

Una analogía puede ahorrar las palabras. Lo que hacen los padres al retirar los objetos filosos del alcance de los hijos, al guardar bajo llave las herramientas peligrosas y al colocar en las repisas altas los productos químicos de la limpieza y los frascos de medicina es lo mismo que hace él, pero él con los pensamientos.

Mantener a los niños lejos de ideas que puedan cortarlos, herirlos, envenenarlos.

Lo suyo entonces es la antípoda de la tarea que desempeñan los maestros.

Si aquéllos enseñan el mundo, él oculta el mundo; si aquéllos tienen la responsabilidad de *abrirles* los ojos, a él le corresponde que permanezcan cerrados.

“Censura” es una palabra que no le hace justicia a su obrar.

Una vez identificadas aquellas ideas que no deben dar alcance a los niños antes de tiempo, comienza la otra mitad de su quehacer.

La magia pura.

Conseguir que no se eche en falta aquello que ha sido sustraído; que no se le intuya para que no se le necesite y consiguientemente no se le busque; que no haya hambre mental por las ideas prohibidas.

Embrujarlos es una palabra afortunada para definir su obra y, sin embargo, la connotación no ayuda. “Niños embrujados” es un calificativo que nos incomoda. Tendría que incomodarnos también “niños ilusionados” pero no sucede así. El concepto —ambiguo por sus roces con cantidad de palabras fraternas— nos deja un mayor margen de reflexión, un territorio mental menos estrecho que el del embrujo: “ilusionismo”, “ilusionar” y de allí “hipnotismo”, por ejemplo, “sugestión”, y de allí “trucar” y de allí “embaucador”, “charlatán”...

Creador de espejismos: sustraer lo que está y lo que es para poner en su lugar lo que no está y lo que no es.

En su libreta —apuntes que un día quiere hacer públicos— ha escrito él:

La cuna, como primer espacio para las descendencias humanas, es el origen de todas las prácticas de acorralamiento.

La criatura humana nace entonces en un mundo que no es el mundo. Habita apenas un diámetro ceñido por blanduras, blancuras y paredes estrechas, en donde irá siendo mudado a acunamientos cada vez más amplios.

La cuna, literal o simbólica, se ensancha y solidifica en mundos que todavía no serán el mundo —camas valladas, corrales, areneros, jardines rodeados de cercas, parques, escuelas— hasta llegar al día que, ensanchado y solidificado, el mismo niño pueda salir al verdadero mundo a recibir el mundo.

Mientras ocurre este nacimiento, los acorralamientos materiales tienen su correlato abstracto. Sincrónica y simétricamente a la contención física, se cerca el pensamiento infantil para que viva en un mundo que se parezca al mundo sin sufrirlo aún.

En resumidas cuentas, padres y maestros levantan las paredes de esa muralla mental sin conseguirlo, porque no puede ser de otra manera con tantas perspectivas e intenciones arquitectónicamente heterogéneas en la configuración del acorralamiento. Es entonces cuando yo me vuelvo necesario. No para cubrir las grietas, fisuras, hendiduras naturales de la edificación mental, que es imposible, sino para cegar a los niños seduciendo su atención y domesticando su imaginación con el fin de impedirles las visiones e intuiciones del “mundo de más allá”.

Lo que mi personaje no se ha atrevido a escribir en el remate de la hoja cuadriculada de su cuaderno de pastas negras es que un atisbo precipitado del mundo verdadero quema los ojos y las manos de los niños, los deforma y los torna así incapaces de heredar el mundo real (mundo, dicho sea de paso, que habrá sido precisamente el que les ha dañado).

Manos deformadas.

Lo que hace mi testigo sin hijos después de escribir esto es salir de su habitación, recorrer unas calles y meterse en el primer bar que le sale al paso.

No lo hace para beber —aunque así lo crea él—, sino para mirar las manos de la gente. Manos adultas, que alguna vez fueron manos infantiles, pendiendo de los respaldos, descansando sobre las mesas, asiendo botellas. Manos huesudas,

nerviosas, manchadas, inquietas pero intactas. ¿Tanto ser humano invulnerable es posible?

Sentado en una mesa solitaria entre madres y padres, él no se halla a gusto.

“Inmunes quizá, pero tan lejos de su niñez”, pensará.

Hace mucho que él no encuentra acomodo en el mundo adulto.

Suele vivir dentro de los cercos infantiles, cintura abajo, entre los niños, en el mundo que todavía no es el mundo.

Sí, lo suyo como lo mío son las palabras, las historias. Contar y contar.

III

Han transcurrido tres semanas desde la partida. Apenas un poco más de la mitad del tiempo pactado. Madres y padres van a medio camino, se podría decir entonces. A medio camino, sí, pero de qué y hacia dónde.

La medición de la primera crónica carente de tragedia sobre una generación dadora sin una generación recibidora no tiene claro derrotero ni visible desenlace. No es fácil de mirar ni sencillo de describir, pues lo único cierto es que se trata de un acontecimiento sin drama, y acontecimientos sin drama no dan historias.

Las primeras semanas transcurrieron cómodamente bajo los efectos de una leve ebriedad de soberanía.

Hacer lo que se te pegue en gana es la verdadera experiencia de la libertad a una dimensión personal.

Las madres y los padres se tomaron esa libertad sin fastuosas reivindicaciones ni bobo exhibicionismo. Podría decirse que se deslizaron casi involuntariamente allí donde las normalidades se ablandaron.

Cierto que algunos padres pretendieron mantener a toda costa rutinas, hábitos, horarios. No era necesario; las casas se mantenían más bien adecentadas e inamovibles sin los niños, y la realidad también es que el hambre y el sueño, pero sobre todo la sexualidad, empezaron a tomar cauces inesperados en sus cuerpos que, en una intimidad inconfesada, se vivían con una sensación confusa que ellas y ellos se negaban a nombrar con la palabra que mejor se le avenía: “juvenil”, una especie de regreso de lo “juvenil”.

Las madres y los padres que ahora estaban desempleados y cuyos trabajos giraban en torno a la niñez padecieron mejor este deslizamiento hacia la libertad y hacia el rejuvenecimiento. De pronto habían visto desaparecer todo tipo de horarios, pautas, ritmos y la totalidad de los dictados del qué y del cómo y del cuándo hacer lo que había de ser hecho. Pero incluso aquellos otros —mujeres que madrugaban para tomar un breve baño, peinarse, maquillarse, enfundarse sobrios vestidos y calzarse zapatillas de tacón, y hombres que abrían la agenda casi al tiempo de abrir los ojos— forzándose mañana con mañana a salir precipitadamente de sus casas con el fin de poner la ciudad en marcha, incluso esa mayoría, fue susceptible de una especie de aflojamiento de los nudos con los cuales sus existencias se habían mantenido tensas para funcionar bien hasta hacía unos cuantos días.

Víctimas durante la primera semana de la holgura, del relajamiento, pero también de un sordo y creciente malestar por

esta libertad que, era imposible engañarse, tenía un mejor y peor nombre: “liberación”, la segunda semana los sorprendió con una voluntariosa nostalgia que fue adueñándose de la privacidad de los hogares, donde aquellas huellas precipitadamente retiradas la misma tarde de la marcha comenzaron a ser necesitadas. Incluso los raros matrimonios que desde el principio de la separación se habían mantenido juntos en cualesquiera actividades de la recién recobrada independencia, comenzaron a eludirse entre sí —“ve tú; me duele la cabeza”... “¿te importaría si no te ayudo?... Tengo trabajo pendiente”— para ocultarse modos de obrar que sentían como flaquezas. Apenas se quedaba sola esta mujer de gruesos anteojos y pelo separado en dos coletas, por ejemplo, hojeaba álbumes fotográficos o encendía el televisor y la videograbadora para contemplar a sus hijos en la pantalla, corriendo y recorriendo ella la cinta para ver una y otra vez los estallidos de dicha de sus carcajeantes hijos o sus ya necesarias lágrimas que le encogían el pecho de ternura. Flaqueaban de manera parecida los padres cuando las madres dormían o salían de casa. Unos y otras esperando los momentos oportunos para aplicarse en esta voluntariosa labor de la añoranza. Así que cuando uno de los dos desaparecía en el jardín, en las composturas mil veces aplazadas de la azotea o en la revisión mil veces aplazada de la despensa, el otro se colaba en las habitaciones solitarias, hurgando en los cajones, hablándoles casi sin quererlo a los muñecos de peluche que se sostenían pacientemente en la cómoda, mientras ella o él se quedaban sentados en la cama pasando la mano sobre la colcha. Evitándose entre sí, pues, esta madre bella como actriz y este hombre obeso que respira ruidosamente, desarrollaban sin testigos su simulacro de nostalgia.

Sucede que la voluntad de nostalgia resultó ser un trabajo más o menos fructífero para encubrir el sentimiento real que les agobiaba. Una sincera culpa que no podían confesar ni compartir: la paz. Culpa por sentirse en paz.

Tenían los matrimonios, claro, otros problemas evidentes y compartibles. Las mudanzas leves de sus relaciones y también el asunto del tiempo. Lo del tiempo en breve se trataba de que las metáforas como el “correr” o el “pasar” del tiempo, ya no ilustraban. El tiempo llegaba con calma y tan perezosamente se aposentaba que se convertía en pausa, y a una pausa dilatada le seguía otra pausa, y en ese eslabón de pausados envaramientos las parejas intentaban progresar en el tiempo. No les ayudaba, por supuesto, lo de sus relaciones. Dicho en mayor brevedad: aquello fue un resentir, sentir lo ya sentido, hundirse en sentimientos pasados pero inconclusos que de pronto se encontraban con la posibilidad de volver y expresarse por completo. Sus enamoramientos estaban, sin embargo, demasiado lejos en sus respectivas biografías, así que madres y padres recalaban mejor en las desilusiones, siempre recientes, en los desengaños, en los sentimientos heridos, siempre frescos.

—¿Cómo puedes olvidarlo?...

—No te lo voy a perdonar nunca....

—Preferiría que hoy no me tocaras...

—Y pensar que he podido seguir viviendo contigo después de eso...

Empezó a no haber día que no se fuera sin la recaída en un desasosegante recuerdo, en su respectiva escena, en su lastimosa mortificación.

En este escenario de bruscos estallidos, tiempos estériles, juventudes recobradas e inconfesadas recaídas en la paz que ellas y ellos combatían con voluntariosas penitencias de nostalgia, la verdadera melancolía fue pasada por alto. Acaso porque a diferencia de la otra, de la falseada, ésta no parecía melancolía. Ni siquiera se trataba propiamente de sentimientos. Eran gestos. Sentarse, como esta pequeña mujer, no en los sillones de la sala sino directamente en las alfombras, por ejemplo, servirse por las mañanas el cereal de los niños, como empezaron a hacer varios padres, con el argumento de que no podían dejar que tanta comida se echara a perder; aproximarse los hombres a las mujeres o las mujeres a los hombres durante las noches y bajo las cobijas, dormidos o casi dormidos, para abrazarse de modo que uno quedara boca arriba y el otro de costado con la cabeza en el torso de aquél o aquélla y también sus piernas acurrucadamente dobladas encima de las piernas extendidas de quien entonces le sostenía; una postura velada por las cobijas y la inconsciencia que revelaría, si lográramos imaginarlos de pie, a un adulto sosteniendo en brazos a otro que fetalmente se ha añinado sobre su pecho y entre sus brazos.

Gestos que los añinaban, he ahí la verdadera nostalgia por los hijos idos.

Durante la segunda semana la madre o el padre no se sorprendieron al escucharse decir, de vez en cuando, frases con un idiota aflautamiento de la voz, con un estúpido sonsonete, con un imbécil vocabulario pueril. Y así fueron recayendo en otros moldes infantiles sin advertirlo. Meciéndose en la silla mientras leían, por ejemplo, o acariciándose entre sí de un modo maternal o paternal, con la palma entera resbalando por el pelo o dejándose caer pesadamente una mano en el hombro (sin que la mano se derramara allí como pájaro muerto). Cuerpos adultos,

mentalidades adultas, formas adultas, comportamientos adultos siendo atravesados de pronto por corrientes infantiles que les metían un niño en el cuerpo.

Llegada la tercera semana, esto no hizo sino agravarse cuando madres y padres empezaron a resentir las ausencias que no les correspondían.

Sucede que hasta entonces la palabra en la cual se concentraban sus respectivas experiencias era, por supuesto, “hijo” o su plural.

Una palabra con no más de tres rostros para cada matrimonio, con nombres y espacios bien definidos en cada hogar y en cada corazón.

Hasta antes de la tercera semana, pues, la desaparición de los niños había sido una experiencia privada y privativa de cada pareja, íntima, de algún modo secreta, familiar, consanguínea, pero cuando cruzaron la marca de los quince días sin niños en el pueblo, la palabra “hijo” se amplió y la experiencia se quedó sin apellidos, sin las confabulaciones del parentesco, sin el egoísmo de la emoción y sin la conmoción de la heredad.

Fue cuando las madres y los padres descubrieron lo que mi testigo advirtió tantos días atrás: la ciudad de los niños dentro de la ciudad.

Ahora eran ellas y ellos quienes testimoniaban el prodigio de verla emerger, como fantástica isla sumergida, a ciertas horas del día. Ciudad, para entonces, más silenciosa, más abandonada, más absurda, igual que un pueblo fantasma doblemente fantasma.

Empezaron a coincidir allí madres y padres sin poderlo evitar. Después de todo eran numerables los patios de las escuelas, los parques, las escalinatas del museo infantil, los callejones

donde los niños solían jugar pateando pelotas o patinando, los pocos puentes bajo los cuales corría el río.

Miraron ellas y ellos estas coordenadas geográficas ahora desiertas y empezaron a intuir lo que mi personaje, con precipitación, también quiso ver pero más bien vaticinó: que con los niños se habían ido no sólo los niños.

Imposible saber si aquellos padres tuvieron la sabiduría de verbalizar bien la sensación. Algo nada sencillo si se piensa que confesiones de esa mínima envergadura suelen sonar tontas. Poner en palabras el asunto de las risas infantiles, de la encantadora inocencia, de la desvalidez, del llanto íntegro en su dolorida plenitud... Confesar que se les echaba de menos... que empezaban a ser necesarios; ¿cómo se dice algo así no ante la incomprensión sino ante la comprensión absoluta de los demás?

—Extraño sus risas —se atrevió a expresarlo una mujer que cojeaba.

Los que estaban junto a ella asintieron con un movimiento de cabeza y luego comenzaron a dispersarse.

—Lo que yo echo de menos son sus preguntas, su asombro... cuando dejan caer su atención en algo que para nosotros resulta ser el colmo de lo ordinario... Nos están dando un regalo, la posibilidad de restituirnos la perplejidad... una especie de transfusión sanguínea para nosotros y para el mundo... Con su curiosidad renuevan lo que nosotros hemos dejado envejecer envejeciendo... Allí donde ponen la mirada, algo les sucede a las cosas, a las certezas. Literalmente los niños son los epifanizadores del mundo y de la humanidad... Lo que tocan lo convierten en pregunta... Nuestros procesos de encostramiento, abstracción y olvido se desmoronan a sus pies con un simple tono interrogativo (“¿por qué los hijos nunca abandonan a

los padres?”, por ejemplo)... Gracias a ellos, el mundo y nosotros mismos nos sacudimos de la resignación y de la capitulación... Retornamos al asombro gracias a ellos (“¿podrían los hijos abandonarnos?”).

Pero me callo. Nadie me escucha. Posiblemente esté yo cometiendo el mismo error de mi personaje al hablar de lo que aún no sucede y, entonces, pronosticarlo.

Callo y veo mientras madres y padres se marchan en distintas direcciones.

Sin la estrechez de la palabra “hijo”, las familias han dejado de vagar por sus casas y ahora vagan por la ciudad como lo hizo mi personaje en el primer día. Son recién llegados a las preguntas “¿dónde están?” y “¿dónde está lo que no está?”.

Aquí es donde las tragedias del pasado cumplieron siempre la función de atascar el proceso que hoy sigue adelante por primera vez en el mundo. Adultos y niños nunca antes habían sido puestos aparte de este modo. Lo sucedido en el pasado fueron guerras, enfermedades, raptos colectivos, genocidios, catástrofes abriendo brechas crueles y sangrientas entre los unos y los otros, casi siempre unos u otros masacrados en el momento o poco después de la separación, para hacer inútil la pregunta ¿dónde están?, y retórica aquella otra pregunta de ¿dónde está lo que no está?

En el duelo, en el llanto, en el dolor es donde todas las historias de hijos y padres se han cerrado desde el principio de los tiempos y se han puesto a girar sobre sí formando vórtices que han terminado por ahogarlas... a las historias y a los supervivientes.

Supervivencia y muerte. He aquí de lo que se ha tratado hasta antes de hoy la historia de hoy. Cadáveres infantiles o

cadáveres adultos, según el péndulo de la tragedia, y los vivos echados de bruces sobre sus muertos para llorarles, para intentar morirse también.

Mi historia —“se mueve; sin embargo, se mueve”— está pasando al lado de todas estas infinitas historias que no supieron seguir adelante. Petrificadas en la tragedia y multiplicadas en su tristeza como ciudades narrativas castigadas con la inmovilidad por donde hoy pasa esta historia, por donde hoy pasamos nosotros (yo, mi personaje, ustedes) para poner los ojos y los pies allí donde la humanidad nunca antes ha llegado.

Un territorio sin huellas narrativas.

Y a lo lejos se deja escuchar el extraño eco de lo que debe de ser una alucinación:

—¡Bienvenidos!

IV

Mi personaje es y no ingenuo. Está haciéndose de un inquietante hábito con esto de salirse de la ciudad para andar por sus orillas. Él espera y no el regreso de los niños. Dicho con claridad, él no espera el regreso sino la llegada. De algún modo ha empezado a intuir que la marcha tiene que haber ocurrido también en muchos otros lugares. Es una sospecha infundada, absolutamente inverosímil porque una marcha masiva de todos los niños del mundo tendría que advertirse.

Es lo que él hace, intentar ver lo que no ve en el horizonte, lo que no ve en ninguno de los horizontes que se abren desde las distintas orillas de la ciudad mientras él camina con las manos a la espalda, a paso lento, demorando horas en fatigarse, en tomar

un taxi, en pedir que sólo se lo lleve de allí y conduzca hacia adelante cuando “adelante” es una órbita invisible más allá de la órbita última de la ciudad que son las terminales de autobuses, la estación de trenes y las tres avenidas que se convierten en autopistas.

Él ha deducido, de ser cierta la partida memorable, una consecuencia lógica: el éxodo de todos los niños debería de traer a los hijos de otras geografías a sitios como éste.

—Es inevitable —le dice al taxista.

“Abandonar una ciudad dominada por adultos para darse de cara contra otra ciudad de adultos es lo que les va a ocurrir a los niños”, piensa.

A él no le parece tan inverosímil.

Le remite a algo que bien podría llamarse “la atávica práctica de intercambio de hijos” que, como lo dice su adjetivo, no es nueva en la historia humana.

Plegados a la costumbre o compelidos por las circunstancias, los adultos del pasado han cedido provisional o permanentemente la sangre de su sangre. Más aún, en situaciones de vida o muerte, los padres los han dado para no tener que deshacerse de la prole con sus propias manos. Es comprensible. Usar las manos que darían un mundo para dar la muerte no debe de ser fácil, así que dejan en otros la terrible carga.

“Niños a cambio” es lo que él espera ver venir cuando otea algunos de los trescientos sesenta horizontes del pueblo.

Sabe que tarde o temprano los adultos de aquí los acogerían.

Cierto, nunca del mismo modo que a los niños propios, pero para él eso no importa. Importa que los adultos acabarían cediendo, porque difícilmente el ser humano puede resistirse

a la indefensión de una nueva generación humana pidiendo ayuda. No hay manera de oponer resistencia a un llanto infantil, a dos brazos que por debajo de nosotros se tienden hacia el cielo.

He aquí la imagen que él espera ver venir desde alguno de los horizontes: una multitud de niños aproximándose con los brazos extendidos sobre sus cabezas.

Piensa entonces que el mundo volverá a ser el de antes. “El mundo de antes”.

Apenas una treintena de días y él ya se atreve a pensar así, en términos de “antes” y “después”.

“¿Cuánto tiempo hace que no han mentido?”, fue una de las preguntas atinadas que él se hizo hace unas semanas al ver a las madres y a los padres saliendo de las iglesias y de los templos, y después escribió en su libreta: *Todos necesitamos de las historias. Se trata de una esencia humana. Envolvernos con cuentos, levantarnos inmensas arquitecturas de historias, vivir dentro de ellas. Son el alimento del cerebro humano: un coctel de sangre, oxígeno y narrativas. Nuestros sueños, nuestros recuerdos, pero sobre todo las versiones anecdóticas que nos inventamos para explicar segundo a segundo por qué hacemos lo que hacemos, por qué estamos donde estamos, por qué nos ponemos de pie cada mañana...*

Como en toda historia, el asunto de la verdad no es pertinente. Las historias significan y nada más. Dar un sentido a lo que no lo tiene (por más absurdo, desproporcionado e increíble que sea este sentido).

El asunto de la mentira es distinto. En las mentiras persiste algo que no precisan las historias. La mentira posee la necesidad de contagiar una creencia y no como las historias que se bastan con la confesión de un sentido. La mentira siempre es una prédica, y quien

la profiere intenta deslumbrar, cegar a fuerza de encandilamientos para que se mantenga oculto lo que ha permanecido oculto.

De tener razón mi personaje, esta separación de los niños y de los adultos no está siendo inofensiva.

—¿Están bien! —afirmó una mujer semanas atrás a pesar del tono interrogativo con el que abrió la frase.

Si su tono interrogativo se hubiera extendido hasta el final —“¿están bien?”—, habría sido necesaria una historia para aliviarla de la angustia.

Como afirmación que fue, se convirtió en una mentira; la última mentira dicha en la ciudad. El último intento de contagiar y derramar una creencia: “los niños en bien”.

La profesión de mi personaje, lo que él hacía con los niños hace apenas un mes, era usar las historias para mentir: “la niñez en bien”, “la humanidad en bien”, “el mundo en bien”.

Una prédica a través de historias hechas como laberintos para, perdiéndolos allí, protegerlos.

Lo suyo ha sido la delicada labor de aprovechar la etapa de la vulnerabilidad humana con el fin de crear y fomentar el mismo principio que sostiene a la literatura entera (abrir un libro es otorgar la confianza enteramente a quien dicta una ficción): fomentar en sus tiernas conciencias el principio de la credibilidad.

Lo que hace mi personaje es plantar como semilla, contagiar como enfermedad, marcar como cicatriz, implantar como microcircuito la necesidad de creer.

Durante los años de la inocencia debe acrecentarla hasta extremos donde ni las evidencias ni las confirmaciones sean necesarias para sostener la creencia. Más aún, donde las

contradicciones más flagrantes no la hagan vacilar. En pocas palabras, lo suyo es la producción de la fe.

Las anécdotas que él relata a los niños son lo de menos.

Numerosas aunque no infinitas, pues no son sino variaciones.

Dije antes que la analogía puede ser un atajo.

El cuidado físico dedicado a la niñez humana se concentra en lo que los niños pueden llevarse a la boca y lo que pueden llevarse a las manos y lo que pueden ponerse bajo los pies. El peligro está en lo no humano, pero sobre todo está en lo humano. Lo que quiero decir es que predomina la amenaza de aquello que siglos de historia humana han logrado amaestrar y de los cuales nos hemos hecho un hogar: el fuego, la electricidad, los filis, la solidez, el vacío, el subsuelo, el cristal, la química.

Nuestro humano y peligroso hogar.

El cuidado mental de los niños se le parece esencialmente en esto: ayudarles a sobrevivir en su propio hogar que es la domesticada naturaleza humana.

La pregunta fundamental ha sido escrita por mi personaje en la libreta durante una de sus periódicas crisis de vocación: *¿Se puede entrar en el mundo sin protección?*

Y luego ha continuado: *La ilusión, es decir, el engaño consensuado, la conspiración idiota contra las evidencias, la inculcada creencia hasta el grado de la fe, ¿es realmente el único recurso?... ¿O es que habría que darle a los niños el fuego, el subsuelo, la química, el aguzado vidrio mental?... ¿Permitirles acceder a los pensamientos sólidos, filis, lacerantes, puntiagudos, fogosos, abismales*

para que se asfixien llevándose a la boca verdades demasiado gruesas, para que vacíen las cuencas de sus ojos con tales realidades y se machaquen la cabeza a golpes de razón... Es tal la opción?

Las historias que él solía relatar hasta hace unas semanas formando corros de niños en torno a él, dibujando las historias en las paredes cuando ellos no estaban, deslizándolas a susurros en sus distraídas orejas, sembrándolas como minas en sus imaginaciones embobadas, dispersándolas en el aire igual que el polen, propagándolas con la fuerza de los rumores, comparten elementos esenciales que las hacen meras variaciones de una benigna versión contra la cruda realidad:

El mundo es amable; es decir, digno de ser amado.

La humanidad es amable; es decir, digna de ser amada.

La unión entre el ser humano y el mundo es una relación amorosa.

Todos nos importamos; todos nos cuidamos.

Cada acto será recompensado o castigado.

Mejoramos.

Lo que nos une es más fuerte que lo que nos desune.

Con estas pocas ideas, él (y los demás creadores de espejismos) acorralla a las nuevas generaciones para que ni mueran ni pierdan las manos antes de tiempo.

Parece una broma macabra —escribe él en sus recaídas— protegerlos del mundo que recibirán.

Y en la siguiente página: *Protegerlos de los mismos seres humanos que les harán herederos de lo abominable.*

Y finalmente: *Protegerlos de sí mismos, aunque tarde o temprano acabarán decepcionándose de ser lo que realmente son, de pertenecer a lo que realmente pertenecen, de residir en donde realmente residen”.*

Lo que tan profundamente atormenta a mi personaje es el costo de la ilusión.

Lingüísticamente es sencillo sintetizarlo. Sucede que el universo semántico que se activa con el verbo “ilusionar” es mayúsculo: fe, credibilidad, creencia, confianza, certeza, convicción.

Tales palabras salvaguardan a la niñez por unos años. Son sus verdaderos ángeles de la guarda. Pero luego del breve y necesario periodo de la ilusión, se abre el resto de la vida con el aplastante vocabulario que también fue activado con el verbo “ilusionar” y que durmió mientras no fue ineludible que la niñez abriera los ojos y que, posteriormente, les acompañará hasta su muerte: recelo, sospecha, escepticismo, desilusión, desengaño, decepción, cinismo, desconfianza, rencor.

Tal es el aura sentimental y conceptual que envuelve cada recibimiento del mundo de generación en generación. El fin de la inocencia, el fin de la ingenuidad, el fin de la ignorancia, el fin de la incomprensión, el fin de la ilusión son las condiciones ineludibles para convertirse en herederos.

Las cinco puntas de la falsa estrella humana que debemos dejar atrás.

Cada generación, enferma de malestar, irá extendiendo acobardadamente sus manos sanas y salvas a fin de recibir el mundo que preferirían no sostener.

He aquí el dolor de mi personaje: *El mundo siempre se recibe como condena. Un relevo de condenas de generación en generación.*

Mi personaje se pregunta si la única opción que tenemos es desplazarnos por este puente hecho de ilusiones y si es inexorable vacilar sobre los abismos que vamos creando bajo nuestros colgantes pasos de la ilusión.

Esta tendencia por la alegoría no siempre le neutraliza su duda existencial.

Sucedió que alguna vez, en una escuela, cuando la maestra le cedió el escritorio y a los niños, él, preso de sus tribulaciones, escuchó proferir una leyenda que no formaba parte de ninguna mitología de ninguna comunidad humana.

—Una vez —les dijo a la treintena de alumnos que no rebasaban los siete años de edad—, una vez el aire se enemistó con la humanidad... no el viento ni nada tan agitado... El aire que ahora mismo está frente a mí y frente a cada uno de ustedes aunque sean incapaces de verlo —les murmuró—. Este aire suave y pacífico —y juntó tres dedos y frotó sus yemas como si una sedosa tela colgara de su mano.

Él permaneció silencioso, absorto en la caricia; luego levantó la vista y miró a los niños.

—El aire cambió por alguna razón que nadie fue capaz de entender.

Un niño quiso intervenir.

—A lo mejor le dolía...

—O estaba de mal humor —lo interrumpió otro.

Él abrió la mano y con ese movimiento los acalló antes de que continuaran por ese derrotero animista.

—El aire no está vivo. No piensa. No se enfurece. No tiene sentimientos. El aire es solamente aire —les aclaró, y en esa aclaración hubo algo parecido a la crueldad.

—¿Pero entonces por qué se disgustó? —atajó esta vez una niña.

—Cambió... simplemente cambió —rectificó él.

Y les dijo que, de pronto, las mujeres y los hombres, los viejos pero también los niños, como ellos, como ustedes, cuando

estaban durmiendo o comiendo o jugando o haciendo cualquier cosa, de pronto no podían respirar.

Y él permaneció un instante boquiabierto.

—Abrían la boca e intentaban jalar aire... pero no había nada allí enfrente de ellos que pudiera ser respirado... El aire había desaparecido... Las mamás y los papás y los abuelos y los niños como ustedes empezaron a asustarse. Querían gritar, pero no podían hacerlo porque no podían juntar aire en los pulmones para formar un grito... ni siquiera para formar una palabra que les ayudara a pedir ayuda. Con ojos desorbitados, movían la cabeza hacia todos lados buscando lo que nunca habían visto... El aire... Porque, ¿saben?, el aire siempre había estado allí, a su lado, con ellos, solidariamente acompañándolos, dejándose inhalar, pero ahora no...

Los niños del salón de clases lo miraban estupefactos, con las cejas arqueadas, con los labios entreabiertos y tensos.

Si en un lugar posaban sus ojos, era en la boca de mi personaje, porque sólo de allí iba a surgir la palabra que necesariamente continuaría la historia poniéndole fin, como si ellos mismos estuvieran tratando de crearla a marchas forzadas, una palabra que devolviera las cosas a su sitio, es decir, que devolviera el aire a la gente de la historia.

La maestra miraba confiada a sus alumnos, incluso regocijada por el suspenso que la historia estaba provocándoles.

—Un pez fuera del agua empieza a sufrir al instante —dijo él entonces acunando ambas manos y mirándose las palmas— porque nuestro mundo no es para los peces. Ellos necesitan del agua para vivir. Así que cuando los sacamos del agua, se sacuden, boquean, empiezan a morir, pues los hemos retirado de su elemento —agitó él las manos como si temblara—... pero si los devolvemos pronto a la pecera o al lago o al río o al mar de

donde los extrajimos —y aquí él lanzó las manos al frente—, se salvarán.

—¿Y qué pasó con los papás y los niños y los abuelos? —le interrumpió una niña de gruesos anteojos, estrujándose las manos y con las piernas fuertemente apretadas, pues ella no olvidaba de qué iba la historia y en dónde quedó interrumpida.

—Los niños, los abuelos y los papás estaban en su elemento... en la tierra... allí donde habían vivido siempre... Nadie los había sacado de su hogar y por eso nadie pudo ayudarlos cuando empezaron a caer y sacudirse en el suelo, mientras abrían y cerraban la boca como pescados fuera del agua.

La maestra dio un respingo.

Lo miró a él y luego a los niños y nuevamente a él, pero no se atrevió a interrumpirle. Se había acallado por algo parecido al principio de la credibilidad, el mismo que le otorgaban los niños al escucharle. Si ellos creían en su historia sin ponerla en duda, ella confiaba en él.

Ese fue su error.

Su doble error: confiar, y no haber pensado que una de las cualidades de la narrativa está en su dinamismo temporal; su capacidad para precipitarse de golpe en un desenlace.

—Murieron... En un par de minutos quedaron en el suelo los viejos, los padres, los hijos. Murieron todos.

En el aula se hizo un silencio absoluto. Un silencio que no conocían ni la maestra ni él mismo.

Los niños lo miraban; la maestra lo miraba, sabiendo todos, intuyéndolo, que únicamente de su boca podría brotar algo que le pusiera fin a ese silencio.

—¿Y entonces? —murmuró un niño cuando el mutismo se alargó hasta lo insoportable.

Él lo miró; levantó los hombros; abrió las manos.

—Nada... Después de la muerte no sucede nada...

—¿Pero por qué? —preguntó una niña desde el fondo del aula con un tono de voz demasiado agudo.

—No sé —murmuró.

—¡Tienes que saberlo! —gritó un niño ofendido.

—Sí —intentó balbucear algo más la niña de los gruesos anteojos, pero el llanto la interrumpió.

Sólo entonces reaccionó la maestra.

—¡Niños, niños!... ¡No es cierto! —se levantó diciendo casi a gritos— ¡Es mentira! ¡Esa historia es una mentira!

Y abrazando a la niña de los anteojos se volvió por sobre su hombro para lanzarle a él, a mi personaje, una mirada desconcertada, incrédula aun, incapaz de endurecerse, una mirada que todavía era súplica, pero él caminaba ya hacia la puerta del aula y no la vio.

“No es una mentira... son cientos de mentiras... cientos de miles de mentiras”, pensó él mientras se alejaba del colegio y de esa ciudad donde ya le sería imposible quedarse.

Había hecho mal su trabajo y entonces estaba en peligro. Así de sencillo. Nadie que coloque cuchillos en las manos de los niños puede pensar que seguirá a salvo.

De este modo fue como llegó a esta ciudad por uno de los horizontes que ahora contempla: alejándose de otra ciudad.

De ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, de villa en villa desde que tiene memoria, hasta llegar aquí.

Fue hace tiempo. Hace tiempo más los treinta días de ahora.

Cuando se cansa él de su inquietante hábito de bordear por las anchas avenidas, por los terrenos yermos, por las perezosas terminales de autobuses y la estación de trenes esperando la llegada de “los niños a cambio”, retorna al centro de la ciudad en busca de los adultos.

v

Si sucediese un accidente, una enfermedad... si los niños estuviesen mal heridos o en peligro... Si algo los amenazara...

Justamente, si hubiera ocurrido cualquiera de las sinfonías de la tragedia, los pensamientos y los sentimientos de las madres, y los padres encontrarán un eje para girar y girar. Pensar en los niños, sufrir a los niños. La música del dolor.

Sin dolor todo está tomándose con calma.

Hay una madre en el puente, doblada sobre el antepecho de roca y mirando desde esa considerable altura el lento fluir del río. Cruzan bajo ella los reflejos verdosos del agua, constelaciones de hojas y alguna que otra rama. Imposible saber si piensa en barcos de papel y en correrías por las riberas. Ella deja caer los ojos en una lata, en una bolsa de polietileno, en cualquier objeto estable que le permita descender por la morosa corriente hasta que las embarcaciones se le pierden bajo el puente.

Han transcurrido cinco semanas, pero nadie parece estar llevando la cuenta. No hay ninguna marca visible en los calendarios ni en las agendas que señale el inminente cumplimiento del día cuarenta. Las personas sin ocupación continúan reuniéndose al aire libre, aprovechando el buen clima, arrellanándose en el

tedio, intercambiando palabras prescindibles. Algunos han traído una baraja, pero han jugado sin pasión. El ajedrez y el dominó se toman más en serio, pero lo que predomina es una charla sin intenciones didácticas ni afanes moralizantes ni tentaciones de guía que pudiera hacer pensar que se ejercitaran para el regreso de los niños. Un rebaño de adultos pastando en el buen ocio de dejarse estar, de dejarse ser.

Mi testigo se ha detenido en una calle céntrica. Contempla un jardín, el árbol de donde un columpio de sogas ostentosamente amarillas y rojo asiento cuelga de una rama. El columpio está inmóvil. Las esporádicas rachas de viento que se dejan sentir no lo conmueven.

En esos términos lo piensa mi personaje con el ceño fruncido. “Conmover” “mover con”.

Algunos hombres pasan junto a él sin atisbar el jardín, sin solidarizarse con su asombro. Él podría saltar la verja, avanzar hacia el árbol, darle un empujón al asiento rojo. Sin embargo, permanece con las manos en los bolsillos, aquietado, lejos de su intención, porque tanta mentira ejercitada con los años le ha contado una precipitada historia donde el empujón no produciría ningún movimiento en el columpio, como si estuviera empotrado en el vacío, pétreo igual que estatua.

“¿Qué sucedería?”, me pregunto yo mientras mi personaje espera.

¿Qué sucedería si se abrieran ahora mismo las puertas del colegio o del museo infantil? ¿Qué cara pondrían los padres al escuchar el sonido del sonoro timbre llamando a clase?

¿Y si además uno de los padres desocupados sacara la camioneta blanca de la cochera, encendiera el altavoz y entre

pueriles acordes de caja de música pusiera a la venta algodones de azúcar? ¿Y si otro de los padres sin empleo desempolvara su disfraz, se pintara el rostro, se cubriera la nariz con una roja esfera de plástico?

Yo sigo en este torpe inventario porque mi personaje se mantiene en su estúpida inmovilidad ante el columpio, con la palabra “columpio” en la boca repitiéndola como si la meciera.

¿Y si los cines de la ciudad comenzaran a exhibir una programación matinal de películas infantiles? ¿Y si en las tiendas de juguetes se decidiera regalar toda su existencia? ¿Y si mi propio personaje improvisara un templete, se encumbrara allí y a gritos comenzara a relatar una historia donde las palabras también estuvieran yéndose tras los niños?

¿Cuáles son las palabras que sólo existen por ellos? ¿Además de las cinco puntas de ese vocabulario “ísico” de ilusión, ignorancia, incomprensión, ingenuidad e inocencia con que les acunamos? ¿La felicidad es una palabra que les pertenece? ¿La esperanza? ¿El amor?

¿Y si la mujer del puente encontrara cada vez más objetos sobresaliendo del agua: suéteres, pantalones, playeras, floridos vestidos infantiles, centenares de zapatos pequeños girando al bajar la corriente como multitudes de ratas muertas?

¿Qué sucedería si todo esto —los portones abiertos de la escuela, la música pueril difundiéndose desde los altavoces, el payaso y mi personaje principiando su espectáculo en plazas vacías, los juguetes ofrecidos a las puertas de las tiendas para que los tome quien los quiera, la ropa infantil descendiendo por el río igual que cardúmenes— surgiera de pronto como una isla brotando del fondo del mar?

Las madres y los padres caminan por la ciudad hombro con hombro, a veces cogidos de la mano o enganchados con un doblez de brazos. Se detienen en las esquinas para mirar en una y otra dirección antes de atravesar.

Sus padres les enseñaron a cruzar las calles hace tanto tiempo que ya no lo recuerdan. Y a sus padres les enseñaron sus abuelos y a sus abuelos sus bisabuelos y así hasta el principio de las calles.

Hay principios más antiguos. Está el inicio del abismo que se pierde en la historia humana y que de generación en generación ha llegado hasta aquí para impedir que la mujer del puente se vaya de bruces al río.

Aquel hombre que se ha subido el cuello del abrigo y se ha parado de espaldas a la ventisca, ayudándose con el hueco que forman dos muros y enconchándose allí con el cigarrillo en la boca, activa una larguísima didáctica cuando extrae el encendedor y produce una flama domesticada. No se le ocurre pensar que el fuego pudiera extenderse por su mano o por su rostro porque se ha habituado a la tradición de sobrevivir al fuego.

Más adelante hay varias botellas partidas en grandes trozos curvados, diamantinos y filosos. Algunas mujeres llegan al extremo de trazar un leve rodeo no sólo para no pisarlos, sino para poner distancia. No quieren tener nada que ver con ellos, como si intuyeran que allí orbita toda una historia de piel herida y mutilada: el principio de los filos.

Estos padres y estas madres que han salido a dar un inofensivo paseo por su ciudad volverán sanos y salvos a su hogar gracias a esta heredad de precauciones. Un legado que procede de tiempos disímiles —el principio reciente de no llevar las manos a los cables cargados de corriente eléctrica junto al antiquísimo principio de evadir las fauces de las bestias—, disímiles tiempos

pero tiempos humanos al fin de cuentas: memoriales e inmemoriales tradiciones de salvaguardia que han llegado hasta aquí y hasta ahora a través de generaciones de personas.

Aquí y ahora, en esta ciudad sin niños, y por eso —piénsese bien, adviértase el escándalo ético que esto supone— quedándose sin la posibilidades del relevo de todas estas precauciones.

Sobrevivir, con sus inconmensurables orígenes, sus infinitas ramificaciones y sus largas cadenas humanas, no es sino una de las dos didácticas humanas que nos han ocupado durante toda la historia.

Únicamente dos aunque nos engañemos con la desmesura y la complejidad de sus matices: sobrevivir y prevalecer.

Veo a mi personaje.

Se ha olvidado del columpio y ahora concentra una estupefacta mirada en la gente que pasa a su lado. Lo conozco bien; él piensa visualmente. De verdad ve una cadena humana donde yo hice abstracción. Lo que a mí me sirvió de síntesis lo atrapa a él. Ha imaginado multitudes de estáticos seres humanos, enfilados de costado en extensas hileras y cumpliendo infinitos semigiros con un movimiento de la cintura y del torso a fin de pasarse de mano en mano algo necesario, urgente. Al final de cada imaginada hilera humana está viendo él a una de las madres o uno de los padres que cruza junto a él. Una persona concreta, como esta mujer de pelo ondulado y camiseta ajustada, recibiendo inopinadamente el impetuoso caudal de supervivencias y prevalecencias. Torrentes que ahora no tiene ella a quién legar y por lo cual está sufriendo, aunque no lo sepa, una presión que amenaza con desbaratarla. ¿Quién, por favor, la libera de tan impetuoso afán de sobrevivir y prevalecer?

Mi personaje se ha encausado hacia la zona de los bares y allí se ha sentado a mirar finales de hilera, es decir, a los últimos adultos de cada imaginado relevo. Lo hace de un modo tan descarado que ya algunos lo han sorprendido en esa contemplación morbosa. Sin embargo, él mismo ha sorprendido a otros mirándole con malsana curiosidad. Siente que está siendo digno de lástima. Piensa que lo han ubicado también en el remate de una cadena humana donde las personas completan los semigiros para dictarse historias y más historias.

¿Qué voy a hacer con mis cuentos ahora que no hay nadie que los escuche? Todos los cuentos son de los niños, todas sus palabras se han ido con ellos: “Había una vez...”. “Esto sucedió en un remoto lugar del mundo...”. “Hace mucho pero mucho tiempo, cuando vagaban por la entera superficie del mundo criaturas y cosas todavía sin nombre...”.

Una mujer desde la barra lo mira detenidamente y él cree adivinar lo que ella ve: un último eslabón, la última persona de ese larguísimo boca a boca o mano a mano de “y vivieron felices para siempre”.

A punto de desaparecer las madres; a punto de desaparecer los padres; a punto de desaparecer yo bajo el peso de tanto legado sin heredero.

Antes de quedarse dormido, un poco ebrio, en su monástica habitación, mi personaje piensa, aunque ya no lo puede escribir: “falta menos de una semana”.

Con ese pensamiento se protege antes de caer rendido en el sueño.

“Cuarenta días... cuarenta días... cuarenta días”.

“¿Cómo están?”

Es lo que piensa mi testigo sin hijos, aunque la pregunta real es ¿cómo estarán cuando regresen?

No lo sabe. No tiene ni idea de si estas pobres madres y estos pobres padres que ve salir de la iglesia, solemnes, silenciosos, estarán a la altura del retorno.

Cuarenta días pasan desapercibidos para el cuerpo pero no para el alma.

Da por descontado que físicamente los niños volverán idénticos, aunque sinceramente las madres y los padres se asombrarán cuando los vean (“¡Mírate nada más!”... “¡Estás hecha una mujercita!”... “¡Cómo has crecido!”).

La verdad es que en sus memorias maternas y en sus memorias paternas, sus hijos han ido tornándose levemente etéreos en estas semanas —imágenes sin dimensionalidad, símbolos de sí— y por eso cualquier concreción pasmará ahora a la gente de la ciudad.

Lo que le preocupa a mi personaje es que los adultos, arrasados por tal asalto de materialidad, no logren advertir que los verdaderos cambios han sucedido fuera del contraste entre lo que recuerdan y lo que ven.

“Los niños no son como nosotros” tendríamos que repetírnoslo una y otra vez, de la mañana a la noche, día tras día, durante las semanas y los meses y los años que sean necesarios antes de que ellos sean verdaderamente como nosotros.

Comprender que los niños no son como nosotros permite enterarse, según él, de que hay periodos de la infancia humana

cuando cualquier distancia entre padres e hijos, sea inofensiva o no, es aterradora, radical e incurable.

Ésta es la mayor desavenencia entre mi personaje y yo: la noción trágica.

“No hay historias nuevas bajo el sol” es el aforismo al que recurre para mantenerse humilde en su oficio de inventar sin realmente inventar nada.

Es obvio que en el presente contexto tal convicción, además de humilde, es una afrenta para lo que he venido sosteniendo aquí sobre una historia que nunca antes le había sucedido a la especie humana.

Mi personaje cree que una certeza como la mía sólo puede ser sostenida desde la perspectiva adulta.

Me contradice entonces.

Toda separación entre hijos y padres, por la razón que sea y durante el tiempo que ocurra (porque a ojos de los niños siempre está ocurriendo, progresando la separación, dándose), es trágica en sus vidas.

Según él no hay nada más lejano a la originalidad que una crónica de padres alejados de sus hijos y una crónica de hijos alejados de sus padres.

Allí donde yo veo innovación, él sufre la historia más vieja del mundo: el abandono, el desamparo, la desolación.

“Ser abandonados en el mundo antes de darles el mundo”.

En este acto se sintetiza el horror que una especie puede infligir a sus descendencias.

Él suspira ostentosamente en la esquina desde donde contempla la iglesia y a los solemnes y silenciosos feligreses que —lo está decidiendo ahora— no sabrán estar a la altura de *lo que habrá regresado con sus hijos.*

Mi personaje, haciéndose visera con una mano, contempla a las últimas parejas.

No confía en que atinarán a percibir algo más que “mal humor”, accesos de “tristeza”, una “desobediencia” distinta la que mostrarán los niños durante las semanas que vendrán.

Abatidamente acepta él la fatalidad de la naturaleza humana como se aceptan la puesta del sol y el fluir de las riadas hasta el océano: van a fallar.

No hay una voluntad de engaño de su parte. Es consciente de que esa misma falla humana lo explica a él y explica lo que hace. Ambos —él y lo suyo— serían innecesarios si los asuntos humanos fueran distintos.

No sé de muchas otras ocupaciones cuya finalidad última sea hacerse prescindible... Crear un mundo donde lo que soy, lo que represento y lo que hago no tengan cabida.

Cuando los grandes portones de la iglesia hayan sido cerrados y se hayan marchado calle abajo las últimas madres y los últimos padres, mi personaje hundirá las manos en los bolsillos pero no se dejará arrastrar por la pendiente.

A contracorriente se va a la estación de ferrocarriles.

Allí, aquí se encuentra sentado en la banca de una de las plataformas viendo el ir y venir de los trenes.

Aprovecha cada llegada para levantarse, caminar de lado a lado del andén ante el tren detenido, y, de vagón en vagón, de ventana en ventana, exhala una vaharada en los vidrios y aprovecha el empañamiento para escribir invertidamente *Revlov ed aroh se ay... Revlov ed aroh se ay... hasta que el tren, con todos esos rostros adultos que lo mirarán con*

perplejidad desde el otro lado de sus propias palabras y su propio ruego, comience a irse.

“Ya es hora de volver, niños”.

De aquí en adelante, durante estos últimos días antes del día cuarenta, mi personaje caminará a contracorriente de todos los declives de las calles que inexorablemente se llevan a la gente gravitacionalmente hacia el corazón desniñado de su ciudad.

Para él lo importante será buscar las orillas donde lo que fue adiós será bienvenida.

Y, sin embargo, se mortifica.

Tuvo una pesadilla sin imágenes. Soñó cinco palabras, sólo eso, palabras susurradas cruelmente en su inconsciencia: “no confían más en nosotros”.

Él desea que únicamente haya habido debilitamiento en los niños.

Toda separación entre hijos y padres mina la fe de los hijos. Fisuras que agrietan no las paredes de cada cerco que les acuna y les protege sino su propia mirada. Hendiduras en los ojos, como nuevas pupilas, y una inundación de luz y de realidad revelándoles lo que no tendría que serles revelado aún.

Él y su oficio existen —voy a decir la obviedad— porque en este mundo hay que cuidar a los niños.

Es la víspera del día cuarenta, y del único modo en que sabe hacerlo, mi personaje ya está cuidándolos:

Una vez, hace mucho pero mucho tiempo, padres e hijos fueron al bosque. Primero jugaron felices, luego hablaron de lo felices que habían sido mientras jugaban, pero después los hijos se perdieron.

—¡Mamá!... ¡Papá! —comenzaron a gritar los niños entre los árboles inmensos que cubrían el cielo.

Las palabras trepaban por las ramas, descendían por las corrientes de los ríos, extendían las alas como pájaros para remontar el vuelo.

En las orillas del bosque una multitud de madres y padres lloraban tan pero tan fuerte que no lograron escuchar los rumores producidos por la fronda de los árboles, por el torrente del río, por el vuelo de las aves que intentaban revelarles el secreto de que sus hijos y la cueva iban a encontrarse.

—Volveremos mañana —dijo un padre.

Los demás hombres asintieron, pero las mujeres dijeron que atardecía y que necesitaban antorchas para empezar a buscarlos por la noche.

Cuando los niños se cansaron de gritar y de llorar, se dieron la mano para no perderse por segunda vez, y así caminaron hasta donde creyeron que se hallaba la salida del bosque, una larguísima hilera de niños cogidos de la mano acercándose a la cueva sin saberlo.

Afuera del bosque había un cielo amarillo y rojizo y una colosal corona de sol que se hundía lentamente tras las montañas, pero en el bosque, entre los árboles gigantesos una penumbra verde y húmeda y olorosa se había adueñado de todo, así que las madres y los padres tuvieron que encender las antorchas apenas salieron del día del mundo para meterse en la noche del bosque.

Los niños caminaron y caminaron hasta que el último niño de la hilera se detuvo. Y como iba cogido de la mano de la penúltima niña, ella también se detuvo. Y como la niña también iba cogida

de la mano del antepenúltimo niño, él también se detuvo... y poco a poco se fueron deteniendo todos los niños hasta que la primera niña de la hilera paró también.

—¿Qué pasa? —preguntó ella al segundo niño.

—¿Qué pasa? —preguntó el segundo niño al tercero.

—¿Qué pasa? —preguntó el tercer niño a la niña que era la cuarta.

Y así fueron preguntándose unos a otros hasta que la penúltima niña le preguntó al último niño de la hilera.

—¿Qué pasa?

Él se llevó un dedo a los labios.

—Sssssshhhhh —susurró y luego le dijo—: creo que oí algo.

Todos los niños se llevaron un dedo a los labios y fueron callándose de atrás para adelante.

Lo que el último niño de la hilera había oído era la punta de un grito.

—¿Dónde están?! —fue lo que gritó su madre.

Pero como ella estaba tan lejos lo único que llegó a oídos del hijo fue algo tan suave como el eco de un eco.

Tan.

Las últimas tres letras del grito.

Tan.

—¿Una campana? —le preguntó incrédula la penúltima niña.

Y él le dijo que quizás sus padres estaban tocando las campanas para ayudarlos a guiarse a través de la oscuridad del bosque.

Pero mientras el niño y la niña del final de la hilera comenzaron a preguntarse si debían volver por sobre sus pasos, la niña que abría la marcha en el principio de la hilera descubrió a lo lejos la entrada de la cueva.

—¡Un refugio! —gritó— ¡Allí podemos pasar la noche!

Y jaló al segundo niño y el segundo niño tiró de la mano del tercero y el tercero arrastró a la niña que era la cuarta y así hasta que la larguísima hilera comenzó a caminar otra vez y la penúltima niña y el último niño tuvieron que moverse a su pesar.

Las madres y los padres no caminaban cogidos de la mano ni en hilera. Ellos iban juntos, hombro con hombro, como una enorme pared humana hecha de desesperación, de luz y de gritos.

—¡¡¡¡¡Niños!!!! —gritaban con las antorchas en lo alto tratando de ver algo en la densa penumbra que los envolvía.

—¡¡¡¡¿Dónde están?!!!! —lanzaban alaridos y sujetaban con mayor fuerza los machetes porque los lobos solían merodear por allí.

—¡¡¡¡Niños!!!! —clamaban a muchas voces que sonaban como una manera de llorar.

Cuando la primera niña entró en la cueva, el último niño de la hilera estaba muy lejos allá atrás, así que siguió escuchando a sus espaldas algo que sonaba como campanas y como lobos: “Tan... Oooos.... Tan.... Oooos.... Tan... Oooos”.

Los niños, que iban entrando en la cueva sin soltarse de las manos, empezaron a sentir mucho miedo cuando aquél o aquélla que iba al frente de ellos comenzaba lentamente a desaparecer en la oscuridad.

Era como si la cueva se los tragara... Primero desaparecía la mano de quien les antecedió, luego el brazo, luego la mitad del cuerpo, después la otra mitad, hasta que la única parte visible de la niña o del niño de adelante era el brazo y la mano que les sujetaba y que los jalaba hacia las tinieblas.

“Como si se los comiera a mordidas”, pensaban los que iban detrás, justo cuando su propia mano desaparecía también.

El último niño de la hilera vio la entrada de la cueva y quiso correr hacia ella porque los lobos ya se habían comido las campanadas a su espalda.

—Ooossss.

—Ooooooooooooooooooooooooooooooooooooooossss.

—Ooooooooooooooooooooooosssssss.

Cuando la pared de padres y gritos y luz llegó hasta la entrada de la cueva, ya no quedaba ningún niño en el exterior. Lo peor es que ya ni siquiera había una entrada. Allí donde hubo una cueva, la montaña se había cerrado y ahora se levantaba una ladera rocosa donde los gritos de “¡Niiiñoooooooooooooooooos!... ¡Niiiñoooooooooooooooooos!”—rebotaban.

Las madres y los padres callaron por un momento sin saber que sus hijos estaban del otro lado del muro de roca.

—Aquí no hay nadie —dijo un padre.

—Aquí no hay nada —respaldó otro hombre.

—Sigamos adelante —sugirió un tercero.

Y aunque varias madres se resistieron (—Esperen... Esperen... ¿No escuchan? —dijo incluso la mujer que era la madre del último niño de la hilera pues creía oír un llanto formado por muchísimos llantos—), los demás padres echaron a andar sin percibir nada, y ellas tuvieron que seguirlos porque los hombres estaban llevándose los gritos, pero sobre todo la luz, pero sobre todo, sobre todo, los machetes.

Adentro de la piedra, los niños lloraban por segunda vez en el día. No veían nada de nada en la oscuridad y tenían miedo y tenían frío y tenían hambre... pero también estaban cansados, así que comenzaron a quedarse dormidos sin desasirse de la mano y sin soltarse de los llantos.

Entonces, y sólo entonces en que el sueño venció al último niño, la piedra se quedó en silencio. Y el silencio fue extendiéndose

por el bosque y por la noche y por las casas del pueblo adonde madres y padres volvieron horas después, ya de madrugada, abatidos y fatigados, y por segunda vez, como sus hijos, ellos comenzaron a llorar también.

—Mañana nos encontrarán —susurró una voz dentro de la piedra que era la voz del último niño de la hilera.

—Mañana los encontraremos —susurró una voz fuera de la piedra que era la voz de la madre del último niño de la hilera, quien había vuelto sola al bosque con un machete en una mano y una antorcha en la otra mano para tratar de escuchar de nuevo el llanto de la roca.

Prepararse.

Eso es lo que hace mi personaje.

Lo que —piensa él— debería estar haciendo cada pareja que irá mañana a las orillas del pueblo para recibir a sus hijos: no distraerse con adornar las casas ni hornear pasteles ni llenar de luces multicolores las calles; preparar las palabras para recibirlos, aquellas que mejor les ayudarán a olvidar pronto la separación, a perdonarla, a otorgarle un sentido distinto al sufrimiento del abandono, lejano a todo aquello de lo que sus hijos tienen que haber estado interpretando contra ellos.

Los niños regresarán solos mañana por voluntad propia, sin necesidad de salir a buscarlos... ¿Alguien más entiende el prodigio de que algo así suceda?

Mi personaje está preparando la historia, la bella mentira con la que intentará abrigar a los niños en su aterido retorno: una manta hecha de palabras para devolverles la tibieza perdida, pan

de palabras para saciarles el hambre, brazos y besos de palabras para acunarles y hacerles saber que son amados.

Mi personaje sabe que sólo tendrá una oportunidad para devolverles la ilusión, el espejismo, la cuna, la protección, el mundo que todavía no es el mundo y por eso no puede dormir en esta última noche que es la víspera del regreso.

Si falla, el mundo que sí es el mundo, terminará por echárseles encima. ¿Y cómo puede un niño sostener las tres dimensiones de la cruel verdad sin que los huesos y los músculos y los pensamientos se les tuerzan y se les retuerzan?

Retorcido es la acepción concreta y no abstracta de la “perversión”. Niños pervertidos por la pesada visión de la realidad. Herederos a destiempo de lo que deberían recoger con manos fuertes más adelante. Sin fe —es cierto, es necesario— pero robustecidos los músculos, los huesos y la conciencia para sufrir el relevo lo menos posible.

Toda una generación de niños pervertidos y, de allí en adelante, una herencia de perversión, cadenas humanas pervirtiéndose entre sí, pues ¿cómo puede cuidarse la inocencia, la ingenuidad, la ignorancia, la ilusión y la incomprensión de las futuras generaciones si nunca llegan a ellas? ¿De qué cunas y vallas y espejismos y cuentos van a rodearlos para crear precisamente las cinco puntas de esa “ísica” estrella humana, para producir en ellos la ilusión, la inocencia, la incomprensión, la ingenuidad y la ignorancia necesarias con el fin de protegerlos?

Dejarles caer el mundo lo antes posible; eso es lo que sucederá.

Cada ocasión más precipitadamente.

Una perversión más temprana de generación en generación hasta que alguna vez ocurra lo inimaginable, lo imposible: que los niños rompan el vínculo con los adultos (no dándoles la espalda, como ya sucede); (no desasiéndose de sus manos, como ya sucede); (no desoyendo sus palabras, como ya sucede), (ni siquiera aquello que también está empezando a suceder, agredidos y llegando a lastimarlos —los hijos a los padres, y no al revés— “que es una larga historia humana en el mundo que sí es el mundo”). Algo peor, infinitamente peor: no llegar, es decir; no nacer, es decir, abandonar esta historia humana de padres e hijos y manos y relevos.

Mi personaje, como ya se habrán dado cuenta, es extremista, radical, trágico y por eso se ha levantado de la cama y camina ruidosamente por la habitación.

Cree que mañana todo eso estará en juego, así que ha desistido del descanso que no merece; piensa.

Se ha vestido y ahora mismo sale y camina por las calles desiertas tratando de concluir el cuento que tardó tanto en comenzar, ahora lo sabe, que tardó tanto en comenzar.

Esta vez no escribe... Esta vez se susurra las palabras a sí mismo y va tras ellas mentalmente, persiguiéndolas dentro de su cabeza, empujándolas a sus labios, oyéndolas salir de su boca en murmullos sin tener ninguna certeza de que estas palabras acaben llevándolo a la posibilidad de ofrecer un regalo a los niños del volver, el único regalo que necesitan: volver a creer, volver a confiar, volver a permitirse ser cuidados por su madre y por su padre.

—A la mañana siguiente, en la ladera de roca donde terminaba el bosque y empezaba la cordillera de cimas

montañas cubiertas de nieve, la cueva estaba abierta otra vez. Cuando la madre despertó sobresaltada, asió el machete. La verdad es que ella llevaba dormida tantas horas que la antorcha, caída en el suelo, ya ni siquiera humeaba. Ella se frotó los ojos con la mano libre y sólo después descubrió la cueva. No pudo creer que no la hubiera visto... Que nadie la hubiera visto ayer. Se levantó y caminó hacia la entrada. “¿Hay alguien ahí?”, murmuró. La cueva se hallaba tan oscura que nada pudo ver. Se acercó un poco más a las cerradas tinieblas y fue cuando un hombre se arrojó sobre ella. Sucedió tan rápido. Ni siquiera tuvo que pensarlo, una herencia que venía de su madre y de su abuela y de su bisabuela y de su tatarabuela y de todas las mujeres de la historia humana que le habían legado el saber de que a veces los hombres son el enemigo, se le activó bajo la piel, la impulsó y con el machete cortó de tajo el grito que profería el hombre. Fue tan rápido. Cuando el hombre cayó al suelo, ella entendió al fin lo que había escuchado. “Mamá”, eso fue lo que gritó el hombre que ahora se desangraba. Era un hombre desnudo, fuerte y guapo que ella nunca había visto. “Mamá”, murmuró otra vez el hombre y un hilo de sangre brotó por entre sus labios. Ella soltó el machete y, en ese instante, del interior de la cueva, fueron brotando más sombras en la oscuridad, sombras altas y robustas que conforme se acercaban a la entrada de la cueva se iban aclarando hasta convertirse en hombres y mujeres, también desnudos. “¡¡¡¡Deténganse!!!!”, se dejó escuchar en ese momento una voz grave a espaldas de la madre. Eran los demás pobladores que estaban llegando a la cueva empuñando los machetes. “¡No se muevan!”. Cuando oyeron la orden, las mujeres y los hombres

desnudos se quedaron de pie entre la luz y la sombra de la cueva. Todavía con el machete en la mano, la madre comenzó a recular hacia los suyos. Continuaba escuchando el murmullo apenas audible del hombre caído. “Mamá... mamá”. Fue cuando ella se llevó la mano libre a la boca. Acababa de oír lo que también las demás mujeres desnudas y los demás hombres desnudos estaban susurrando: “Mamá...papá...mamá...papá”. Ella dio un alarido. Los pobladores no entendieron lo que sucedía. “¿Dónde están nuestros niños?!”. “¿Qué les hicieron?!”. Cuando la madre, todavía con el machete ensangrentado, cayó desmayada, los pobladores se enfurecieron. “¡Devuélvanos a nuestros hijos!... ¡Devuélvanos a nuestros hijos”. Los hombres y las mujeres desnudos salieron corriendo despavoridamente de la cueva y comenzaron a trepar por las paredes rocosas. Era tal el griterío de quienes atacaban y quienes huían que nadie escuchó lo que el río y los pájaros y cada árbol intentaba decirles: que en la cueva, la cueva les había sustraído años a los hijos hasta robarles la niñez. Nadie logró escuchar ni el murmullo del río ni el susurro del follaje, así que muchas madres y muchos padres alcanzaron a herir con sus machetes a algunas de las personas desnudas que salieron de la cueva y se perdieron montaña arriba. Pronto ya no quedó nadie en la entrada de la cueva que no fuera la madre desmayada. Ni siquiera el primer hombre desnudo que había sido herido estaba en el suelo. Algunas mujeres y algunos hombres desnudos se lo habían llevado a cuevas, encumbrándose aterradamente hacia las cimas nevadas de la cordillera. Abajo, las mujeres rodearon a la madre caída y los hombres del pueblo recogieron la antorcha apagada. “Vamos a buscar a nuestros hijos”, dijeron al encenderla

y, preparándose para lo peor, comenzaron a entrar en la densa oscuridad de la cueva.

Ya clarea.

La luna empieza a marchitarse como una estúpida flor en el cielo y poco a poco las estrellas son masticadas por la luz del amanecer.

Se está cumpliendo el plazo de los cuarenta días y mi personaje camina hacia las orillas del pueblo sin haber concluido la historia.

VII

Día cuarenta.

Nada de adornos ni de luces multicolores en las calles de la ciudad adulta; ningún tonto letrero de bienvenida pendiendo de las fachadas como estandarte; apagado todo horno de donde podría brotar el dulce aroma del pan; ningún intento de sacar artificialmente a flote la hundida ciudad de los niños. Mi personaje estaría contento.

Y, sin embargo, los habitantes han llevado las cosas más allá, mucho más allá.

Anoche, cuando las madres y los padres se metieron en la cama, no sabían que habían llegado al final de una duda. En un duermevela suave pensaron por última vez aquellas interrogaciones que sin tragedia de por medio resultaban ser inofensivas —“¿dónde están?, ¿cómo están?”—, así que conciliaron el sueño casi inmediatamente sin intuir que su curiosidad, como

una serpiente que se muerde la cola, estaba por volver a la pregunta de aquella primera mañana sin hijos.

Fue lo que se preguntaron durante el despertar uno y lo que están preguntándose ahora mismo algunas madres y algunos padres durante el despertar cuarenta.

“¿Dónde estoy?”.

La mujer de pelo rojo, por ejemplo, mira el techo, las paredes tapizadas de su habitación, las cortinas que dejan pasar la luz matinal, sin un dejo de reconocimiento en la mirada. Su extrañamiento se prolonga lo suficiente como para que la pregunta se vuelva sobre sí.

“¿Quién soy?”, se pregunta.

Por un instante de verdad no lo sabe. Podría volverse hacia el hombre que duerme a su lado, sacudirlo por el hombro, pedirle que le ayude a responder. Ella únicamente se ha anticipado a lo que le sucederá a muchos otros al despertar en el pueblo. Madres y padres reducidos a una partícula de conciencia con capacidad para cuestionarse “¿quién soy?”, pero sin espacio para la angustia de no tener la respuesta.

En este día cuarenta cuando deberían pensar en los niños, ellas y ellos parpadean perplejamente por despertar a una pregunta sin respuesta y sin angustia, y, como la mujer del pelo rojo que no sacudió a su marido para que le ayudara a encontrarse, dejan de mirar el techo, cierran los ojos y, sin saber quiénes son, se duermen otra vez.

La segunda vez que despierten, horas más tarde, reconocerán el techo, el papel tapiz, las cortinas y el pedazo rectangular de mundo que se ve a través de la ventana.

—¿Quién soy? —recaerán de nuevo en la pregunta, aunque esta vez desde una conciencia tan amplia que serán incapaces de levantarse de la cama por efecto de la conmoción.

Uno de los padres, calvo y de ojos enrojecidos, se ha quedado inmóvil ante la ventana de su casa. Respira con precaución como si el aire se hubiera endurecido y llenado de espinas por la noche. Su esposa, por detrás, enfundada en una larga bata, se le acerca ahuecando la mano para ponérsela en el hombro.

En otra casa, hay una mujer sentada en el sofá de la sala.

—¿Qué te pasa? —le pregunta su marido.

—¿Tengo un vestido verde? —responde ella sin levantar la mirada.

—¿Vestido verde?

—Me vi anoche con uno, en el sueño...

Cuando él se sienta a su lado, ella se vuelve y lo mira avergonzada.

—Me parece buena idea cumplir un sueño.

Afuera hay un terreno baldío. Está lleno de matojos y cubierto de basura. Si alguien se detuviera para mirar, no sabría de dónde brota esporádicamente un suave y tierno maullido. Es un maullido, pero con un esfuerzo de voluntad podrían las madres y los padres que pasan por allí para poner en marcha la ciudad escuchar gimoteos humanos, vagidos, oír una delicada queja que clama por los suyos y pide ayuda.

Los periódicos de ayer han sido apilados, amarrados con un cordel y ocupan varias esquinas de la ciudad, listos para ser devueltos. El camión que los recoge deja a cambio las pilas de noticias del día de hoy, igual de acordonadas. Se lleva las noticias del mundo que han sido desdeñadas y deja las nuevas noticias. A la distancia no hay diferencia entre ambos atados de periódicos.

Ayer. Siempre se trata de ayer. ¿Qué sucedió ayer en el mundo que hoy sea noticia?

—Por favor —murmura la mujer que suele apoyarse en el antepecho de roca del puente para mirar la corriente del río—. Por favor —se dice a sí misma sin quitar los ojos del agua.

En el pueblo han sido abiertos ya varios negocios —la tintorería, la tienda de comestibles, la zapatería, los cafés—, pero extrañamente nadie ha encendido ni la radio ni el televisor.

Es de suponer que en algún momento alguien comprará un diario, alguien encenderá una radio, alguien escuchará en el maullido un sonido humano, pero hasta ahora nadie compra, nadie pulsa el botón del control remoto, nadie tiene la voluntad de humanizar nada.

Dos mujeres caminan del brazo por la calle; un hombre ha salido a colgar la ropa húmeda en su jardín posterior; el dueño de la zapatería contempla un par de pequeños botines de charol.

Si hubiera sonado el teléfono, la imagen de la mujer petrificada ante su ventana podría ser tomada como indicio de mala noticia. Tiene las manos en la cabeza y su gesto es de franca mortificación.

Allá a lo lejos, un auto patrulla circula tan lentamente que va tejiendo todos estos momentos y va preparándonos así para la deducción.

¿Cuál es la deducción?

Algo está por ocurrir... algo está por saberse ocurrido.

Por ejemplo, ahora que la mujer del pelo rojo camina junto al terreno baldío y escucha el suave y tierno maullido, se detiene. No porque haya oído ni gimoteos ni delicadas quejas humanas. Lo que escucha son las reverberaciones de su pasado. Maullidos acaso más suaves y más tiernos en su memoria. Ella era una niña. Los trabajadores del campo los cogían con cuidado, casi con amor, y los gatos recién nacidos, aún ciegos, sonrosados y sin pelo, permanecían inmóviles dentro de esas

manos grandes y maltratadas. Ella había ido acercándose a los hombres sin entender lo que veía. Lo que veía era el trazo que dibujaba el brazo de los hombres. Un arco casi completo; de allí se desprendían los maullidos y, luego, como por arte de magia, la roca que estaba frente a ellos se teñía de rojo.

¿Premoniciones? ¿Malas señales?

En el traspatio donde fue puesta la ropa a secar, una fuerte racha de viento ha arrancado algo parecido a un pañuelo, se lo ha llevado en veleidosas ventiscas que lo dejan caer al suelo y de allí lo recogen hasta ponerlo inverosímilmente en la corriente del río donde la mujer del puente podría verlo si estuviera atenta.

—¿Qué te pasa?

Quien interroga es un hombre alto y encorvado. Se ha parado junto a su mujer en el patio. Ella está rodeada por una manguera, una pala de jardinería, tijeras, rastrillo, y se halla hincada ante un redondel de flores muertas.

—¿Qué te pasa? —le había preguntado él.

—Olvidé cuidarlas... —murmura ella abatidamente inmóvil, con las manos enfundadas en unos feos guantes amarillos que se le derraman como pájaros muertos sobre el regazo.

En la zapatería, los botines de charol caen ruidosamente al suelo; en la mirada de la mujer del puente entra lentamente esa especie de pañuelo arrastrado por el río.

No son sino aconteceres, secuencias de acontecimientos que podrían recombinarse al infinito hasta que de pronto fueran botines (y no un pañuelo) los que giraran arrastrados por la corriente del río.

Una secuencia apropiada para un día cuarenta. Sí, de eso se trata.

Ahora los periódicos ocupan la mesa de cada casa, y los radios y los televisores están encendidos, y los teléfonos no dejan de sonar.

—Olvidé cuidarlas... olvidé cuidarlas.

La mujer está detrás de su marido —el hombre calvo y de ojos enrojecidos—, pero no consigue ponerle la mano en el hombro. La imagen que ve él con los ojos cerrados son prendas de ropa infantil flotando en el cielo.

Por favor, por favor.

Y en el terreno baldío, entre los matojos y la basura, se escuchan gimoteos, suaves quejas humanas.

Niños cayendo del cielo, desplomándose como pájaros muertos en los jardines y sobre los techos de las casas y hundiéndose abruptamente en el río.

Por la avenida, con lentitud, avanza el auto patrulla cuidando que nadie salga de sus casas.

En todas las primeras páginas de los diarios, en todas las pantallas, en todas las bocinas de las radios, en todas las llamadas telefónicas está la misma imagen de un avión que cae del cielo, que desciende casi juguetonamente, que se viene abajo como si fuera buena la idea de cumplir un sueño.

Un digno día cuarenta.

De eso se trata, de una secuencia apropiada para un día cuarenta —lo que la mujer del jardín tiene en el regazo no son sus propias manos enguantadas ni llora por un redondel de flores secas; lo que sostiene sobre su regazo es una hija vestida con una amarilla pijama deslumbrante como el sol—, dramáticamente apropiada, sí...

Y, sin embargo, la secuencia es falsa.

Es el puro espejismo de un pesado día cuarenta que fatigosamente transita sustituyendo y recombinando pasados humanos igual que el camión de los diarios en la ciudad.

No ha habido tragedia.

Nunca habrá tragedia en esta historia a pesar de las necesidades de nuestra imaginación por buscarnos un eje del cual detenernos para ponernos a girar en duelo, en llanto, en dolor.

No ha habido tragedia; nunca habrá tragedia aquí.

El maullido se ha apagado en el terreno baldío. Los periódicos de este día cuarenta han sido ya apilados como los de ayer y desdeñosamente esperan el paso del camión; ningún teléfono suena dentro del absoluto silencio de la noche.

El día de la promesa, el día cuarenta de “volverás y aquí estaremos”, ha llegado a su fin.

VIII

También mi personaje ha llegado al final de la cuarentena pero no al final de su historia. La suya, sí, trágica historia. Él fue viendo el recorrido del sol en el cielo de este último día, el recorrido silencioso de varios aviones que no se vinieron abajo, el recorrido de las palabras en su cabeza, el recorrido de una familiar sensación desde el estómago hasta la base del cuello donde ha ido abriéndosele como una flor de pétalos multicolores.

—No... Por favor no —ruega porque ha reconocido la llegada del dolor.

Y luego se ha ido resbalando en la banca de la desierta plataforma donde hoy los trenes no vienen ni van.

Cuando comienza el ocaso del día cuarenta y de su estragada conciencia, mi personaje decide que no ha contado correctamente los días.

“Me equivoqué”.

Es la única idea que logra formar dentro de la guerra que se libra al interior de su cráneo. Y le basta.

“Me equivoqué”, y allí se atrinchera él, en ese ridículo agujero mental, allí intenta resistir el fuego cruzado con que su cerebro está destrozándose a sí mismo.

Ensondecido y deslumbrado por la migraña, sobrevive horas hecho un ovillo en esta solitaria banca y en esta desolada noche y en este miserable pensamiento.

“Es mi culpa... Me equivoqué”.

Paradójicamente, es cuando el dolor comienza a remitir durante la madrugada que él se levanta de la banca y trastabillando se acerca al muro donde choca la cabeza contra el muro.

Al principio, resulta ser tan suave y tan acompasada su violencia que no parece literal.

Una metáfora hecha menos de actos que de gestos en donde un hombre quiere dejar de escuchar la melosa y susurrante voz de su interior que le dice que no se ha equivocado.

—Contaste bien... cuarenta días...

Cuando el par de policías, de aquel auto patrulla que ha estado recorriendo enteramente este día cuarenta de punta a punta la ciudad, llega a la estación de trenes y consigue maniatar a mi personaje, ya no hay metáfora en su cara bañada de sangre.

Él está a punto de perder la conciencia:

—Déjenme... déjenme...

Los policías lo llevan en vilo hasta la patrulla.

—Por favor... —todavía alcanza a susurrarles— si yo no estoy aquí, nadie vendrá a recibirlos.

Por la mañana, cuando salga del hospital, lo único que le interesará será atravesar la ciudad para comprobar que realmente se ha equivocado y que el día cuarenta es hoy y no ayer. Se detendrá en una esquina. Únicamente hasta que atine a cerrarse el saco para ocultar su camisa escandalosamente manchada de sangre, un taxi se detendrá.

—Sólo maneje —le dirá al conductor.

Cuando el auto recorra tanto la ciudad adulta como la sumergida ciudad infantil sin que él logre ver a ningún niño desde la ventanilla trasera, le pedirá al hombre que se dirija a las orillas.

—No tardarán mucho en volver.

Él elegirá una de aquellas avenidas que se va quedando sin semáforos y sin casas mientras se ensancha y se alarga y se aleja de todo para terminar convertida en autopista, y le dirá al taxista que aquí es un buen lugar.

Apostado junto a una gasolinera (pero también junto al restaurante de la gasolinera y junto al baño de la gasolinera que se irán convirtiendo en su restaurante y en su baño), con un horizonte en fuga sólo para él, mi personaje esperará durante cada uno de los días cuarenta que, de allí en adelante, llegarán y se irán como un tren sin cristales, y entonces sin empañamiento posible, y entonces sin caligrafiado ruego “revlov ed aroh se ay”.

Lo que hará, lo que hace desde entonces, es alimentarse de palabras, cubrirse con ellas en su aterida espera, embeberse hasta la ebriedad de la mentira, la bella mentira que acunará niños y que les hará saber que son amados.

Una historia a medio hacer sobre sus hombros es lo que lo tiene doblado y mal respirando, como si el aire se le hubiera llenado de filos.

Tantas opciones narrativas para una historia de padres e hijos. Tantas. Y, sin embargo, nunca le ha sido tan difícil encontrar un final.

—La madre despierta justo para ver salir apesadumbradamente de la cueva a las mujeres y los hombres del pueblo. “No hay nadie allí dentro”, murmura alguien, pero ella ya lo sabe. Se demorará horas tratando de convencerlos de lo inexplicable. “Esas mujeres desnudas y esos hombres desnudos que huyeron hacia las montañas eran nuestros hijos”. ¿Quién puede aceptar algo así? Su gente la ve con piedad y luego tristemente le dan la espalda. Ella, mujer loca (como comienzan a llamarle), se encumbra entonces por la montaña siguiendo el rastro de sangre dejado por los heridos. El primero que la seguirá hacia las alturas del mundo, después de días de infructuosa búsqueda en las bajuras del mundo, será su esposo. Él soltará el machete y no mirará atrás aunque sus vecinos le rueguen que, por favor, vuelva. De pronto la disyuntiva en la que empezarán a debatirse íntimamente cada madre y cada padre cuando encuentren las huellas de los lobos es perder toda esperanza o rendirse al delirio. Cada noche, alguien del pueblo, lo mismo aplastado por la fatal realidad que obnubilado por la fe, desaparecerá hasta llegar el día en que menos gente deambule en las bajuras que en las alturas. El día que es, entonces, el último, un hombre sube tras la penúltima mujer, quien subió a su vez detrás del antepenúltimo hombre. Es el día final del pueblo porque nadie regresará.

Arriba, en la cima nevada de la montaña, quien había encontrado a los desnudos fugitivos fue, por supuesto, la madre loca. Luego su esposo. Después quienes, por la noche, sigilosamente fueron renunciando al bosque por poner la esperanza en la montaña. Los últimos en llegar han sido, en ese orden, el hombre, la mujer y el último hombre. Y cuando estos tres rezagados alcanzan la cima con los labios amoratados, sin sentir los pies de tan hundidos, primero en la nieve, y de tan lastimados, después por andar sobre el hielo, temblando sin control, descubren que los fugitivos han muerto. Se hallan desnudos, como los recuerdan, pero están abrazados entre sí igual que un racimo de fruta cristalizada, completamente congelados. Los demás pobladores que se les anticiparon, como una pared humana pero ya sin gritos ni luz, les rodean aterrada-mente. “¿Qué hicimos?”, es la pregunta donde se van desencajado y donde su mirada se ha tornando extraña. El hombre, la mujer y el hombre recién venidos descubren pronto que ése es el verdadero mal. No el frío de la cima ni el hambre ni el eventual arribo de los lobos. Abandonarse a la interrogación. “¿Qué hicimos?”, enloqueciendo allí, “¿qué hicimos?”. Dejándose morir en ella. —Tenemos que bajarlos... llevarlos al pueblo... enterrarlos en el cementerio— empiezan a decirle a cada madre y a cada padre los tres rezagados, pero la muralla humana no reacciona. La mujer, que fue la penúltima mujer en subir a la montaña y que tiene en las muñecas dos heridas transversales todavía cicatrizando, inesperadamente se arriesga. Del montón de cadáveres trenzados intenta separar uno de los cuerpos. Los otros dos hombres que subieron con ella sienten un latigazo de terror cruzándolos de pies a cabeza porque de

pronto ya no reconocen a su gente en esos seres humanos aquietados por la tribulación y no saben qué esperar. “Podrían echársenos encima”. La mujer, quizá por el dolor de sus muñecas, no consigue separar el cuerpo y, sin embargo, logra algo mejor. Los cadáveres unidos como cristal comienzan a deslizarse entrelazadamente en la cima de la montaña. Las madres y los padres del pueblo, amaratados por el frío y con el pelo escarchado, no atinan a moverse sino hasta que el racimo de muertos casi topa con ellos. Entonces abren la muralla y comienzan a caminar detrás mientras los tres rezagados, jalando y empujando, los deslizan sobre el hielo igual que un trineo hecho de cuerpos humanos. Conforme bajen por la montaña, irá desapareciendo la nieve y luego el hielo y se hará más pronunciada la pendiente. Tres personas ya no serán suficientes para controlar la travesía de tanta muerte. La mujer y los dos hombres les pedirán ayuda a los suyos, pero no encontrarán en esas miradas enfebrecidas ningún atisbo de comprensión, y entonces se responsabilizarán de lo que nadie ha querido hacer hasta ahora: del reconocimiento. Si la necesidad de una esperanza los llevó del bosque a la montaña y luego de la montaña a la locura, es hora de darle consistencia a la esperanza comprobando si de verdad esos cadáveres desnudos son sus perdidas hijas y sus perdidos hijos. Los tres rezagados empezarán a buscar en los rasgos petrificados de los muertos una semejanza con las mujeres y los hombres que permanecen aquietados. A la mujer de las muñecas heridas le resultará escalofriante la simpleza con la que las fisonomías de los muertos irán embonando con las fisonomías de los vivos. Piadosamente irá señalando a las madres y padres, y los dos hombres,

entonces, irán hacia ellos para conducirles al cadáver que les corresponde, y allí les ayudarán a extender los brazos y a aposentar las palmas en el torso, en la cabeza o en el brazo de sus hijos. Atribulados por esta ocupación que nadie debería llevar a cabo nunca —llevar a los vivos hacia sus muertos— (y cegados por la anticipación de que acabarán por topar, también, con un muerto donde rasgo por rasgo, como ante un espejo, darán con ellos mismos, y entonces su propia esperanza llegará a su final en todos los sentidos de la palabra), la mujer y los dos hombres no han advertido que las manos de las madres y las manos de los padres han ido deslizándose sobre la piel marmórea de los muertos hasta que el hielo ha comenzado a derretirse, y junto con los hilos de agua que surcan ahora a sus hijas y a sus hijos, comienzan a aparecer también rojos manantiales cálidos. Cuando los dos hombres van hacia aquella primera madre enloquecida —quien aquel nefasto día que ahora parece tan lejano gritaba como el lóbrego tañido de una campana— y la conducen hacia su hijo, descubre ella al fin los estragos de su violencia. No podía ser de otro modo. No hubo machetazo más largo y profundo que el inicial, el que se tornó ejemplo, el principio de una genealogía de machetazos de padres a hijos. Allí está, en el primer hombre desnudo que salió de la cueva, un tajo abriéndole el costado igual que una branquia, y por allí, gota a gota, también se desangra. Los tres rezagados se miran entre sí y luego se giran sobre sus talones para ver el rastro visiblemente rojo que tiñe la nieve y que termina o empieza allí donde está la manada de lobos. Imposible saber cuánto tiempo han venido detrás y cuánto tiempo llevan agazapados, con los colmillos al aire, dejando brotar

un casi inaudible rumor. La mujer y los dos hombres reconocen que ha llegado su fin. Descubren ahora que desearían haber encontrado a sus propios hijos en el amasijo de cadáveres para morir con sus manos en ellos, para morir en ellos. Al mismo tiempo, y así de paradójicos son los asuntos del corazón, se saben afortunados contra todas las madres y todos los padres que tocan la verdad, porque ellos desaparecerán sin conciencia, protegidos por la imbecilidad de una verdad no confirmada y, entonces, todavía protegidos por esa otra esperanza detrás de la esperanza: si no dimos con ellos, acaso viven. Cuando la manada de lobos se lanza contra ellos sucede algo fascinante, si fascinante puede ser la locura cambiando de signo. Con las mismas manos desnudas que tocaban a sus hijos, las mujeres y los hombres se vuelven y atacan a los lobos. No se defienden, los atacan con sus ridículos dedos engarfiados y con su boca de pronto abierta y pobremente dentada de donde emerge un sonido que no es humano. Los cuerpos impropios para la desigual batalla tienen, sin embargo, algo de lo que carecen los lobos: la necesidad absurda de la inmortalidad. Han encontrado a sus hijos y nunca más volverán a perderlos. Por eso en realidad no están atacando a los lobos. Lo que hacen es quedarse para siempre con sus hijos. Habrase visto gesta más heroica: quedarse. Acaso por eso no son abatidos por las dentelladas que los desgarran. Los lobos parecen de verdad desconcertados cuando esos guiñapos sangrantes se les echan encima una y otra vez en grupos más y más grandes de moribundos. Al final pocos lobos quedan sobre la nieve, hechos literalmente pedazos, muertos de una vez y para siempre, y no como las muchas mujeres y los muchos hombres que, de tan mal

que se mueren a su lado, no hacen sino agitarse, gemir, pero sobre todo, arrastrarse sobre la nieve hacia el racimo de muertos. En esta batalla entre la mortalidad y la inmortalidad, los lobos se salvaron casi todos con la huída, mientras las madres y los padres agonizan casi todos tendiendo la mano inmortal hacia sus desnudos muertos y asiéndose de ellos ahora que al fin padres e hijos se han encontrado.

IX

“Volverás y aquí estaremos”.

Mi personaje tendría que estar aquí para ver y registrar lo que sucede en un mundo sin niños.

Un pernicioso y malsano tanteo de la muerte, escribiría él, o algo semejante con esa tendencia suya al colosalismo.

Si él acabara teniendo la verdad de su parte y toda separación entre hijos y padres fuera esencialmente trágica, con mayor razón debería volver. Contemplar a estas madres y a estos padres sin hijos que, de pronto, dejan caer manos y mirada en un feo aquietamiento, enfermizo, morboso, yéndose de bruces no en la pregunta “¿por qué?” —cuya interrogación conduce a los orígenes, a la cadena de generaciones humanas, perdiéndose hacia el principio de los tiempos y en donde, sin embargo, no hay un ejemplo parecido que les sirva de ascendencia y genealogía cuando lo obvio era pensar que, de mano en mano y de boca en boca, habría pasado todo acto y toda palabra que se manifiesta hoy en el mundo (dicho de otro modo, por dónde y por quiénes y desde cuándo ha pasado subrepticamente esta heredad

para que hoy, aquí, acontezca por primera vez tal separación de hijos y padres)— sino abismándose las madres y los padres en la interrogación opuesta al “¿por qué?” que es el cuestionamiento dirigido hacia el final, hacia la finalidad: “¿para qué?”.

De suceder esto, de inclinarse no hacia el pasado sino hacia el futuro, mi personaje tendría que estar presente, pues los padres del pueblo estarían aproximándose peligrosamente a la experiencia trágica de atentar contra sí mismos (y acaso de atentar contra otros).

Dos voluntades contrarias a las únicas dos didácticas humanas heredadas desde el principio de los tiempos: contra el supervivir y el prevalecer, el ponerse fin (y acaso el poner fin a otros).

Ninguno de los hombres que se reúnen en el bar o coinciden en el cine, que salen de la iglesia, que pasan junto al estadio vacío ahora que la temporada ha llegado a su fin, ninguna de las mujeres que caminan del brazo por el parque, que miran morir sus jardines desde la ventana, que recorren tiendas en busca del vestido verde de sus sueños, que abren las alacenas y ven intocados los frascos de las mermeladas y los recipientes de azúcar reconocen que es una vacilación existencial la que se quitan de encima cada vez más seguido.

De pronto se sorprenden detenidos física y mentalmente, caídos en una de esas pausas del tiempo donde el tiempo se les ha ido de una manera inquietante, dejándoles inconcluso lo que hacían y donde ellos mismos estaban permaneciendo por un instante fuera de todo.

Con una violenta sacudida de la cabeza resucitaban de esos escatológicos trances.

—¿Qué te pasa?

Y qué iban a decir si era obvio, si era comprensible y todos lo sabían.

—Nada.

Cuando deberían decir “la nada”.

Y cada vez costaba más volver al mundo con un sobresalto para incorporarse a la identidad perdida, para retomar su lugar en la cadena de seres humanos, para recordar de golpe el principio de las calles, del fuego, del abismo, de las fauces, pero sobre todo, acaso, el principio de no dejarse morir por propia mano.

¿Qué puedo decir?

Lo obvio: mi personaje me ha abandonado; no ha podido vencer su impulso inicial y ha decidido quedarse, a su modo, con los niños.

Supongo que no es algo nuevo lo que sucede aquí: crear una historia para ver algo y de pronto descubrirse mirando hacia otro lado.

Si él es un rebelde (¿y dónde están los bebés y los adolescentes y los ancianos?, ha empezado a preguntarse otra vez), yo soy pertinaz.

El diorama de un mundo sin niños.

¿Qué nos sucede a nosotros, a quienes nos quedamos, a los adultos, a nuestras ciudades, a nuestras cosas, a nuestro cerebro, a nuestro corazón, a nuestras palabras, a nuestra vieja alma?

Hay un hombre viudo en la ciudad que ha estado poco por las calles durante este tiempo —para despedir a sus hijos el día cero, para recalar a veces, como mi personaje, en algún bar o para ir al cementerio con su esposa— y por eso no había aparecido propiamente en esta historia. Él lleva años escribiendo un libro, una síntesis, un breviario de la existencia humana. Pero

desde hace unas semanas las cosas no le van bien. Ha tratado reiteradamente de hacer conexión con lo que escribió la misma mañana en que se fueron los niños, pero día tras día ha dejado de entenderse, como si él y quien fue hubieran empezado a hablar idiomas distintos: se escucha balbucear sonidos ininteligibles en un lenguaje que ni siquiera parece haber descubierto la escritura.

—Una locura —le dice a su esposa resbalando una caricia sobre la fría lápida.

Hay también una mujer en la ciudad cuyo sentido de vida es igualmente una obra. En el fondo siempre ha sentido ella un dejo de culpa porque su maternidad verdadera esté en la pintura. Con sus hijos ya pintaba desde la mañana hasta la noche, aunque no estuviera en su estudio desde la mañana hasta la noche; no sé si me explico. En la cara de sus hijos, en la cara de su esposo, mientras comían ellos o hacía el amor con él o cuando los veía dormir o al discutir por tonterías o en tanto se afanaba en cuidarlos, contemplaba ella en esos rostros amados un despliegue de imágenes y colores incomprensibles a los que sólo conseguía domesticar en el lienzo.

Sin embargo, suma ella también semanas sin ver despliegues fantasmales ante sus ojos.

Ambos, el filósofo y la pintora, no advierten aún lo sucedido.

Ocurre que han dejado de vislumbrar la eternidad; se les está apagando la noción de trascendencia. Dicho sin poesía, son los primeros aquí en el pueblo en donde el futuro ha empezado a capitular.

Una de estas mañanas, la pintora, harta de sus jornadas inútiles en el estudio, le dice a su esposo que se va con él; coge la

cámara fotográfica y salen juntos. El filósofo también ha salido de su casa pero se ha dirigido al café con las manos vacías; se ha sentado en una de las mesas del exterior, ha intentado leer el diario, aunque ninguna página parezca notificarle nada que le incumba: lee palabras y detrás de las palabras divisa sucesos que no le corresponden, con los cuales no se siente aludido.

“¿Qué tiene que ver conmigo lo que le ocurre al mundo?”, ha atinado a pensar en el colmo de la antipatía.

En síntesis, lo que va a sucederles hoy a esta pintora que se ha ensayado fotógrafa y a este filósofo que se improvisa, sin saberlo, como periodista, es que tendrán oportunidad de testimoniar no sus ideas y sus colores como siempre sino lo que le sucede a su ciudad.

En su errático vagabundeo, por ejemplo, la pintora ha pasado junto a la mujer de guantes amarillos e instrumental de jardinería quien permanece en hinojos ante un macizo de flores. Si atinara a ver, habría conseguido una instantánea fundamental: la mujer hincada casi religiosamente ante la perfecta manifestación del crecimiento en el mundo. El arquetipo de la vida en proceso —el florecer, el retoñar del reino vegetal—, y, sin embargo, las manos caídas sobre el regazo denunciarían que ella no consigue sentir ninguna simpatía por el verde engrosamiento, agrandamiento y encumbramiento de las plantas.

Mi personaje, si estuviera aquí, diría que la fotografía habría logrado captar a una mujer fuera de la mitad gozosa del ciclo de la vida, la etapa del nacimiento y del crecimiento de lo orgánico, petrificada por la intuición de que allí, en su ciudad, las personas se estaban quedando únicamente con el marchitamiento (pudo ser el título de la fotografía) —gestos, actitudes,

actos, palabras precipitándose en caída libre, atrofiándose, tornándose vulnerables e inútiles, decayendo.

Exageraría, por supuesto, mi personaje; siempre exagera.

¿No se han dado cuenta cuántas actividades humanas están ligadas al cuidado y a la crianza y a la protección? Así como los terrarios son bosques microscópicamente domesticados y microscópicamente domesticados son los mares en las peceras, así la jardinería, las mascotas, la limpieza de los hogares son el microscópico y domesticado espacio de la maternidad. Cuántas casas empolvándose, cuántos animales escapando de su mansedumbre y cuánta vegetación secándose ahora que no hay niños.

Y luego él replicaría que de eso se trata el arte en tiempos agónicos: de dar la voz de alarma, por aquello de las fotografías.

La pintora no tomó la foto, sin embargo.

Y no dio la voz de alarma a pesar de tener otras imágenes reveladoras.

Fuera de una casa, un matrimonio había sacado un par de sillas y estaban sentados a la vista de todos. Podría confundirse con el placer de los primeros días. Pero era la flojedad de sus cuerpos, relajados a un extremo que parecía deshuesarlos, lo que asustaba. La mujer de labios casi inexistentes y el hombre esférico sentados en sus ridículas sillas, en medio del patio y a mitad de sus vidas y desvergonzadamente a la vista de todos, dirigían los ojos hacia las alturas como si nunca antes hubieran visto el sol, las nubes, el monótono azular del firmamento, pero también como si no necesitaran nada de aquello. Meses atrás habían sido dos personas compactas y concentradas. Fueron los hijos quienes se llevaron su perímetro, su solidez, su foco y su perspectiva. Increíble, ¿no?, que seres tan pequeños hubieran hecho algo así en un par de anatomías tan formadas. Lo que les faltaba hoy al cuerpo de la mujer y al cuerpo del hombre

—de haber sido tomada la fotografía— no aparecería en la imagen es un para qué. De eso se trataba. De mostrar que lo que les hacía falta era una niña de ocho años y un niño de cinco, y que justamente por tal ausencia los padres se derramaban en indiferencia y en pasividad ante la curiosidad de quien quisiera contemplarlos.

—Sin hijos que contengan nada —diría mi personaje—, ellos han quedado a expensas del regreso de la vasta realidad, del inmenso mundo que un día dejaron de atender por causa de sus hijos, del entero universo que siempre siguió rodeándolos a pesar de su desdén. Ahora que volvían a la realidad, el mundo, el universo con su vasto, inmenso y entero misterio, los encontraba, sin embargo, sin la gana de conocerlo ni de conquistarlo ni de temerlo.

“Perdidos en la infinita libertad” (sería acaso el título idóneo para la imagen).

En el vagar de la pintora con la cámara al hombro pasaron tantas visiones dignas de preservación. Tuvo al alcance una secuencia que empezó con un hombre. Era uno de estos hombres que siendo payaso, ahora no era nada. Caminaba hacia el café donde se reuniría con los pediatras, las maestras de jardín de niños y los maestros de las escuelas primarias, y otros como ellos, inútiles, inutilizados. Sucede que tropezó. Así de improvisado y sin que hubiese nada que produjera el traspie. En realidad no fue un traspie ni un tropezón. ¿Cómo puedo decirlo? Como si las plantas de los pies hubieran fallado en los milimétricos reacomodos musculares que lo mantenían en equilibrio. Cuando era inminente la caída, pretendió sujetarse de una mujer que venía en sentido opuesto, pero ésta lanzó un grito e instintivamente se detuvo en seco.

Hubiera sido una buena foto. La mujer rígida en realidad no sólo se había detenido. Se echó hacia atrás y el hombre perdió así la oportunidad de amortiguar el golpe. Luego todo se volvió extraño. En la imagen habrían quedado claramente visibles los brazos extendidos del hombre hacia la mujer. ¿Pero explicaría esto que hubiera desoído él una sabiduría de sobrevivencia que de tan antigua ya ni siquiera se transmitía con palabras? No puso las manos. Cayó sin poner las manos. Peor aún, se desplomó sin atinar siquiera a ladear la cabeza, así que el golpe seco le reventó la cara.

Si la pintora hubiera sido diestra (y siniestra) habría podido también registrar con la cámara las reacciones de los viandantes atrapados en la órbita del accidente. La no reacción. Ninguna de las mujeres ni ninguno de los hombres convertidos en testigos involuntarios en esta microscópica desgracia consiguieron hacer nada. La inmovilidad propia de la fotografía habría sido una redundancia: una docena de seres humanos petrificados como estatuas en lo que no hicieron: ni tender la mano ni inclinarse hacia el caído ni en lanzar un grito solicitando ayuda. Lo que habría conseguido captar ella hubiera sido la falta, la carencia de ese primer impulso de ayuda humana, y en su lugar se hubiese mostrado la distancia abismal que había surgido casi instintivamente entre cuerpos que casi se tocaban: el de la mujer que seguiría gritando eternamente echada hacia atrás y no hacia adelante; el de un hombre cuya suficiente proximidad le habría permitido una tentativa de ayuda, así fuera ilusoria, un simulacro benigno, un mero símbolo al tender los brazos y abrir las manos hacia quien caía, y, sin embargo, sus manos nunca salieron de los bolsillos en esa fotografía que nunca fue tomada.

“Fuera del pronombre nosotros”, habría dicho con seguridad mi personaje, alarmista y grandilocuente él, y, sin embargo, hubiera sido éste un buen título.

La pintora perdió la oportunidad de captar el momento en que desapareció de esta ciudad el gesto cumbre de la expresión gregaria: el acto de tendernos la mano.

Lo imagino a él adhiriendo la fotografía en una hoja cuadrículada de su libreta de pastas negras y escribiendo al pie:

La capacidad cumbre del ser humano —el sacrificio— siempre ha sido un aprendizaje y un ejercicio cotidiano. El impulso casi reflejo que vemos surgir de los cuerpos humanos por ayudar, por proteger, por dar nuestra vida a cambio de otra, no es un regalo de la naturaleza, ni siquiera de la naturaleza humana, nada más lejos a un instinto o a un reflejo. Nadie sería capaz de arriesgar la vida sin las experiencias cotidianas del ceder, del aplazarse, del dar reiterados pasos adelante en aras de otro.

Lo que estaría recogiendo la pintora con su cámara fotográfica es lo que cuarenta días sin la experiencia de dar y de darse la han sustraído a los seres humanos supuestamente ya formados.

Sin embargo, la gente no fue captada por ninguna fotografía porque la pintora resultó ser una más de las personas incapaces de empatizar, de simpatizar, de conmovirse con el hombre caído.

Tuvo ella una última oportunidad. Se trataba de una mujer de abrigo gris, guantes morados, pelo recogido y bolso cruzado, que se hallaba en la esquina opuesta decidida a cruzar la calle. La pintora no habría tenido modo de saber que aquélla era la esposa del hombre caído y que acabaría encontrándose sin buscarlo y que lo ayudaría a levantarse para llevárselo lejos del

desdén y del inexistente retrato de la fisura de nuestro comportamiento gregario.

Si la fotógrafa hubiera mirado a la mujer, habría notado su impaciencia. Tanto así que aquélla dio un paso fuera de la esquina y con ello rompió toda la cadena de testamentos heredados de padres a hijos que se resumen en el rápido vistazo de ciento ochenta grados para atender ambos lados de la calle.

La mujer ni siquiera había visto a su marido, de modo que se deseslabonó de la herencia y se puso en riesgo sin ningún motivo claro.

La instantánea que pudo haber tomado la pintora hubiera tenido aquella aura de las imágenes anteriores: un negativo. Es decir, un encuadramiento de lo que, debiendo estar allí, no se veía por ningún lado. El automóvil aproximándose velozmente a la mujer y ella sin un gesto de terror descomponiéndole las facciones, sin levantar los brazos para ponerlos entre ella y el vehículo, sin un grito deducible en unos labios que permanecieron apenas entreabiertos. El negativo de la reacción esperada es lo que habría fotografiado la pintora. En su lámina habría quedado impreso, por el contrario, el gesto de la incompreensión, como si nunca antes hubiera visto un automóvil o como si nadie le hubiera enseñado que aquello dirigiéndose de ese modo hacia ella es el final. Un cuerpo en silencio. Nada más y nada menos. Enmudecido.

Una de las noticias que no leyó el filósofo y que se quedó en el periódico y en la mesa del café hablaba de una mujer alpinista que sobrevivió sin comida, sin agua, con ambas piernas rotas y dentro de una grieta por una cantidad inverosímil de días y de esperanzas.

“Me necesitan... No me puedo ir aún”, es lo que dijo que la salvó.

Justamente eso es lo que no había en la fotografía que pudo tomar la pintora: la generalizada voz del cuerpo materno pregonando a inútiles carreras o con un salto hacia la esquina recién abandonada o simplemente llevándose los brazos hacia la cara; lo único que importaba: perdurar. En el cuerpo enfundado en el abrigo gris y los guantes morados no hubo ninguna voz interna como alarma, ningún ruego convertido en actos, ninguna demencial reacción que pareciera vender el alma por un aplazamiento del encuentro entre ella y el automóvil. Ella permaneció inmóvil encarando el auto, con los labios entreabiertos y la mirada incrédula y absolutamente puesta en el otro extremo del deseo de supervivir que suele exudar un cuerpo materno o paterno en una situación límite.

“No puedo dejarlos solos... permanecer para cuando me requieran... estar por ellos... no morirme nunca”, acaso esto escribiría mi personaje de hallarse aquí. Claro, en armonía con su tonto cuento de los padres y los hijos que se perdieron: *el deseo demente de los padres por causa de los hijos: la inmortalidad*.

Fue la imagen que la pintora pudo capturar. El negativo de la voluntad de perdurar. La revelación, paradójicamente, de lo que allí no se reveló.

El conductor frenó, y a pesar de que parecía obvio que él no podría hacerse cargo por sí solo del salvamento, el chirrido de los frenos y el escándalo de las llantas patinando en el asfalto no llegó a la tragedia.

La inmortalidad. He aquí el título.

Al filósofo le ha sucedido algo similar. Horas después el atardecer caerá también sobre él y se levantará de la mesa dejando el periódico roto y una servilleta arrugada con su único logro del día. “Tendríamos que elaborar nuestras propias

noticias. Las buenas y malas nuevas que cada quien necesitaría ponerse ante los ojos para ser capaces de continuar”.

Sin saberlo, con su primera frase, rozó la intención última de este libro y tuvo él la posibilidad de hacer algo absolutamente original. ¿Se imaginan? Un periódico que diera noticia de este mundo sin niños.

Es más fácil imaginar pilas de libros, de música, de parques, de juegos, de escuelas, de sabores, de historias transformadas en basura de la noche a la mañana, pilas de ciudades fantasmas dentro de las ciudades humanas naufragando para nunca jamás emerger que visualizar, válgase la paradoja, lo que no se ve.

Este periódico tendría que arribar a cada playa de cada continente, como llegan las botellas con mensajes agónicos.

Un mundo sin hijos

Qué difícil ver cuando las mismas madres y los padres mismos se ponen ante el espejo y ni siquiera ellos lo captan.

Por eso este filósofo sería el mejor periodista.

Imagínenlo. Recibir el periódico y en lugar de las noticias de la guerra, el petróleo, la crisis económica, encontrar titulares de una ciudad donde se ha extraviado una de las cumbres amorosas, acaso la cima más sublime y delirante del amor: el dar sin esperar nada a cambio, el estar siempre, el sentimiento sin resentimiento, el único perdón logrado, la aceptación absoluta.

¿Tendrían los lectores la sabiduría de leer allí el verdadero fin del mundo?

Al filósofo improvisado como periodista le habría correspondido registrar lo que una máquina, como la cámara fotográfica,

no es capaz de capturar. Por ejemplo, que sin ese amor filial — sin la experiencia sublime y sin el arrebató delirante—, se han quedado abandonados aquí los padres a la cordura pragmática y calculadora de todos los amores condicionales, hambreados de reciprocidad y de pruebas amorosas.

¿Cuántos matrimonios, como esta pareja de la mujer que casi no tiene labios y el hombre obeso, han comenzado a dormir separados? ¿A evitar tocarse? ¿A ocupar en lugar justo donde no está el otro?

El filósofo tendría que dar cuenta de las noticias que acontecen sin acontecimiento relevante, espectaculares como la combustión microscópicamente incandescente de los bosques, consumiéndose sin llama con una morosidad imperceptible, pero que tarde o temprano acabará arrasando cada árbol que se levanta sobre la superficie de la tierra, cada libro escrito en papel, éste incluso alguna vez.

Sin los hijos, estas madres y estos padres han empezado a sufrir un proceso semejante de combustión.

—Tengo frío.

—Me siento sola... “No estás; ya nunca estás...”.

—No estoy bien.

En la misma primera plana del periódico, bajo los titulares de la extraviada cumbre amorosa, otra noticia así de condenatoria para la humanidad: “Perdida la faceta más luminosa de la felicidad, acaso la felicidad misma”, y el filósofo habría tenido que discurrir sobre una ciudad humana: la suya, donde la felicidad íntegra, o quizá apenas la interpretación de una felicidad así de íntegra, la creencia en una felicidad completa al alcance del género humano, acababa de esfumarse. Y el filósofo hubiera debido ensayar un argumento comprensible para quienes eran aún madres y padres con hijos en otras zonas del

mundo. Intentar transmitirles que el mito de la felicidad de la niñez, con o sin fundamento, es un alivio para nuestra especie: una promesa que persiste precisamente porque la vemos cumplirse —acaso ilusoriamente— con cada nueva generación que atraviesa el principio del ciclo de la vida, la fase gozosa, la del crecimiento, y que entonces no es una utópica espera sino una verdadera opción de retorno o, cuando menos, cuando más, la constatación de verla renacer con cada nacimiento: la felicidad inmotivada, inconsciente, inmerecida, plena, sin búsqueda ni conquista, donada a nuestra especie por el mero hecho de nacer humanos. (Una felicidad con la cual la misma vida humana se torna relevante, cobra un signo positivo y juzga que la humanidad no va tan mal después de todo).

Alivio y pregón de alivio en páginas y páginas de álbumes tachonados con millones de sonrisas infantiles que a veces la mujer del vestido verde o el hombre alto y encorvado hojean sin recordar todas las lágrimas que ellos mismos dejaron pasar por alto o los estallidos de furia de sus hijos o sus expresiones de tristeza, por retratar únicamente las sonrisas, la edición existencial de sus hijos que hoy hojean complacidos.

Si esa prueba existe y esa prueba se repite con cada generación —la explosión de la felicidad preservada en nuestras fotografías, videos, recuerdos—, entonces no habría que darle más vueltas a nada; es un mensaje con el cual nos hemos simplificado y lo hemos simplificado todo: la vida se legitima, la existencia humana se justifica, y, así, simplificados y desde la simpleza, podemos reír con nuestros hijos.

—Ja, ja, ja —rompe a reír la mujer del pelo rojo, en sincronía con el video de su hijo en el último cumpleaños, y luego se echa a llorar.

El periódico que sería el mensaje del filósofo arrojado a todos los ríos y a todos los mares para que recorriera toneladas de sal líquida y miles de kilómetros de silencio oceánico a fin de fondear en una playa perdida del mundo a la espera de manos curiosas y ojos pacientes que no se resistieran a la tentación del conocimiento se enfrentaría a un grave problema, el más grave, a saber: ¿cómo hacer noticia con algo a lo que a fuerza de relevos de generación en generación desde tiempos inmemoriales hemos dado carta de naturalidad y pasamos de mano en mano y de boca, en boca como nos damos caricias y nos besamos?

“¡Desaparecido el beso, desaparecida la caricia!”, así de absurdas serían las noticias, los fastuosos despropósitos de los encabezados.

—Ya no me quieres.

—¿No puedes tocarme de otro modo?

—No te acerques, por favor.

Despropósitos tras despropósitos, como éste de la tercera página en *Novedades de un Mundo sin Niños*: “¡Extinguida la necesidad de simplificar el mundo!”.

Sin niños en la ciudad —relataría perplejo y afrentado el filósofo después de sus lustros de trabajo por elaborar un breviario de la existencia humana— ya nadie se ocupa de allanar el conocimiento del mundo a fuerza de maniqueísmos, fórmulas de simplificación, dualismos, burdas categorías que separen la luz de las tinieblas. Sin las subjetividades en formación, vulnerables y frágiles de la infancia y la niñez, los trabajos de protección y cuidado relacionados con el saber pecan por su ausencia. Moralmente el bicoloramiento abusivo del mundo y la grosera separación en “bien” y “mal” (es decir —agrego yo—, la separación entre aquello del mundo que garantiza tu perdurabilidad contra aquello del mundo que persigue tu aniquilamiento) no

existe más. Éste y otros atajos se están perdiendo por falta de práctica en el ejercicio de dar respuestas que acallen las preguntas, que ofendan a las preguntas, que produzcan remolinos dentro de las preguntas en una inescapable tautología. Sin personas (niños) que realmente requieran un mundo neutralizado, contrarrestado, esterilizado para fortalecerse, nadie se ocupa más de las cíclicas síntesis. (En esta ciudad es notoria ya —agregaría mi personaje— la desaparición de la trabajada ilusión, de la trabajada inocencia, de la trabajada ingenuidad, de la trabajada ignorancia y de la trabajada incomprensión a que nos obli-gan nuestros hijos). ¿Qué nos sucederá si dejamos de intentar los periódicos allanamientos en nuestra mentalidad? Me pregunto si la complejización irrefrenable del mundo puede ser resistida por la conciencia humana. Sinceramente inquiero si la humanidad pierde algo fundamental sin el cíclico ejercicio de la simplificación, algo así como un cierto vislumbre de caras verdades que sólo se consiguen al limpiar, al tornarnos elementales y básicos; verdades evidentes que necesitamos y que, sin embargo, parecen haberse echado hacia atrás, a distancias inconmensurables, lejos, saliéndose de nuestro alcance, deján-donos abandonados.

El periódico del filósofo, como las imágenes captadas por la pin-tora en una factible exposición fotográfica, habría dado noticias de lo perdido y de la estela de consecuencias que tal pérdida estaba dejando tras de sí.

Un informe de los vacíos, de las burbujas que van col-mando la corriente sanguínea de una comunidad humana.

“SE BUSCA”.

Tal sería el clamor mortificado detrás de cada nota del periódico.

Una primicia así podría ocupar la hoja doble de la mitad del diario: “¡Se busca a la imagen y a la semejanza de Dios!”. Podría producir un efecto ambiguo con los signos de admiración flanqueando un grito con tal apariencia de dogma, de creencia, de doctrina religiosa. Acaso tal sería precisamente la intención del filósofo. Retratar el tema de la muerte de Dios pero en cada madre abandonada y en cada abandonado padre: la centralidad absoluta, casi divina, de cada hombre y cada mujer con hijo, ahora sin hijos. La noticia: en cuarenta días ha desaparecido la relación más desigual (y por ello más cercana a la divino) deparada a la especie humana: la omnipotencia y omnipresencia de los padres. “Me había convertido en Dios para alguien”, encajaría la cita el filósofo sólo para preguntarse retóricamente ¿En qué nos convierte la dependencia absoluta de los hijos? Ser necesitados en absoluto y por completo nos acerca, como ninguna otra experiencia, al ser divino, a encarnarlo... pero también al ser maligno. La experiencia divina y la experiencia maligna devienen en la conciencia de que realmente una vida depende en absoluto de ti. Conciencia de la cual nacen la tentación de la generosidad, la tentación del sacrificio, pero también la tentación de la posesividad, del despotismo, de lo abominable, de la supresión.

Siendo madres y padres —paradójica y potencialmente— pasamos a formar parte del enemigo. Es decir, al bando de los fenómenos del mundo y de las criaturas del mundo que persiguen la aniquilación de la nueva criatura. “Traicionarte, hija... Traicionarte, hijo”.

Y el filósofo aceptaría que algunas madres y algunos padres sí ceden y ejercitan esa voluntad de destrucción —inclinándose la minoría como en toda época humana por este lado maligno de la balanza— pero que, sin embargo —como en toda época

humana—, la mayoría no cede y opta por constituirse para sus hijos en la mitad del mundo que preserva. “Soy la mitad del mundo que te defenderá de la mitad maligna”.

¿Cuándo —se preguntaría entonces retóricamente el filósofo— vuelve a tener el ser humano adulto tamaña importancia, tamaña responsabilidad, tamaña dignidad?

Nos hemos banalizado, allanado, normalizado. Sin nuestros hijos hemos vuelto a la dolorosa mediocridad de no ser Dios.

En la contraportada del periódico, al cerrarlo, como la otra cara de la moneda, podría leerse un titular también desproporcionado: “¿Dónde está la fe?” Y allí el filósofo confesaría que su hijo fue quien le enseñó la verdadera magnitud de la credibilidad absoluta.

—Yo era el destinatario de esa fe —revelaría—. Descubrí, gracias a mi hijo, que de mi boca salían palabras que jamás eran puestas en duda. “Ha muerto, sí, pero está con nosotros”... “Mientras tú la pienses, vivirá”... “Te cuida; tu mamá siempre te está cuidando”. La verdad estaba en mí... Es la experiencia más parecida a la redención, al perdón absoluto de cualquier falla que hubiera de serme perdonada, a la iluminación. Yo me había convertido en el elegido de alguien. Fue inevitable comenzar a parecerme a la figura que esos ojos suyos veían en mí. Una metamorfosis pasmosa obró en mi persona y me convertí en un ser infinitamente mejor de lo que soy ahora y de lo que nunca fui. Mi esposa, que en paz descansa, algunas veces me llegó a confiar la pena que le embargaba por el crecimiento de nuestro hijo. Ahora pienso que ella tenía que estar sufriendo por anticipado mi misma sed y mi misma hambre, la sed y el hambre de ser el destinatario de la fe. Cada quien por su lado y a su modo, honestamente nos ocupábamos de no fallar; lo

intentábamos, seguir siendo a sus ojos lo que sus ojos veían, heroicamente aplazando lo que inevitablemente terminaría por llegar: la decepción de la fe... adonde quedaríamos ella y yo patéticamente desnudados ante su mirada, tristemente reducidos a nuestra verdadera dimensión... Acaso por eso murió mi esposa... Acaso por eso deberíamos los padres de morir a de tiempo...

La culpa ha sido mía y de mi personaje.

Él no ha estado donde debería estar —aquí— y acaso yo les he pedido demasiado a la pintora y al filósofo.

Ahora ha concluido otro día. Ambos han vuelto a sus casas, a sus respectivos estudios, a sus inopinados trances que los dejarán petrificados hasta bien entrada la noche, lejos de las voces ideales o fantasmales que en otras casas de esta misma ciudad sin niños, en otras recámaras matrimoniales fracturan el silencio, abriéndose paso en la penumbra como fuegos artificiales, igual que pétalos de flores marchitas en la noche de la incomprensión.

—Me siento sola.

—Estoy aquí yo... contigo.

—... Pero de todos modos me siento sola.

—¿Qué sucede?

—No me encuentro en nada... Nadie tiene esta estúpida nariz mía, este estúpido gesto mío... Nada de mí se halla fuera de mí...

—¿Eres capaz de imaginarme como alguien mejor de lo que soy?

—... No te entiendo...

—Lo necesito... Trata de concebirme como alguien mejor de lo que soy... De verdad lo necesito...

—¿No extrañas la manera en que nos escuchaba?... Lo hacía con todo el cuerpo... Recogiendo nuestras voces como las velas de los barcos recogen el viento.

—Ríete.

—No tengo ganas.

—... ¿Y si te hago cosquillas?

—En mi risa no la vas a encontrar a ella.

—¿Te das cuenta de que todo se muere?

—Quédate despierta.

—¿Por qué?

—Necesito que lo hagas... Necesito que hagas algo por mí.

—Ya no entiendo nada.

—Alguien a tu lado... Alguien que siempre esté...

—Qué cosas se te ocurren.

—¡Entonces para qué seguir aquí!

El filósofo y la pintora nada supieron ver y nada supieron decir, de modo que no existen las “Noticias de un mundo sin niños”, “Crónicas de un mundo sin niños”, “Apuntes de un mundo sin niños” ni existe tampoco la exposición fotográfica de “Un mundo sin niños”, “Instantáneas de un mundo sin niños”, “Cuadros de un mundo sin niños”, “Visiones de un mundo sin niños”.

Esta ciudad se quedó sin testigos y sin portavoz para el resto del mundo.

Ningún testimonio perdura de este cuarenta día cuarenta, nada de esta larga cuarentena, para apiadarse fuera de aquí.

La nada.

Y la capa de opacidad y de rigidez cae sobre el mundo, y luego otra vez la noche, siempre la noche.

X

Tomando de aquí y de allá en las narrativas heredadas por generaciones, y de las cuales mi personaje es el depositario último, ha necesitado incontables días para conseguir al fin la salvadora mentira dedicada a la niñez que está por volver.

—Algunas madres y algunos padres sobrevivieron. Los más voluntariosos, los menos heridos, los inmortales. Tenían entre las manos y dentro de la boca parte de lobos.

Desgarrados con crueldad, hechos literalmente pedazos, los demás fragmentos de los lobos se hallaban dispersos en su derredor, junto con destrozados cuerpos humanos.

—Los pobladores supervivientes escupieron y soltaron los restos sanguinolentos; se levantaron, dieron la espalda a la masacre y comenzaron a bajar de la montaña.

Un cerebro humano simplemente no puede soportar tanto dolor, tanta locura y después tanta bestialidad. Se defiende a su modo. Lo que su cerebro había hecho era olvidar.

—Olvidaron todo las madres y los padres, excepto que buscaban a alguien.

Si se hubieran vuelto una vez más antes de comenzar a descender la cuesta, habrían visto las huellas de los lobos sobrevivientes

encumbrándose hacia la cima nevada, pero también otras huellas, huellas humanas, huellas de pies desnudos, enfilándose por otra de las laderas hacia el bosque.

—Sucede que no todas las mujeres ni todos los hombres desnudos habían sido victimados por los machetazos y por el frío. Sobrevivieron los más voluntariosos, los menos heridos, los inmortales.

Como un cerebro humano que simplemente no puede soportar tanto dolor, tanta locura y después tanta bestialidad, olvidaron todo las hijas y los hijos sobrevivientes, excepto que buscaban a alguien,

—Alguien se nos ha perdido.

Cuando los sobrevivientes padres y los sobrevivientes hijos lleguen al bosque, comenzarán a buscarse sin saber que se buscan entre sí. Y pasarán años antes de encontrarse y...

—Se encontraron en medio del bosque. Los dos grupos llorosos, maltratados, irreconocibles se acercaron diciéndose “buscamos a alguien”.

Ambos grupos habían envejecido, se habían convertido en una expresión de la tristeza; se necesitaban.

—¿Quieres ser mi padre?... ¿Quieres ser mi hijo? —comenzaron a decirse indistintamente, a rogarse entre ellos, a pasarse una mano rugosa y sucia por el brazo, por el torso, por la cara— ¿Quieres?

Y sucedió entonces el milagro de que las mujeres que fueron las hijas aceptaron con un movimiento de cabeza ser madres de sus madres, mientras algunos hombres tendieron su mano y cogieron, sin saberlo, la mano de quien fue su padre para llevársela al hombro y colocarla allí aunque no se derramara como un pájaro muerto.

—Cuidarte... Que me cuides... Cuidarte... Que me cuides... —se fueron diciendo entre sí hasta que finalmente todos los hijos tuvieron padres y todos los padres tuvieron hijos otra vez.

Otra vez.

No me gusta su historia.

Será un buen narrador de historias ajenas, pero las suyas...

A veces hay que perderse para encontrarse.

He aquí la salvadora mentira que mi personaje se ha inventado para regalársela a los que vuelven. Una prédica de que los hijos y los padres siempre volverán a estar juntos.

Sólo los inmortales.

Cuando arriba a este *final feliz*, mi personaje regresa a la ciudad.

XI

“Volverás y aquí estaremos”.

Él recuerda la promesa.

Y sí, aquí están. Él los ve en las mesas al aire libre, la plaza, algunos de los parques desiertos. Las madres y los padres cumpliendo la parte de la promesa que les corresponde.

Nadie parece haberse ido de aquí de ninguna de las maneras en que un ser humano puede irse. Casas adentro, calles adentro, bares adentro, cines adentro, templos adentro están, sí, pero no a la espera.

Los ve acomodados como se le acomodan a él las plantas de los pies, consiguiendo las madres y los padres equilibrios más o menos costosos, más o menos dolorosos —quiere pensar él— para no venirse abajo. *Equilibristas*. Toda una comunidad humana en equilibrio.

Se ha detenido en la banqueta como hace mucho lo hizo por vez primera aunque en esta ocasión las leves rachas de viento sí balancean suavemente el columpio de sogas amarillas y asiento rojo.

—Columpio —murmura, y sabe que en esa palabra se montan los niños para volar—. Columpio, columpio, columpio —se repite hasta que la palabra, como traída y llevada por vendavales mentales, empieza a extraviar su significado, como si dijera “piomuloc” o “mulpioco”.

Reconoce que aquello es justamente lo que él ha estado mirando desde la cerca: cuerdas amarillas sujetas a una rama que ponen a levitar un rectángulo de madera... “lipocuum”... un disparate. Ha estado contemplando un disparate. Mi personaje no consigue ver a un niño aupado en tal palabra. Sabe que los niños lo hacían, treparse allí, pero no consigue recordarlo; no es capaz de imaginarlo ya.

¿Qué son los niños?

Mi personaje imagina entonces a los padres evitándose entre sí para introducirse en las habitaciones largamente abandonadas pero esta vez con otra intención. Abrir cajones, extraer los pequeños pantalones de tirantes, un bello y diminuto vestido verde, aquellos botines de charol que al fin han sido recogidos de la zapatería, para, extendiéndolos en la cama y embonándolos como si se tratara de un rompecabezas, sean capaces de darle respuesta a la pregunta que nadie tendría que hacerse nunca: *¿qué son los niños?*

Él piensa que madres y padres han repetido tanto, en la intimidad de sus conciencia, no la palabra “niños” ni “hijos” sino los nombres de ellos, murmurándolos mentalmente como un rezo, que han terminado por volverlos locos, a los nombres,

descomponiéndolos en disparates hasta que ya nada les permite recordar, imaginar, ver, entender.

—Por eso nadie grita... por eso nadie está enloqueciendo a gritos —quiere convencerse mi personaje al ver a los matrimonios sentados en las mesas del café, caminando enganchados con un doble de brazos, saliendo de las iglesias.

Si al menos pudieran no sonreír...

Si al menos la ciudad comenzara a perder sentido (“dacuid”)...

Si al menos fueran incapaces de cumplir su promesa...

Nada les pasa a los adultos. Es lo que él ve con una sensación de vértigo.

No es que mantengan la entereza. “Sólidos”, “de una pieza”, “valientes”, “gente que encaja bien el golpe”, “ejemplares ante la desaparición de los hijos”, “todos a la altura de su tragedia”

¡No!

Simplemente se han instalado en un mundo sin niños, puesto cómodos allí, en paz.

Es obvio que mi personaje está perdiendo la objetividad.

Deja caer los ojos sobre la mujer del jardín ya muerto, sobre el hombre que ha desistido escribir su breviario sobre la condición humana.

Digo mal; mi personaje no mira, no contempla, no observa. Aplasta bajo su pesada y perpleja curiosidad —y entonces aplasta a la mujer del jardín ya muerto, aplasta al hombre que ha desistido escribir su breviario sobre la condición humana— porque está tratando de ver lo que debe hallarse en algún sitio de esos rostros, de esos gestos, de las ablandadas posturas como la de esta mujer del puente (el cuerpo doblado, los antebrazos

sobre el pretil, la cabeza abatida en una flojedad de ahorcada o de deficiente mental, idiotamente boquiabierta, hipnotizada por el río, babeante aunque no babee) a la que él aplasta.

Mi personaje no sabe lo que busca al dejarles caer encima tan perpleja y pesada curiosidad. Sólo intuye que lo sabrá cuando lo encuentre.

En los días que vienen los verá comer, mirarse en los espejos, cruzar palabras anodinas, caminar del brazo o de la mano, cubrirse del sol y espantarse las moscas —los ve ahora mismo—; los verá caer más o menos agotados por las noches, comer, leer, dormitar al sol, emborracharse, cepillar sus dientes, reiteradamente ponerse en pie para dirigirse al baño, beber café, trabajar; decirse ofensas más o menos graves, y luego habrá reconciliaciones donde las mujeres abrirán las piernas y dejarán entrar a sus maridos (los maridos, por supuesto, desearán más al poco tiempo), se pintarán los labios y se cambiarán de ropa —puede verlo—; lavarán los platos sucios, encerarán el automóvil y, a veces, cogerán el teléfono para hacer o recibir una llamada cuya amable fórmula tendrán que repetir, ¿cómo estás?

En un renovado día, de la larguísima cuarentena de días cuarenta, mi personaje consigue ver al fin lo que debiendo estar no estaba, lo que sí les pasó a las madres y a los padres pero que él no supo distinguir sino hasta ahora, la prueba de que no es la reconciliación, la resignación, la paz, o como quiera que se le llame, el estado de aparente gracia que domina a la ciudad.

Lo que se ha instalado aquí es el reinado de la verdad.

La verdad.

—¿Hace cuánto que nadie miente? —recuerda que él ya se había hecho antes esta pregunta— ¿Cuánto hace que nadie necesita proferir una mentira?

Lo que de pronto ve con una certeza abrumadora es la verdad, pero no cubriéndolo todo como la capa de hielo en la encumbrada cima montañosa de su cuento; por el contrario, descubriéndolo todo igual que un omnipresente estallido de luz.

—Volverán —profiere a murmullos con los ojos entrecerrados y haciéndose visera con una mano para ver qué le sucede al mundo, pero lo que sucede es que nada brota de su boca: silencio.

Un silencio que se alarga como lava endurecida desde sus pulmones hasta su boca entreabierta. De allí brota el surtidor eterno, la fría escultura de silencio que rodea con sus labios como si de una estaca se tratara.

Y luego, de vuelta a su monástica habitación, repite el intento y lo repite como si fuera un rezo.

Nada, ningún sonido con el cual ayudarse a soportar el resplandor que le ha caído encima.

Sino la verdad.

La verdad.

Sería fácil comprobarlo. Detener a los pocos viandantes que aún caminan por las calles y dirigirles la amable fórmula social:

—¿Cómo estás?

Porque esta pregunta sí sale de su boca.

Todas las palabras que emergen de su boca son así.

—¿Cómo estás? —se pregunta ante el espejo.

Pero cuando intenta responder:

—Bien.

... Resurge la estaca de silencio atravesándole la boca.

Advierte entonces su miedo. Su mucho miedo. Su insopor-
table y opresivo miedo porque sabe que a todos los pobladores
de la ciudad les sucede igual y que entonces ya no hay modo de
salir bien librado de estas dos palabras:

—¿Cómo estás?

—Mal.

Es el único sonido que sale de su boca: “mal”, “hecho peda-
zos”, “terrible”.

La verdad.

*Sin mentira, sin ilusión, sin fe, sin prédica, ¿qué les queda a
las personas por decir?... Su historia...*

Sin la versión del buen hoy, de la buena humanidad, del
buen mundo, de la venturosa y benigna vida, reconoce él que los
pobladores no podrán detenerse una vez que empiecen educa-
damente a responder la “inofensiva” pregunta del ¿cómo estás?

Ay, de mi personaje. Caído en la cama sin quitarse los zapatos,
sin desvestirse, sin haber retirado antes la colcha, las cobijas.
Ay, de mi personaje, que se entumece y se hiela en el insom-
nio. Ay, de él, que nunca ha contado una historia a los adul-
tos y ahora tiene que hacerlo. Una historia para acorrallar a las
madres y a los padres, para cegarles las hendiduras por donde
debe de estar filtrando la realidad, un laberinto de palabras
con el fin de protegerlos, sí, pero hechas de verdad. ¡Qué para-
doja! Palabras como cunas pero no para mecer a las personas
en la tierna ilusión de que el mundo es amable, o sea, digno de
amor. Y otro mecimiento pero no hablándoles de la amable hu-
manidad digna de ser amada. Y un último mecimiento pero no
recordándoles la amorosa vida que nos ama y a la que amamos.

No. La verdad contra la verdad. La desilusión contra la desilusión. La comprensión contra la comprensión.

¡¿Cómo se cuenta una historia así?!

Volverán y aquí estaremos.

Las madres y los padres han cumplido con su parte.

Y aquí estaremos. Y aquí estaremos.

Es lo menos que se merecen.

Regresarán.

A él le corresponde ocuparse de la primera parte.

Volverán.

XII

Sin embargo, esta noche larga, de la larga cuarentena de días cuarenta, es la última.

Cuando las madres y los padres se metieron en la cama no sabían que había llegado el final de la penúltima duda.

Esta vez, sin embargo, la nueva pregunta no está esperando hasta el amanecer para hacer sonar su perpleja música.

“¿Para qué?”, se pregunta la mujer de pelo rojo, por ejemplo.

Podría ella volverse hacia el hombre que duerme a su lado, sacudirlo por el hombro, pedirle que le ayude a responder.

—¿Para qué? —se escucha decir.

Ella únicamente se ha anticipado a lo que le sucederá a muchos otros que también parpadearán perplejamente por despertar a una pregunta sin angustia y a un día sin sol en el pedazo rectangular de cielo que se ve a través de la ventana.

Uno de los padres, aquel hombre calvo y de ojos enrojecidos, permanece inmóvil ante la ventana de su casa y respira con precaución como si el aire se hubiera llenado de filos o espinas o

como si realmente pudiera captar el olor que viene de la cocina. Su esposa, por detrás, enfundada en una larga bata, se le acerca ahuecando la mano para ponérsela en el hombro.

En otra casa, hay una mujer que se ha vestido de verde y está a punto de salir.

—¿Qué pasa? —le pregunta su marido.

—No me tardo —responde ella sin levantar la mirada.

—¿Otro sueño?... ¿Otro sueño por cumplir?

Y ella echa a andar hacia el río.

Afuera hay un terreno yermo. Está lleno de matojos y cubierto de basura. Si alguien se detuviera para mirar además de oír, no sabría de dónde brota esporádicamente la delicada queja humana de quien está mirando escapar su sangre por sus propias manos.

Los periódicos de ayer siguen apilados, amarrados con un cordel y ocupan varias esquinas de la ciudad, listos para ser devueltos. Alguien debería desanudarlos y garabatear lo que sucede.

—¿Para qué? —murmura la mujer de verde apoyada ya en el antepecho del puente— ¿Para quién? —se dice a sí misma sin quitar sus ojos del agua.

Dos mujeres que solían caminar del brazo por la calle se encuentran esta noche y se suben al auto y lo encienden en la privacidad de una cochera. El hombre que solía colgar la ropa húmeda en su traspatio, esta vez la recoge seca pero no entra con ella en su casa sino con el cordel.

Allá a lo lejos, un auto patrulla circula lentamente durante la noche sin enterarse de que algo ha ocurrido, y ocurre, y está por ocurrir en el interior de tantos hogares.

Ahora que la mujer del pelo rojo abre la ventana que da al terreno baldío, escucha la delicada queja humana creyendo que

son las reverberaciones de su pasado, los gemidos suaves y tiernos de su memoria que parecen estarla convenciendo de que es hora de volver a la cita con sus muñecas cicatrizadas.

Una de las madres más jóvenes deja junto a la bañera la secadora eléctrica. En un sótano el hombre obeso retira la tapa del garrafón de gasolina como si retirara los correajes de un caballo. En el traspatio donde fue abandonada la ropa seca en el pasto, una fuerte racha de viento se ha llevado, en veleidosas ventiscas, un paño hasta ponerlo inverosímilmente sobre el rostro de quien ha cesado de gemir en el baldío. El hombre alto y encorvado ha cogido los frascos que su esposa tomó a su vez de las partes más altas de la alacena pero ella encumbrándose en una silla que ahora está volcada.

—Olvidé cómo cuidarnos... —murmura ella abatidamente inmóvil en el suelo, con las manos enfundadas en los feos guantes amarillos que se le derraman como pájaros muertos sobre el regazo.

No son sino aconteceres sin secuencia. Aconteceres apropiados para una noche última. Sí, de esto se trata.

Mañana los periódicos ocuparán la mesa de cada casa que no es hogar de esta ciudad, y los radios y los televisores estarán encendidos en todas partes menos aquí.

La mujer que sigue detrás de su marido —el hombre calvo y de ojos enrojecidos— no consigue ponerle la mano en el hombro a pesar de que comienza a distinguir el olor del gas que proviene de la cocina.

La imagen que él no alcanzará a imaginar esta vez son niños cayendo del cielo, desplomándose como pájaros muertos en los jardines y sobre los techos de las casas y hundiéndose abruptamente en el río.

Quien sí cae abruptamente en el río tiene un vestido verde, y quien no cae, sino que se lanza desde una azotea, es el hombre que se rompió la cara por no poner las manos cuando se vino abajo ante una pintora que por un día quiso ser fotógrafa.

En todas las primeras páginas de los diarios, en todas las pantallas, en todas las bocinas de las radios, en todas las llamadas telefónicas estará mañana la misma imagen de una ciudad resbalando hacia aquella otra ciudad fantasma que era su corazón.

Un digno final para una noche cuarenta con la caída del hombre calvo y de la mujer de la bata dentro de una dulce atmósfera al fin gaseada, con el desplomarse del hombre largo y encorvado junto a su mujer de guantes amarillos que todavía sostiene sus propios frascos con los hundires cada vez más profundos de la mujer del vestido verde dentro del río y en el rojo cada vez más profundo de la mujer que se reabrió ambas muñecas, con el sostenido y oscilante caer del hombre que volvió a la casa sin la ropa seca pero con el cordón de donde ahora se mece como en un extraño columpio, con el desfallecer de la cabeza de las dos mujeres cuyo automóvil en la cochera no se mueve y, sin embargo, se mueve, con el derrumbe del hombre obeso en las desamansadas llamas y con el naufragio de la mujer en la bañera de la desdomesticada chispa, y, como una serpiente que se muerde la cola, con el caer de varios de estos muertos en la frecuencia radial del auto patrulla, cuya llamada de emergencia provocará la precipitación acelerada de los policías solamente para ver aparecer frente a sus llantas a la mujer del abrigo gris, guantes morados y pelo recogido.

Adultos cayendo del cielo, desplomándose como pájaros muertos en los jardines y sobre los techos de las casas, hundiéndose abruptamente en el río, viniéndose abajo electrocutados

o envueltos en llamas, derrumbándose por desoír los legados de la precaución o por soltar las riendas del domesticado progreso humano, como si esta ciudad hubiera logrado el milagro de reunir tantos dramas sin historias, infinidad de clímax sin las secuencias que se supone deben precederlos y predecirlos, toda una serie de explosiones de vida que sin anticipación estallarán como fuegos pirotécnicos en la oscuridad de su vertiginosa precipitación hacia la muerte.

Un final dramáticamente apropiado.

Idóneo para las necesidades de nuestra imaginación por buscarnos un eje del cual detenernos y ponernos a girar en duelo, en llanto, en dolor.

Y, sin embargo, no ha existido la tragedia que pregonarán mañana en grandes titulares los periódicos del mundo:

EL FIN DEL FUTURO
El suicidio de una ciudad entera

Es falso, completamente falso en este sitio adonde han muerto las mentiras, así ocurran dentro de la pesadilla de mi personaje durante una pesadísima noche que fatigosamente transita él sustituyendo y recombinando posibilidades humanas igual que un camión de periódicos recambia noticias.

La verdad es que todos, sanos y salvos, duermen en la ciudad.

XIII

La primera madrugada del “¿para qué?, ¿para qué soy?, ¿para qué estoy?” ha llegado a su fin. Y aquí no ha habido tragedia; nunca la habrá aquí.

Mi personaje despierta.

XIV (FINAL CON PERSONAJE)

Mi personaje —el creador de espejismos— siempre creyó que trabajaba únicamente para la infancia humana, para cada generación humana recién venida al mundo; sólo para sus vulnerables mentes y sus vulnerables cuerpos en desarrollo.

Ahora que ha despertado comprende lentamente que cada nueva generación permitía a la humanidad entera poner en marcha la ciudad de los niños, crearla y recrearla una y otra vez, con cada hijo, con cada niño que se introducía en nuestras vidas hechas, existencias inexorable y miserablemente en ruta hacia la verdad.

Proteger a la niñez, sí, pero también contagiarnos de niñez, meternos niños en el cuerpo, recobrar algo de incompreensión, ingenuidad, ignorancia, ilusión e inocencia a fuerza de cuidarlas en nuestros hijos. Ser tocados por la gracia de la felicidad que, viéndola e interpretándola en ellos, podíamos empezar a verla aquí y allá en el mundo, y lo mismo la deferencia y el mejoramiento y la maduración y el aprendizaje y el progreso. Ser tocado por la gracia de la generosidad que, viéndola surgir de nosotros hacia nuestros hijos, podíamos irradiarla también a quienes tenían la suerte de ponerse al alcance de nuestras dadivosas manos, y lo mismo la simpatía, la ternura y algo de perdón, algo de amor sin condiciones...

El entendimiento, que está sucediéndole a mi personaje como nos sucede el hambre o el sueño o el llanto, le divulga que quizá son los niños los que nos alimentan y no al revés, que son ellos quienes nos preservan y no nosotros a ellos, acaso, embebiéndonos y alimentándonos de la fe que les cultivamos.

Sembradíos de niños para poner la semilla y cosechar la credibilidad, la amabilidad, la ternura, la felicidad, la fe, y extendiendo nuestras manos y nuestra boca —desesperadas generaciones adultas, cuya desilusión nos mata de hambre—, supervivir con ellos, por ellos, de ellos.

Es lo que escribe comprendiendo, es lo que comprende escribiendo en su libreta de pastas negras, y mientras escribe y comprende, advierte que toda su vida ha narrado historias a los niños para que tales historias se difundan como epidemia entre los adultos.

Un dador también para los míos, para nosotros.

Mentor, guía, preceptor, brujo, ilusionista, embaucador, creador de espejismos. En síntesis, ya lo dije: sustraer lo que está y lo que es para poner en su lugar lo que no está y lo que no es.

No sólo para los niños.

Por eso él mismo no ha desaparecido con *todo lo que se fue con ellos*.

Mi personaje ha llegado al punto más bajo de su vida.

Si ha estado protegiendo indirectamente a los adultos por intermedio de los niños —se pregunta—, si le corresponde hacerse responsable hoy de ellos por primera vez abiertamente sin la ayuda de la infancia y de la niñez, mi personaje se pregunta sinceramente de qué tendrá que protegerlos, de qué verdad ha venido protegiéndolos.

Él se confiesa que no puede hacer nada si no consigue comprenderlo.

Identificar para evitar.

Siempre ha tenido clara su labor con los niños.

Así como se pone distancia entre los niños y el fuego, los niños y el pozo, los niños y el río, así como se retiran de su

alcance los cuchillos y los venenos, así se les cuida de las verdades que podrían intoxicarlos, herirlos, quemarlos, ahogarlos, abismarlos. Ponerlos a salvo porque lo contrario sería llevarles a las manos, como una pedacería de cristales, las verdades, grabárselas en la piel, hacérselas tragar a fuerza de exponerlos a ellas, asfixiarlos allí.

¿Cuáles son las verdades?

Te vas a morir tarde o temprano.

Quien esto te dice —y te está prometiendo cuidarte al decirte— no cumplirá su promesa porque está muerto ya, muriéndose, camino hacia la muerte como todas las personas que te rodean.

Todo lo que te rodea puede dañarte: adentrársete, recorrate, inundarte, rasgarte, vaciarte.

Has llegado a un sitio en guerra... a la guerra.

En realidad importas muy poco y a muy pocos, y dejarás de importarnos a todos en muy poco tiempo.

Caminarás por encima de gente viva como si estuviera muerta y caminarán por encima de ti, indiferentes, como muertos, los vivos.

Aniquilarte es la intención, el instinto, el reflejo, la reacción, la conciencia, la inconsciencia de casi todo lo que vive en el mundo... Incluso de tu conciencia.

Aniquilarás.

La vida es lo que sucede mientras matas y mueres hasta el final.

Por eso sus historias son infinitas variantes de lo mismo: el amor (el mundo, la humanidad, la vida son amables; la unión entre el ser humano y el mundo es una relación amorosa; un contagio amoroso irriga la relación entre las cosas; el amor es un sistema circulatorio de la existencia), la justicia (todo será recompensado, castigado y equilibrado), la fraternidad (todos

nos importamos; todos nos cuidamos), el misticismo (nos perfeccionamos; mejoramos el mundo; progresa todo), la trascendencia (hay un sentido oculto, esencial y es esa verdad la que nos salva).

Lo tiene claro.

Pero ¿qué sucede con los adultos?, ¿de qué ha estado cuidándolos él y todos los contadores de historias que le precedieron?, ¿de qué va intentar hoy un salvamento él?, ¿de qué verdad debe preservar a las madres y a los padres para que persistan y puedan continuar meciéndose en la promesa de “volverás y aquí estaremos... volverás y aquí estaremos”?

Mi personaje se aposentó muchos días cuarenta en una de aquellas avenidas de la ciudad que estaban siempre ensanchándose y alejándose. Me pregunto ¿por qué —antes de saber lo que hoy se sabe— no echó a caminar por ella hacia su horizonte? ¿Por qué en lugar de escribir tantos mensajes en las ventanillas de los trenes no fue a buscar a los niños para decirles que era hora de volver?

¿Lo que hoy sabe?: para qué.

¿Lo que hoy sabe?: no puede recurrir a la mentira.

Probablemente es el momento de detenerme en todo aquello que no ha estado presente en la narración. Lo sustraído: los viejos, los recién nacidos, la juventud. Y traicionando a mi personaje, interrogarnos por qué precisamente en una historia como ésta, él es un testigo sin hijos.

El sol oculta una parte central del cielo cuando mi personaje sale de su austera habitación de hotel. Nada lo distingue a él de

los otros hombres que caminan por las banquetas con las manos en los bolsillos, y con un vistazo de ciento ochenta grados en cada calle, comprueba que lo que no está sigue sin estar. Es difícil así que alguien adivine su intención.

La primera vez imaginó una historia dedicada a los niños para que ellos supieran por qué habían tenido que irse. Ahora necesita una verdad para que las madres y los padres sepan por qué sus hijos no han regresado, pero para que sepan también por qué regresarán.

¿Qué poner en lugar de aquello que es y de aquello que está, pero que también esté y también sea?

¿Cuál es la verdad que no debe estar aquí ahora que reina la verdad en el mundo?

Su trabajo hasta ayer: traer lo que no es de este mundo para sustraer lo que sí es de este mundo.

Su trabajo hoy: traer lo que es de este mundo para sustraer lo que también es de este mundo.

Debe de ser difícil con tanto horizonte desolado en torno a la ciudad porque bien podría ser que precisamente la verdad a sustraer sean los trescientos horizontes.

Cuando estaba a punto de llegar al centro de la ciudad, lo supo.

De pronto le fue clarísimo, casi banal por su obviedad.

Las mismas revelaciones que suprimimos en nuestras generaciones nuevas. Eso es lo que es y lo que está. La infancia no hace sino reproducir a la humanidad en pequeña escala. Nos relata con cada niño los mismos sufrimientos contra los cuales se crispa nuestra especie: la soledad, la intrascendencia, la indiferencia aplastante que provocamos en lo no humano, la certeza de que el daño puede alcanzarnos en cualquier instante sin aviso ni lógica ni causalidad, el doble movimiento de la vida y la naturaleza que es

imposible de eludir: la agresión y la defensa, aniquilar y pervivir (no hay términos medios; no hay mayor falsedad que inventarnos la ilusión de que nos podemos poner al margen o de pensar que somos capaces de aquietarnos, agitar banderas blancas y contagiar así al mundo de una armónica inmovilidad... Apaciguar, pues, al universo); la realidad de que el amor nunca va más allá de lo humano; la verdad de que estamos absolutamente rodeados por conciencias, especies, vidas, organismos, fenómenos aplicados en tornarnos prescindibles, ponernos al margen, hacernos daño, extinguirnos, seguir sin nosotros; el doloroso secreto de que nosotros, la humanidad, no somos la explicación de nada (antes que humanos somos vida y naturaleza, y allí están las explicaciones, en la vida y en la naturaleza, de las que nosotros apenas constituimos una variante, una expresión, su manifestación consciente). Nada entonces está al alcance de nuestra voluntad ni de nuestra decisión para conseguir un cambio... Ni siquiera tenemos al alcance la salvaguardia de responsabilizarnos o culparnos... No somos protagonistas de nada que no sean nuestros cuentos, las historias que nos contamos para seguir vivos. He aquí el mayor engaño de nuestras narrativas humanas: nuestro inventado protagonismo.

Eso es lo que es y lo que está. La infancia no hace sino reproducir a la humanidad en pequeña escala. Nos relata con cada niño los mismos sufrimientos contra los cuales se crispa nuestra especie:

Mi personaje ha reconocido la verdad desde lo más profundo de su ser y sabe que esta verdad no deja de caer jamás sobre la humanidad como una lluvia pertinaz que todo lo ensombrece y en la que perennemente nos ahogamos; cordones de verdad fría y cristalina descendiendo por nuestro rostro e introduciéndonos por los orificios de la nariz y por entre los amoratados

labios con cada obligada respiración; siempre muertos de frío nosotros, tiritando, sin posibilidad de refugio, residentes en un lugar donde nada se levanta sobre la superficie que no sea la desvalida humanidad arremolinada y poniéndose cíclicamente por sobre sus cabezas, como paraguas, a sus nuevas generaciones en un aparente sacrificio que no es sino la tentativa de ofrecernos un respiro, un fugaz techo hecho de criaturas humanas recién nacidas y en infancia y en niñez, mientras seamos capaces de sostenerlos en lo alto. Los menudos cuerpos desnudos de nuestros hijos que, boca abajo, igual que un cielo hecho de seres humanos, nos miran a nosotros, sus madres y sus padres, con estrellados ojos, escurriendo humanidad sobre la humanidad, breves lágrimas inevitablemente aspiradas allá abajo, aquí abajo, pero aprendiendo allá arriba, a marchas forzadas, nuestros niños, a no llorar para no ahogarnos...

Mi personaje, abatido por la verdad, entiende que carece de tiempo para superar lo que ha visto, para convalecer. Caminando con las manos en los bolsillos y la mirada extraviada, está siendo víctima de los primeros efectos de esta radiación a la que nadie tendría que exponerse jamás. “Recelo”, “amargura”, “escepticismo”, “decepción”, “cinismo”... Todos los nombres que le hemos dado a la incapacidad de mentir, de relatarnos el cuento que necesita la vida para que la llamemos “nuestra” y para reacomodarnos en el ser siempre odiado y en abandono al que llamamos “yo”.

—Has reconocido que las madres y los padres necesitan urgentemente una ahistoria, una contrahistoria, una no historia, antes de que sea demasiado tarde —le murmuro a mi personaje—, sí,

pero no eres capaz de advertir que tristemente no eres ya quien ellos necesitan.

Él, que parece entender, pero al mismo tiempo parece no entender nada, se ha ido a parar en una pequeña plancha triangular desde donde domina la plaza.

—Vas a abrir la boca —le susurro—, pero nada saldrá de allí.

Él ha levantado la cabeza, ha extraído las manos de los bolsillos y —como si fueran de pronto abiertos los portones de las escuelas o apareciera la vagoneta multicolor que entre acordes de caja de música ofrece algodones de azúcar o emergieran varias personas de sus casas vestidos con largos zapatos, trajes luminosos y el rostro maquillado en ampliadas sonrisas de color rojo, o de pronto todas las jugueterías regalaran sus productos o los cines comenzaran a exhibir únicamente películas infantiles; en fin, como si volviera a la superficie una entera ciudad sumergida— entonces abre la boca.

Silencio.

Un surtidor marmóreo de silencio.

Un silencio como petrificación es lo que espero.

Y, sin embargo...

—Yo tuve un hijo.

Lo dice y lo que dice, suena.

—Yo tuve un hijo —repite, y algunas personas se detienen a escucharlo (la pareja que sacó aquella vez las sillas para mirar el cielo como si nunca antes lo hubieran visto, el zapatero, la pintora)—... Yo tuve un hijo y lo perdí en otra historia —grita y es obvio que le cuesta hablar a los adultos—... Lo perdí a él y a otros, a muchos niños, a toda la niñez humana en otra historia,

con otra historia... —Él suda, la voz le tiembla al hablar, pero está consiguiendo que más personas (la mujer vestida de verde, el filósofo) se acerquen al escucharlo proferir palabras que nadie se ha atrevido a ponerse en los labios: “hijo”, “niños”)—. Quería darles una historia que los salvara de una vez y para siempre... Una historia donde pudieran vivir y en donde ya no necesitaran de ninguna historia más... Un mundo a salvo —los pobladores le escuchan con gesto confuso: el esposo de la pintora, la mujer del abrigo gris, guantes morados, pelo recogido y bolso cruzado—. “Tres días caminando”. Así de simple fue la fórmula que les regalé. “Tres días caminando sin parar nunca y sin mirar detrás ninguna sola vez”... Los niños me escucharon; ellos siempre escuchan, y me creyeron; ellos siempre creen, y entonces los niños, cada vez más niños, echaron a andar por algunos de nuestros miles de caminos, multitudes de pequeños caminantes cruzando el trecho del mundo que puede ser recorrido en tres días, hasta que empezaron a desaparecer limpiamente en ingentes cantidades, aludes de niños, mares de niños, un mundo de niños desapareciendo hasta la desaparición total, porque esa era la promesa.

Mi personaje se ha ido descomponiendo mientras habla, ha ido demudándose, encorvándose, viniéndose literalmente abajo ahora que la marejada muscular de las plantas de sus pies han perdido todos sus puntos de apoyo.

Alguna vez él dijo que el mundo también estaba dividido horizontalmente. Si es así, ahora mismo está cayendo de rodillas en la zona del mundo que le pertenecía a los niños. Puesto en hinojos allá abajo, desde donde abatidamente levanta la vista para devolver la mirada a todas esas madres y a todos esos padres —la mujer de los guantes amarillos y su esposo alto

y encorvado, el hombre que suele tender la ropa en el traspatio— que, arremolinados alrededor de sus palabras, lo escuchan.

—Quizá en esta historia nuestra —murmura él aunque debería callarse ahora que ha perdido su don, hoy que se ha quedado sin la gracia de la mentira (y entonces sin la gracia o la desgracia de la prédica), abandonado en este mundo que sí es el mundo, con la única opción de la verdad—. Acaso en esta historia que nos ha correspondido a nosotros, los niños no son los protagonistas ni existió un plazo tan exiguo de tres días... Acaso la fórmula eran cuarenta días sin romper la espera para quedarnos sin ellos... Borrarlos de nuestra vida y de nuestro mundo...

No hay expresión alguna en los rostros de las madres y los padres, en las personas que acaban de ser despojadas de las palabras “mamá” y “papá”.

Hombres y mujeres que lo miran sin simpatía y sin antipatía, a pesar de saber que dice la verdad.

—Lo que no entiendo —agrega él— es ¿para qué?

Y es así como esta historia que no es historia, a diferencia de la suya, no se petrifica, no se detiene, el sol continúa su marcha ocultando el cielo por partes, sopla el viento, fluye el río, caen las hojas de los árboles porque esto es la verdad.

La verdad es que simplemente las mujeres y los hombres de la ciudad acabaron cansándose de oírlo y se fueron, y ahora duermen ellas y duermen ellos, trabajan, lloran, pero también ríen atravesando (mal que bien, bien que mal, sin bien ni mal) el ¿para qué? de estas secuencias sin drama, de estas vidas sin tragedia, de esta existencia en una comunidad humana sin niños que se extiende de cuarenta en cuarenta, de cuarentena en

cuarentena, pero en la que yo mismo me canso de mi propia voz y, sí, callo al fin.

Mi hijo permanece gritando en un reinado silencioso dentro de una rara historia que se petrificó, en pedregosa espera él y el mundo entero, en esperanza pétrea de que alguien le devuelva el regalo haciéndola pedazos.

XIV (FINAL SIN PERSONAJE)

Mi personaje no está más aquí.

Acaso se ha ido en alguna de las muchas formas que tenemos los seres humanos para emprender la marcha.

Quizá sí formaba parte de todo aquello que se hallaba destinado a irse con los niños, y por eso la mujer del puente —con su vestido verde y su visión necesitada de simbólicas embarcaciones— pone en él los ojos, para hacer descender su mirada por la corriente río abajo, cielo abajo, puente abajo hasta desaparecer.

Acaso es lo que hubiera querido él. Una salida digna.

Pero ésta es una historia sin tragedia. Lo dije desde el inicio y lo repito: sin tragedia.

Algunas personas desocupadas siguen coincidiendo en las mesas del café; aquella mujer del jardín muerto se ha enfundado los guantes amarillos para abrir la tierra y, como si vertiera agua, ladea la palma ahuecada de su mano (ahuecada como para ponerla en un hombro humano) y deja caer las semillas en el suelo. La pintora se columpia sentada en una palabra de sogas amarillas y asiento rojo. El filósofo ha conectado al televisor su cámara de video y proyecta la cinta grabada de un niño que

nada hace sino intentar un paso, acaso su primer paso, todavía incapaz la temblorosa criatura de controlar la marejada muscular que busca equilibrarlo sobre sus angostos y pequeñísimos pies en este mundo. La mujer aquella del abrigo gris, guantes morados, pelo recogido y bolso cruzado ha oído algo que parece un llanto humano en el terreno baldío; ha entrado allí a pesar del lodo, y ha vuelto con sus manos convertidas en una cuna de dedos entrelazados a la altura de su corazón.

Nueve meses no puede ser mucho tiempo para empezar de nuevo, digo yo, aunque se traten de nueve meses en un mundo sin niños y aunque el tiempo persista en repetirse en esta cuarentena de días cuarenta, y aunque reine la deslumbrante y cruel verdad igual que la luz de un relámpago interminable.

Nueve meses para repoblar la ciudad con el delirante amor, la perversa fe, el enfermizo endiosamiento y la felicidad inmerecida y absoluta... O, como diría mi personaje, nueve meses de historias descendiendo como una lluvia pertinaz sobre la aterida y solitaria verdad para anegarla antes de que llegue la hijada o la padrada, la siguiente.

Middlebury
2004-2008

Índice

7 Prólogo, *Ramón Alvarado Ruiz*

Mataniños, matapadres

19 Advertencia 

Ositiarh, mataniños

23 Antes del final 

61 En el final

61 Después del final

124 Después de mi final

Revloved arohseay, matapadres

137 I. Los padres y los hijos, en las orillas de esta ciudad... 

148 II. Han transcurrido ya unos días... 

154 III. Han transcurrido tres semanas...

162 IV. Mi personaje es y no ingenuo...

173 V. Si sucediese un accidente...

- 179 VI. ¿Cómo están?”...
- 192 VII. Día cuarenta...
- 198 VIII. También mi personaje ha llegado...
- 206 IX. “Volverás y aquí estaremos”...
- 226 X. Tomando de aquí y de allá...
- 228 XI. “Volverás y aquí estaremos”...
- 234 XII. Sin embargo, esta noche larga...
- 238 XIII. La primera madrugada del “¿para qué?...”
- 239 XIV (Final con personaje) 🔊»
- 249 XIV (Final sin personaje) 🔊»



mataniños, matapadres

de Ricardo Chávez Castañeda, se terminó de imprimir en diciembre de 2016, en los talleres de Jano, S.A. de C.V., ubicados en Ernesto Monroy Cárdenas núm. 109, manzana 2, lote 7, colonia Parque Industrial Exportec II, C. P. 50200, en Toluca, Estado de México. El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica *Gandhi Serif y Sans*, de Gabriela Varela, David Kimura, Cristóbal Henestrosa y Raúl Plancarte. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz y Juan Carlos Cué. Diseño, formación y portada: Lucero Estrada Ruiz. Cuidado de la edición: Ada Villanueva Ramírez, Delfina Careaga y el autor. Supervisión en imprenta: Lucero Estrada Ruiz. Editor responsable: Félix Suárez.

